

**LOS TE DEUM DEL CARDENAL
RAUL SILVA HENRIQUEZ
EN EL REGIMEN MILITAR**

ASCANIO CAVALLO C.

106303

EDICIONES COPYGRAPH

© Ediciones COPYGRAPH
LOS TE DEUM DEL CARDENAL
RAUL SILVA HENRIQUEZ
EN EL REGIMEN MILITAR

Ascanio Cavallo C.

Derechos reservados

Inscripción legal N° 70.013

Diseño de portada: Luis Muñoz M.

Primera edición: julio de 1988

Impresor: Salesianos - Bulnes 19 - Santiago

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

PRESENTACION

Los 50 años de servicio sacerdotal del Cardenal don Raúl Silva Henríquez, representan una fecha muy significativa para la Iglesia y para el país entero. El testimonio de vida de don Raúl sobrepasa, sin lugar a dudas, a la Iglesia y a Chile, convirtiéndose en un personaje que despierta la admiración mundial de todos aquellos que creen en los valores del humanismo cristiano.

El recordar esta fecha con la publicación de sus homilias en los Te Deum durante el régimen militar, constituye un documento de enorme valor histórico. En primer lugar, por el hecho que después del golpe militar el propio don Raúl fuere el que escribiera y pronunciara personalmente cada una de las 10 homilias de los Te Deum que le correspondió presidir entre los años 1973 y 1982. Antes y después de esas fechas, las homilias han sido preparadas y leídas por distintos canónigos a quienes los arzobispos de Santiago les encomendaban esa tarea. Esta actitud constituye un signo inequívoco de su voluntad de expresar a los gobernantes su visión pastoral de los acontecimientos políticos, sociales y morales que ocurrían en nuestra patria. En segundo lugar, por el hecho de que las homilias que aparecen en este libro están escritas in extenso, tal cual él las redactó, por lo que aquellas partes que el gobierno le solicitó que no fueran leídas en su oportunidad, aquí se encuentran publicadas en su texto original. Don Raúl aceptó las peticiones del

gobierno en un gesto muy propio de su carácter: expresar lo que piensa con valentía y claridad, pero buscando caminos de paz y reconciliación.

El periodista Ascanio Cavallo describe antes de cada homilía el ambiente que vivía el país en ese momento, de tal forma que el mensaje pastoral y patriótico de don Raúl quede inserto en la realidad vivencial de Chile de cada año.

Al leer estas páginas comprobaremos cómo la palabra del Arzobispo Emérito de Santiago sigue teniendo plena validez en el momento actual.

En sus mensajes están presentes los valores insustituibles de la patria libre y soberana en donde el pueblo debe ser el protagonista de su historia.

Para nuestra sociedad editorial, el haber podido publicar este libro constituye un honor y un privilegio.

REINALDO SAPAG CHAIN
Presidente

PROLOGO

El presente libro es un testimonio del pensamiento de su Eminencia Reverendísima el señor Cardenal don Raúl Silva Henríquez, una personalidad extraordinaria que dirigió la Iglesia de Santiago durante veinte años, bajo cuatro gobiernos con ideologías y características muy distintas: los de los Presidentes Jorge Alessandri, Eduardo Frei, Salvador Allende y el actual. Bajo todos ellos sostuvo una sola posición, consecuente con su fe: la defensa de la dignidad de la persona humana, la libertad, la justicia y la paz, manteniendo con claridad y valor sus ideas inspiradas en la Biblia y las enseñanzas de los Sumos Pontífices.

Una de las características de su pensamiento y su acción ha sido la capacidad de responder con imaginación a las necesidades y urgencias de su tiempo.

Por ello ha despertado en la gran masa del pueblo una admiración y un cariño crecientes y millares de chilenos se han sentido convocados por la acción tolerante y solidaria del Cardenal y por su invocación permanente al amor entre los seres humanos, incluso quienes no profesaban ideas religiosas o poseían otras diferentes, porque su voz se ha escuchado protectora, representativa, digna, trascendente, universal en sus valores humanos y siempre al servicio de los más necesitados.

Mucho se puede decir del pensamiento del Cardenal Raúl Silva.

En estas líneas deseamos destacar, especialmente, el que emana de las homilias recopiladas en este libro, pronunciadas en los aniversarios patrios, donde queda de manifiesto su inmenso amor por Chile y los chilenos.

El 18 de septiembre de 1973 expresó el Cardenal en

su homilía: "Hoy, dadas las dolorosas circunstancias que hemos vivido, esta celebración cobra un doble significado: venimos aquí a orar por los caídos y venimos también y, sobre todo, a orar por el porvenir de Chile".

"Este momento religioso no se limita a implorar misericordia por todos nosotros. Quiere animarnos también a una nobilísima empresa: la de reconstruir nuestra patria".

"Para poder realizar tan noble tarea, en estos momentos, todos los chilenos, creando un clima de comprensión, de justicia, sensatez, de perdón y fraternidad, debemos superar nuestras divisiones y luchas, debemos olvidar nuestras diferencias y nuestras opiniones contrastantes, debemos acabar con el odio para que él no envenene y destruya el alma de nuestra patria".

"Amamos la libertad; durante los largos años de nuestra vida como nación, hemos hecho enormes sacrificios por obtenerla, conservarla y acrecentarla".

"Junto a nuestro amor a la libertad, existe en nosotros el amor y el respeto a la ley. Hemos creído que ella constituía la mejor salvaguardia de nuestra libertad y el mejor estímulo de nuestro desarrollo. Hemos respetado la ley y, cuando ha dejado de ser justa o eficiente, la hemos trocado por otra mejor. Hemos preferido el orden al desorden; la autoridad a la anarquía; el diálogo a la imposición; la justicia a la violencia; el amor al odio".

En su homilía de 1974 manifestó el Cardenal que el imperativo del momento era: "Consolidar la comunión en aquellos valores espirituales que crearon la patria en su origen".

"El primero y más evidente es el primado de la libertad sobre todas las formas de opresión".

"Hay algo en nuestra alma, en nuestro inconsciente colectivo que nos urge a rechazar, como extraño al cuerpo social, todo aquello que signifique subyugar la persona o la nación a poderes extraños a ella misma. Expresémoslo en forma positiva: en el alma de Chile se da, como componente esencial, el aprecio y costumbre de la

libertad, individual y nacional, como el bien supremo superior, incluso, al de la vida misma”.

“En Chile no tiene cabida o vigencia ningún proyecto histórico, ningún modelo social, que signifique conculcar la libertad personal o la soberanía nacional. El cuerpo social sería incapaz de asimilarlo, por extraño a su esencia”.

El segundo rasgo definitorio de nuestro ser espiritual es “el primado del orden jurídico sobre todas las formas de anarquía y arbitrariedad”.

En su homilía de 1981 manifestó el Cardenal:

“Corolario de este respeto al derecho es la posibilidad de discrepar, nota que singulariza la convivencia chilena en toda su historia. Los desbordes de la intolerancia y del fanatismo sectario constituyen entre nosotros una expresión, un baldón. La persecución y la venganza política son injertos extraños al alma nacional”.

“El amor a la verdad es, sin duda, otro de los grandes valores de la nación chilena. La farsa, la mentira, el odio, el pecado y la muerte no prevalecerán. A la postre, todo el odio pasará y toda mentira será develada. Sólo quedará la patria”.

El Cardenal Raúl Silva es un hombre que ama inmensamente a Chile: su gente, su historia, su tierra. El Cardenal intuye lo que el pueblo piensa; quiere y siente con profundidad sus sufrimientos. Por ello en su homilía de 1974 expresó: “Los chilenos de esta década, de esta generación, hemos tenido el privilegio de sufrir, de llorar las lágrimas amargas y beber el cáliz de la incompreensión y del odio. Conocemos el dolor. Durante un tiempo demasiado largo hemos visto derrumbarse nuestras seguridades y orgullos, agrietarse los cimientos de todo aquello que nos hacía grandes, fuertes, respetables; hemos temido que Chile dejara de ser Chile, que nos tornáramos irreconocibles a nuestros propios ojos, que la patria perdiera su rostro y su alma”.

Todo el pensamiento y la acción del Cardenal Silva están centrados en el amor a los hombres.

El lema que escogió para su escudo episcopal marcó profundamente su vida: "La caridad de Cristo nos urge".

En la homilía que pronunció en 1975 expresó:

"El amor, si ha de ser consecuente, es, también, en gran medida, impaciente. . . El amor es servicio, servicio a la vida; y la vida pasa, declina, se extingue. El amor es servicio al hombre; y el hombre pasa por la tierra sólo una vez. Por eso es que el amor apremia: un ser humano no puede ser sacrificado a un mañana o un talvez. Tampoco, y mucho menos, una generación. Nuestro compromiso, de amor y justicia, es reconstruir la sociedad chilena sobre bases sólidas y ojalá definitivas; sí; pero ¡démonos prisa! No podemos permitir que una generación, o un sector de nuestro pueblo sienta transcurrir y pasar, en amarga impotencia, su oportunidad única de vivir humanamente".

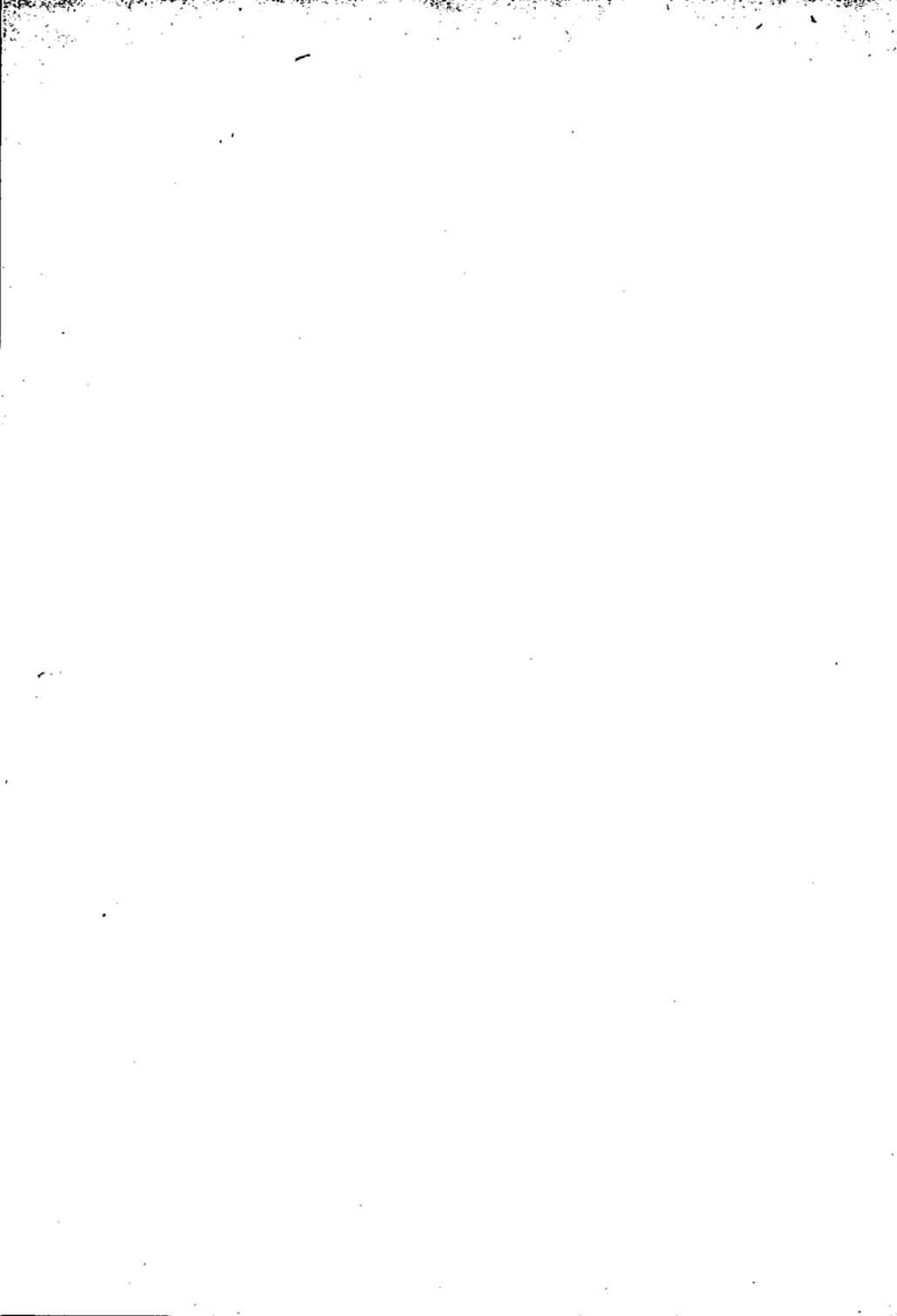
El Cardenal Raúl Silva, durante sus cincuenta años de vida sacerdotal, ha trabajado por el bien de la patria, por el reencuentro de todos los chilenos en libertad, justicia, solidaridad y paz y por el respeto irrestricto de los derechos humanos, de todos los hombres, sin excepción. El ha sido y continúa siendo la voz de los que no tienen voz; el valiente defensor de los pobres, los humillados, los ofendidos, los perseguidos, los torturados, los exiliados; el profeta de una Iglesia servidora de todos los hombres.

El tiempo nos hará valorar la transformación fecunda y positiva que el Cardenal Raúl Silva encabezó en la Iglesia chilena y reconocer la justicia de la afirmación del Cardenal Secretario de Estado del Vaticano cuando expresó: "Usted le ha devuelto la credibilidad a la Iglesia".

Cuando se aquieten las pasiones y tengamos una perspectiva histórica, los chilenos bendeciremos a Dios por haber tenido en nuestra patria al Cardenal Raúl Silva Henríquez.

MAXIMO PACHECO G.

1973



La primera homilía leída por el Cardenal Raul Silva Henríquez con ocasión del Te Deum de Fiestas Patrias estuvo rodeada de tumultuosas circunstancias.

El golpe militar que puso fin al gobierno de Salvador Allende había tenido lugar, sólo siete días antes. El asombro y los efectos directos de la sublevación se sentían todavía en las calles y, aunque parecía claro que los partidarios del gobierno depuesto habían sufrido una derrota absoluta por el dominio de las armas, todavía quedaban conatos y pequeños estallidos de resistencia.

El temor y la violencia que sufrían algunos se superponía apenas con la esperanza y el optimismo que vivían otros.

El régimen naciente compartía esa incertidumbre. No había definido todavía sus rumbos, los objetivos y los plazos eran aún temas remotos y la única consigna era el control veloz y efectivo del orden público.

Viviendo esas circunstancias, la recién instalada Junta de Gobierno envió un emisario uniformado hasta la casa del Cardenal.

Llevaba la misión de pedir al prelado que el Te Deum se oficiara, bajo estas extraordinarias circunstancias, en un recinto poco usual: un regimiento.

El Cardenal sabía que pocas horas después del 11 de septiembre había surgido un pequeño roce con las nuevas autoridades. Reunidos en la Nunciatura, los miembros del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal habían emitido una declaración que el gobierno no aprobó y que conoció cuando ya estaba en proceso de difusión.

Ese incidente no llegaba a marcar aún las relaciones entre ambos poderes, pero era un comienzo equívoco.

El Cardenal Silva Henríquez meditó brevemente la proposición de la Junta y expresó su negativa. Hacer el Te Deum en un recinto castrense le restaría universalidad y podría afectar seriamente la independencia de la Iglesia Católica. Preguntó por qué no podría ser, como siempre, en la Catedral. Se le respondió que, según los informes de la Guarnición de Santiago, habría graves problemas de seguridad en el centro de la ciudad; por esa razón era necesario descartar el principal templo.

El Cardenal propuso entonces el Templo de Maipú, consagrado a la Virgen del Carmen. La respuesta de la Guarnición vino poco después, cuando ya se acercaba la fecha misma del acto: proteger aquel templo sería mucho más difícil; se necesitarían "dos regimientos", decía el mensaje.

Puesto en esa difícil situación, el Cardenal sugirió finalmente la Iglesia de la Gratitud Nacional, consagrada precisamente a los héroes de la guerra del Pacífico.

Cuando esa sugerencia fue finalmente aceptada, el Cardenal se abocó a la tarea de elaborar personalmente las invitaciones. Eso explica la asistencia de los tres ex Presidentes que quedaban vivos, y de numerosas personalidades de origen y pensamiento diverso.

El texto de la homilía fue entregado, por deferencia, con alguna anticipación a las autoridades militares, pero no hubo modificaciones que introducirle. Su insistencia en la reconstrucción de la patria resultó del todo novedosa en aquellos días. Pronto el término cambiaría de significado.

**HOMILIA DEL SEÑOR CARDENAL
ACTO ECUMENICO, ORACION POR LA PATRIA
18 DE SEPTIEMBRE DE 1973**

En nombre de todos los que creemos en Dios, y por eso respetamos al hombre, quiero interpretar el sentido que atribuimos a esta celebración litúrgica.

Nos hemos reunido en este templo a orar por nuestra patria, cumpliendo así con una vieja y no interrumpida tradición, que año tras año nos ha congregado a orar por Chile, en la ocurrencia del aniversario del primer Gobierno Independiente de la Patria.

Hoy, dadas las dolorosas circunstancias que hemos vivido, esta celebración cobra un doble significado: venimos aquí a orar por los caídos, y venimos también y sobre todo, a orar por el porvenir de Chile.

Pedimos al Padre de las Misericordias perdone nuestras faltas y las de nuestros hermanos caídos por la patria. Confiamos en su infinita bondad, y esperamos, por la Sangre Redentora de Cristo, que la luz eterna brille para nuestros soldados y nuestros civiles que han inmolado sus vidas en la noble, difícil y dolorosa tarea de corregir nuestros yerros y de lograr que la justicia para todos los hijos de una misma patria, impere soberana en nuestra tierra, trayéndonos el deseado fruto de la paz.

Este momento religioso no se limita a implorar misericordia por todos nosotros. Quiere animarnos también a una nobilísima empresa: la de reconstruir nuestra patria.

Nosotros todos, somos constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la patria sin fronteras. Esa patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. Por eso es que la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada,

como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez. Nuestra mirada hacia el pasado, próximo o remoto quisiera ser más inquisitiva que condenatoria, más detectora de experiencias que enjuiciadora de omisiones; más de discípulo que aprende, que de maestro que enseña. Recibimos la patria como un depósito sagrado y una tarea inacabada.

Esta tarea hace renacer en nosotros una inmensa esperanza, que sentimos en este momento religioso, todos los que de una u otra manera, por uno u otro título, revalidamos nuestro compromiso con las multitudes hambrientas y sedientas de justicia, y queremos ser, para ellas, constructores de un mundo más solidario, más justo, más humano; artífices de la paz verdadera, la que el corazón del hombre anhela, la única portadora de la tan deseada liberación.

Para poder realizar tan noble tarea, en estos momentos todos los chilenos, creando un clima de comprensión, de justicia, y sensatez, de perdón y fraternidad, debemos superar nuestras divisiones y luchas, debemos olvidar nuestras diferencias y nuestras opiniones contrastantes, debemos acabar con el odio para que él no envenene y destruya el alma de nuestra patria.

Pedimos al Señor, que no haya entre nosotros ni vencedores ni vencidos y para esto, para reconstruir a Chile, quisiéramos ofrecer a los que en horas tan difíciles han echado sobre sus hombros la pesadísima responsabilidad de guiar nuestros destinos, toda nuestra desinteresada colaboración.

Para iluminar nuestro quehacer, hoy quisiera con humildad, recorrer algunos de los rasgos típicos de nuestra personalidad de chilenos, para ir en ellos descubriendo las trazas del amor de Dios a nosotros, que ha ido enriqueciendo nuestro ser nacional, con hermosas características que constituyen con razón nuestro orgullo, y que configuren todo aquello, muchas veces imponderable, pero siempre valioso y amable que expresa lo típicamente chileno.

Los verdaderos valores nuestros, me parecen una emanación siempre presente del amor de Dios a Chile, y su profanación me hiere como una profanación sacrílega.

Amamos la libertad; durante los largos años de nuestra vida como nación, hemos hecho enormes sacrificios por obtenerla, conservarla y acrecentarla. ¿No es éste acaso el reflejo y obra de la presencia de Cristo Liberador? ¿No está en esto de manifiesto la voluntad del Padre de hacernos vivir nuestra vida, de desarrollar nuestras virtualidades, nuestros valores, nuestras riquezas, para expresar en el concierto de las naciones los rasgos viriles y altivos, de un pueblo pequeño pero noble; inteligente y confiado en labrar y conducir su propio destino?

Ser fieles a este don de Dios significa, acrecentar en los chilenos y para Chile, la verdadera libertad; luchar para hacerla patrimonio de todos; impedir que valores, costumbres, o poderes extranjeros nos hagan olvidar lo que es nuestro, y nos sometan a un yugo que se nos haría insoportable y que nos privaría de todo lo que nos pertenece, y que constituye la más preciada herencia y el acervo de lo que llamamos la chilenidad.

Junto a nuestro amor a la libertad, existe en nosotros, el amor y el respeto a la ley. Hemos creído que ella constituía la mejor salvaguardia de nuestra libertad y el mejor estímulo de nuestro desarrollo. Hemos respetado la ley, y cuando ha dejado de ser justa, o eficiente, la hemos trocado por otra mejor. Hemos preferido el orden al desorden, la autoridad a la anarquía, el diálogo a la imposición, la justicia a la violencia, el amor al odio. En toda autoridad hemos reverenciado la persona y la investidura, acatando sus legítimas decisiones, sin renunciar al derecho —también legítimo— de sentir de otra manera.

¡Qué hermosa es el alma de Chile, don de Dios a nuestro pueblo! Y cuando el propio Señor infunde en nuestra alma impulsos de renovación, cuando el Espíritu de Dios sopla impetuoso, exigiendo que se evangelice

a los pobres y se libere a los oprimidos no está ciertamente pidiendo negar, o destruir el alma de Chile!

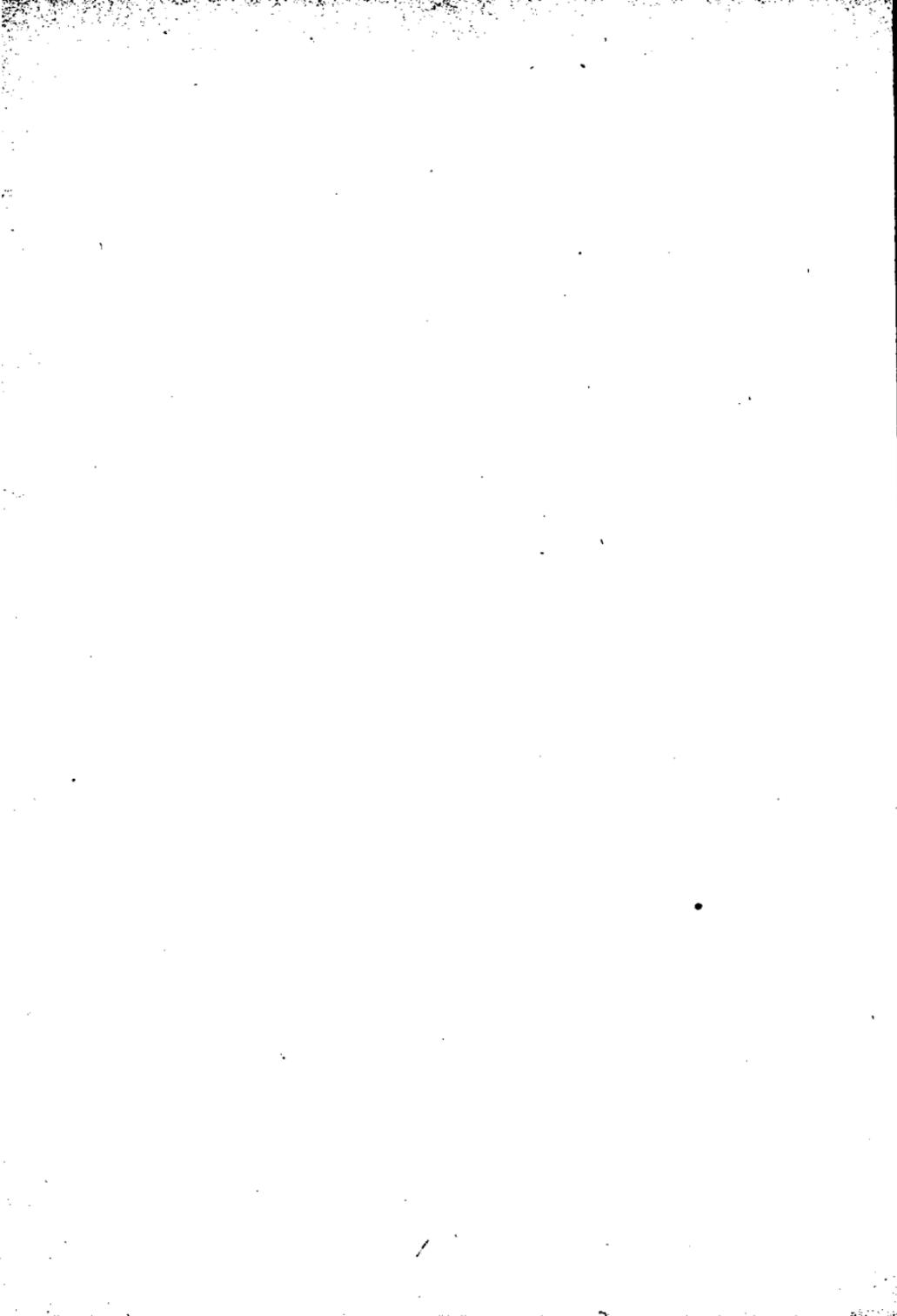
No somos todavía una sociedad perfecta. Subsiste en nosotros el pecado: personal y colectivo. Somos como el pueblo escogido, como la humanidad misma, una tierra que Dios miró con amor, una familia que El prefirió, y a la que quiso pertenecer, porque la vio pequeña y débil, imperfecta, necesitada de El. Y se hizo Dios uno de nosotros. Y nos aceptó como somos. Y nos respetó en nuestra originalidad y en nuestros vacíos. Y caminó, y sigue caminando con nosotros, sosteniendo nuestras aspiraciones de libertad, alentando nuestras conquistas, denunciando nuestras tinieblas. Nos respeta. Cree en nosotros. Espera. Confía.

¡Admirable misterio de nuestra fe! La fe de un pueblo que lo espera todo de su Dios. La fe de un Dios que lo espera todo de su pueblo.

Por eso en este día, en que en nuestras almas se mezclan la congoja y la esperanza, venimos aquí, a implorar al Señor de la Historia, a Cristo nuestro Hermano y nuestro Redentor, que ilumine nuestro camino, fortalezca nuestras almas, consuele nuestros dolores, y nos dé el don bendito de la paz que El nos prometió.

ASI SEA.

1974



La formación del Comité Pro Paz y la intervención militar de la Universidad Católica marcaron las relaciones entre el gobierno militar y la Iglesia de Santiago durante todo 1974.

El primero era una creación personal del Cardenal, en la cual había invertido sus mejores esfuerzos y oficios para conseguir que las demás iglesias cristianas compartieran el propósito y la responsabilidad de amparar a los perseguidos y a los derrotados. A fines del '73, una avalancha de casos en los que los derechos humanos habían sido atropellados se precipitó sobre sacerdotes y obispos. En la hora del sufrimiento, muchos no creyentes habían reconocido en la Iglesia el papel secular y antiguo de la defensa del hombre.

Pero las tareas de Pro Paz disgustaban al gobierno. Sus amplios aparatos de seguridad, y sobre todo la nascente Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), estaban convencidos de que allí se alojaban los gérmenes de la subversión; veían, además, que la Iglesia Católica era el único espacio moral donde carecían de impunidad y de libertad de movimientos; muchos fugitivos y perseguidos se les habían escapado de las manos buscando refugio en la Iglesia.

A ese cuadro de hostilidad se sumaba el hecho, más poderoso todavía, de que el régimen había logrado decantar con muchísima celeridad su situación de poder. El control absoluto del país se iba relacionando estrechamente con la voluntad de quitar al gobierno su carácter transitorio original.

Por eso, en la intervención de las universidades se exhibía una intransigencia absoluta. Pese a los numero-

sos mensajes enviados desde la Conferencia Episcopal, e incluso desde la Nunciatura, para que se restituyera la naturaleza independiente y pontificia de la Universidad Católica, la intervención no echaba pie atrás.

Agravando el conflicto, el Rector Delegado instalaba personal de su confianza en los puestos claves y procedía a hacer una verdadera purga en los cuadros directivos y académicos.

Cuando la situación llegó a un punto límite, el Cardenal anunció su decisión de suspender el ejercicio de su cargo de Gran Canciller de la Universidad. El gobierno interpretó la medida como un nuevo gesto hostil. Pero el propio Cardenal propuso al Vaticano que en su lugar se designara, como pro Gran Canciller, al sacerdote Jorge Medina, que podría representar a la Iglesia en los claustros intervenidos.

Es un hecho notable que muy cerca de la fecha de ese episodio haya ocurrido otro, esta vez en la cúpula del poder, que marcaría decisivamente el rumbo del régimen. En junio de ese año, un decreto ley que causó una agria polémica en la Junta, confirmó al General Augusto Pinochet el doble rango de presidente de la Junta y Jefe Supremo de la Nación.

El gobierno había comenzado a tomar un rostro personal.

En la intimidad de ese poder, además, se había llegado a la convicción, todavía reservada, de que el Cardenal Silva Henríquez representaba el más serio peligro vigente para la estabilidad del régimen. El aparato oficial se había sentido desde el comienzo atacado injustamente por la comunidad internacional debido a su política de derechos humanos; ahora se aproximaba a la conclusión de que el origen de esa mala imagen estaba en la Iglesia de Santiago.

Un intenso esfuerzo, principalmente realizado por canales diplomáticos, fue emprendido para conseguir que el Vaticano removiera al Cardenal de la capital de Chile. El intento falló una y otra vez, pero el Cardenal,

que lo conoció, sintió el deber de clarificar la posición de la Iglesia en ese duro momento.

El resultado fue la homilía del '74, marcada por dos aspectos: la enérgica afirmación de la independencia crítica de la Iglesia respecto del poder político, y la negación de cualquier proyecto histórico que implicase conculcar las libertades personales o la soberanía nacional.

HOMILIA DEL CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ EN EL TE DEUM DEL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1974

1. En un mundo que parece hostil a la tradición reactualizamos hoy, los chilenos, una que es muy bella y muy nuestra: darle gracias a Dios por Chile.

La mentalidad contemporánea suele mirar con sospecha todo lo que es tradición, haciéndola sinónimo de arqueología inútil.

Y sin embargo aquí están hoy, como en cada 18 de Septiembre; aquí concurren la Iglesia y la Patria, para sancionar solemnemente su fidelidad a una tradición que les pertenece y las hermana a las dos.

La Iglesia y la Patria: dos magnitudes, dos almas que sólo pueden subsistir y fructificar en la medida en que son fieles, cada una a su tradición.

La Iglesia, fundada en la Palabra, el Dolor y el Espíritu de Cristo, sabe que no puede enseñar sino lo que Cristo le confió, ni dar vida sino abrazándose a su Cruz, ni gobernar sino sirviendo como El sirvió. Ella es experta en humanidad, y vive siempre inmersa en su tiempo, siempre renovada y joven, precisamente porque no deja nunca de mirar hacia su origen para reencontrar, en su historia primera, los cimientos perennes de su fe, los motivos de su esperanza y las razones de su amor.

También la Patria ha de leer constantemente su itinerario histórico en sus actas de fundación. La Patria —ninguna patria y Chile menos que ninguna—, la Patria no nace del vacío o del acaso. La Patria se constituye en el momento en que un grupo de hombres que habitan físicamente un determinado territorio, reconocen como suyo un mismo patrimonio de sangre y cultura, entran en comunión de tarea y destino. La Patria no nace por un accidente geográfico o por un operativo bélico. La comunión, profundamente humana, en valores que exi-

gen deponer innatos egoísmos y merecen el sacrificio de la vida; la solidaridad en una misión y un destino que los concierne a todos y los distingue de entre los demás pueblos de la Tierra es lo que formal y decisivamente constituye a la Patria. El territorio será sólo el ámbito físico de esta comunión en el espíritu, y la gesta militar el instrumento, alguna vez necesario, para resguardar eficazmente este patrimonio de sangre y cultura.

Por eso es que una patria no puede echarse a andar indiferentemente por cualquier camino. La patria no se inventa, sólo se redescubre y revitaliza, y siempre en la fidelidad a su patrimonio de origen. Cuando una nación que es patria busca su sendero fuera de su tradición, su apostasía deriva fatalmente en anarquía y disolución. La patria no se inventa ni se trasplanta, porque es fundamentalmente *alma*, alma colectiva, alma de un pueblo, consenso y comunión de espíritus que no se puede violentar ni torcer, ni tampoco crear por voluntad de unos pocos.

De aquí fluye, con imperativa claridad, nuestra más urgente tarea: *reencontrar el consenso; más que eso, consolidar la comunión en aquellos valores espirituales que crearon la patria en su origen.* La historia demuestra —y seguirá demostrando— que sólo en esta fidelidad es fecunda la esperanza.

Los pueblos que enajenan su tradición, y por manía imitativa, violencia impositiva o imperdonable negligencia o apatía toleran que se les arrebatase el alma, pierden, junto con su fisonomía espiritual, su consistencia moral y finalmente su independencia ideológica, económica y política.

Pero Chile tiene su alma. Cataclismos naturales, potentes apetitos foráneos, guerras externas y largas noches de interna disensión hasta el odio; pobreza, sufrimiento —el sufrimiento más terrible de todos—, no amar al hermano, no han podido arrebatarse a Chile su alma. Y en esta hora de acción de gracias por una herencia que nos enaltece, nos estremece también la esperanza. Chile quiere seguir siendo Chile. Chile anhela empezar otra

vez, estar como antes, como siempre, a la cabeza del Reino de los grandes valores; pequeño y limitado, tal vez, en su potencia económica, grande y desbordante en su riqueza de espíritu. Un formidable ímpetu de reencuentro y reconciliación surge y quisiera imponerse entre nosotros: reencuentro con nuestro ser original, reconciliación con nuestra tarea y destino y con todos aquellos que por sangre y espíritu caminan con nosotros. Esta afirmación imperativa de nuestra propia identidad se dejará solamente encontrar en la fidelidad a nuestra tradición.

2. A estas alturas no podemos ya eludir la interrogante: ¿qué es, en qué consiste esta tradición, cuáles son los valores que constituyen nuestra patria en su origen, el cuerpo y la sangre de nuestra gran comunión nacional?

Son aquí los expertos quienes tienen la palabra. A ellos toca desentrañar, con respetuoso amor, más allá del ropaje exterior de las fechas y batallas y documentos legales, aquellas constantes del espíritu que atraviesan todo nuestro ser y devenir como nación: redescubrir el alma colectiva que nos cohesiona como pueblo y nos otorga el derecho a la existencia.

Pero el Pastor tiene también aquí algo que decir: porque en todo proceso histórico se desenvuelve y revela progresivamente un plan divino. Cristo Resucitado, el mismo ayer, hoy y siempre, está presente en cada tramo de nuestra historia, en cada rasgo de nuestra alma. Leer nuestra historia con los ojos de la fe es adentrarse así en una *oración vital*, donde contemplamos el rostro y conocemos la voluntad del Señor de los tiempos.

Desde esa perspectiva —la única en que reivindicamos competencia— y apoyados en los testimonios más seguros de aquellos expertos, quisiéramos proponer algunos de los rasgos que —según nos parece— configuran decisivamente nuestra fisonomía espiritual, revelando, a su través, el designio de Dios para nosotros.

El primero y más evidente es *el primado de la libertad sobre todas las formas de opresión*.

Hay algo en nuestra alma, en nuestro inconsciente colectivo que nos urge a rechazar, como extraño al cuerpo social, todo aquello que signifique subyugar la persona o la nación a poderes extraños a ella misma. Expresémoslo en forma positiva: en el alma de Chile se da, como componente esencial, *el aprecio y costumbre de la libertad*, individual y nacional, como el bien supremo—superior, incluso, al de la vida misma.

No es este el momento ni el lugar de probar detalladamente una tesis como ésta, tan cargada de significación como de responsabilidades. Contentémonos con reafirmar nuestro sustancial entronque con el alma de la hispanidad. Somos hijos de una madre cuyo orgullo milenarío fue amamantar, en cada creatura, un alma de estatura regia, una soberanía inviolable. Comunitariamente cada ciudad o región hispana cauteló intransigente sus fueros contra todo alarde de despotismo o vasallaje. Fue frecuente ofrendar la vida por la libertad, preferir la muerte al deshonor de inclinar la frente ante el tirano.

Y esa altivez hispana, expresión tal vez inconsciente de un alma que se sabía originaria de Dios y pagada a precio de la sangre de su Hijo, se encontró en Chile con una nueva rebeldía, tan terca y empecinada como la suya, que la obligó a desangrarse en una lucha de tres siglos y a cantar su admiración y respeto por el adversario tan digno de sí. Y en el inevitable choque de ambas rebeldías sucedió algo prodigioso: que el más fuerte y generalmente vencedor, *buscó preservar los derechos del que, por más débil, debía finalmente ser vencido.*

El conquistador hispano no pudo ni quiso jamás acallar el grito de una conciencia que, en pleno fragor de batalla, le urgía ver, en el indio para él semisalvaje y feroz, un alma humana soberana e inviolable como la suya y que peleaba, como él, por su patria y su libertad. Y al calor de este respeto por la dignidad regia del hombre, cualquiera fuese su condición cultural o religiosa, se fue elaborando un estatuto jurídico que, pese a sus inevitables trasgresiones, denunciadas siempre como abusos, miró a preservar a los naturales de esta tierra de

toda inicua y desgradante esclavitud. Y es que el que ama auténticamente la libertad no tolera edificar la suya sobre la servidumbre o el sometimiento de los otros.

Así empezó a configurarse el alma de Chile. La gesta de la emancipación americana y las primeras defensas de la soberanía nacional contra arrestos imperialistas la templaron definitivamente en esta nota que pasaría a ser rasgo dominante y distintivo de su rostro espiritual. *En Chile no tiene cabida o vigencia ningún proyecto histórico, ningún modelo social que signifique conculcar la libertad personal o la soberanía nacional.* El cuerpo social sería incapaz de asimilarlo, por extraño a su esencia.

Y esta constatación, no mira a acunarnos en lo que podría ser un legítimo orgullo, sino quiere reavivar una seria responsabilidad: *todo chileno debe educarse y educar a la libertad.* La capacitación para el libre ejercicio de las propias aptitudes; para pensar, discernir, opinar y actuar; para participar en la elaboración y puesta en práctica de las decisiones sociales, es tarea primordial de los chilenos.

En definitiva, toda normatividad jurídica y estructuración institucional, toda política económica y social y todo sistema educacional deben tender a asegurar, a cada chileno, el ejercicio de su libertad y el respeto a su persona como un ser inviolable. Cualquier otra finalidad —la instrumentalización, por ejemplo, de las instituciones sociales para ponerlas al exclusivo servicio de unos pocos— estaría condenada de antemano a la ineficacia, por ser extraña y hostil al alma nacional. Los pueblos no pueden impunemente apostatar de su alma.

3. Esta misma lección que nos deja nuestra historia nos introduce ya en el que nos parece ser el segundo rasgo definitorio de nuestro ser espiritual. Semejante al primero, le suministra su necesario complemento. Creemos definirlo bien como *el primado del orden jurídico sobre todas las formas de anarquía y arbitrariedad.*

El impulso libertario no es patrimonio exclusivo de Chile ni del conglomerado iberoamericano. Son muchos

los pueblos, de este y otros continentes, que se irguieron al conjuro de la palabra "libertad", para sacudir todos los yugos, reales o imaginarios, que entrababan su ejercicio.

Pero no en todas partes la dinámica liberadora se orientó por los mismos cauces. No fue infrecuente, por ejemplo, y tal vez constituyó la regla más común, que el ansia de emancipación se empapara de odio fratricida y diera pábulo al desborde de sangrientos revanchismos. Tampoco fue excepción el que el cambio de sistema resultara más de nombre que en los hechos, trocando absolutismos monárquicos por caudillismos despóticos, sin más voluntad ni ley que la fiebre incontrolada de poder. El propio Simón Bolívar confesaría, en 1830, con desalentada sinceridad: "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de todos los demás".

Quince años antes, sin embargo, su mirada se había vuelto, iluminada de intuición que se diría profética, hacia el extremo inferior del continente: "Si alguna República —fueron sus palabras— permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del Universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra: *Chile puede ser libre*".

Y en los mismos años en que, ante el escenario de una América desgarrada y desangrada, Bolívar resignaba el mando, comenzaba a gestarse, en Chile, una nueva concepción de Estado, basada en la autoridad impersonal y el Derecho objetivo, que resguardaría las libertades individuales y sociales inscribiéndolas en el marco estricto del *orden jurídico*.

Tampoco esta concepción —que se daría en llamar portaliana— arranca del vacío. Sus raíces se hunden en

el terreno fecundo de la España madre y de la antigua Roma. Esta, con su culto al derecho como seguro de la libertad; aquélla, con su imagen de la autoridad como representante de Dios, servidor y garante de la unidad de su pueblo.

Cupo a Portales el mérito de traducir ejecutivamente esta concepción en un estilo y tradición de gobierno; pero ella vivía, latente, en el alma del pueblo, y fue su consenso el que la hizo posible. Chile no quería, no podía ser un cuerpo desarticulado, invertebrado. Si hasta su mismo nombre: Chile = médula, parecía estar reclamando cohesión, consistencia, sustancia, orden... Y así se fue plasmando, con sacrificios a ratos heroicos, esta manera social de ser, hambrienta, sí, de libertad, pero consciente de que ella sólo es posible dentro del orden, del común acatamiento de normas objetivas que son sagradas porque garantizan la libertad; del común respeto a una autoridad que se impone, más que por la fuerza de la coerción, por la irradiación de su nobleza interior y el imponente testimonio de su altruismo cívico. Don Manuel Montt lo expresaría en una fórmula clásica: "El imperio de la libertad y el orden en el gobierno público. No el de la libertad con mengua del orden, ni el del orden con mengua de la libertad, sino la justa armonía de estos dos principios salvadores de la República".

Fue así como Chile conoció sólo por excepción y transitoriamente los desbordes de la anarquía. El temperamento nacional, ajeno a los extremismos, ponderado, realista, no pudo ni podrá nunca asimilar estilos de conducción basados en la prepotencia arbitraria o el capricho, o ambición personal. Nuestra alma se nutre de una tradición en que el gobernante se define a sí mismo como servidor, nunca dominador; limitado por el marco de una ley a la que él mismo está, él primero; sometido, y confrontado al juicio de un pueblo que le exige ser oído y respetado y se reserva el derecho de juzgar permanentemente la calidad moral de su gestión.

Es una ética de gobierno, una filosofía del poder como servicio que desafía a las concepciones teóricas y

prácticas vigentes en gran parte del mundo civilizado de entonces. Es la que permite a una nación todavía adolescente ganar rápidamente un puesto de avanzada en la madurez política y jurídica del continente y de ultramar, sentando las bases de una paz social que durará más de medio siglo.

En ese lapso el principio rector jugará con acentuaciones. A veces será el imperio del orden el que resulte acentuado para temperar una mal entendida libertad. Otras será el imperio de la libertad para flexibilizar un orden que tiende a hacerse excesivamente rígido. Acentuando, nunca excluyendo: el orden para defender la libertad; la libertad para humanizar el orden: ambos en justa e indisoluble armonía, bajo el imperio de una autoridad que se somete, a su vez, al servicio y al juicio de su pueblo, de su voluntad colectiva de ser.

De nuevo: no es éste un privilegio para enorgullecernos, sino una herencia que reconquistar, una responsabilidad que asumir.

Todo chileno debe educarse y educar a *respetar el Derecho*. El Derecho es la justa ecuación entre la libertad y el orden. Sólo el Derecho puede regular, entre nosotros, el ejercicio de nuestras libertades básicas; sólo normas objetivas, válidas siempre y para todos, pueden sancionar y proteger los derechos elementales, de pensamiento y opinión, de libertad personal, de trabajo y subsistencia, de educación y cultura, de asociación y participación. Debemos educarnos a respetar los poderes o instancias en que ese Derecho se genera, se interpreta y se aplica, y a los hombres que los encarnan. Pero más que nada hemos de educarnos al *respeto por ese pueblo por quien y para quien es, en definitiva, todo Derecho*. Acercarnos, cada vez más, a su corazón, para percibir su latido, y escuchar su voz, y satisfacer sus legítimas ansias de justicia, y garantizar su acceso a los bienes que Dios hizo para todos, y tomar en serio su grandeza de hombres libres, llamados a participar responsablemente en las decisiones que configuran su ambiente económico, profesional y social. La concepción portaliana de gobier-

no es impensable sin una autoridad que, además de su testimonio de desprendimiento personal, se mantenga permanentemente en contacto con su pueblo, temperando en él, en su buen sentido y en su fino instinto de lo que es bueno, prudente y factible, los ardores y tensiones inseparablemente conexos con el ejercicio del poder.

Corolario de este respeto al Derecho es la *posibilidad de discrepar*, nota que singulariza la convivencia chilena en toda su historia. Los desbordes de la intolerancia y del fanatismo sectario constituyen, entre nosotros, una excepción y un baldón que, aparte de hacernos más humildes, debieran estimularnos a cautelar mejor el don amenazado. La persecución y la venganza política son injertos extraños al alma nacional.

4. Si se nos pregunta por la razón más profunda de este y otros rasgos del alma nacional, la respuesta puede hallarse en el que nos parece ser el tercer principio integrador de nuestro ser colectivo: *el primado de la fe sobre todas las formas de idolatría*.

El alma de Chile se ha nutrido, en efecto, desde sus inicios, en la sávia vigorizadora de la fe. No una fe cualquiera, sino específicamente la fe bíblica que conforma toda la gran tradición judeo-cristiana.

Esa fe tiene, como función primordial, *denunciar la falsía de todos los ídolos*.

Numerosos son los ídolos que han querido imponérsenos en el curso de nuestra historia. Ya los primeros conquistadores se sintieron tentados por el vértigo del oro, del poder y la gloria sin medida —ídolos que exigían el sacrificio cruento de incontables vidas humanas—. Pero la fe no los dejó sucumbir a esa tentación. Mientras en otras partes del mundo los naturales eran considerados seres sin alma y degradados al nivel de objetos de uso y comercialización, entre nosotros la fe proyectó su luz trasfiguradora, presentando a los nativos, cualquiera fuese su grado de instrucción o su docilidad a la conquista, en su realidad de hijos de Dios, dotados de un origen y destino trascendentes, redimidos por la

sangre de Cristo, llamados a la dignidad de la vida en gracia y al misterio de comunión con Dios y sus hermanos, los blancos europeos. Nuestros precursores crecieron en un espacio cultural y ético en que la riqueza, el prestigio y el señorío no podían lícitamente comprarse al precio de sojuzgar un ser humano inmortal. Quienes osaron hacerlo, o intentarlo, sintieron caer sobre sí el peso de todo el andamiaje jurídico de la Corona de España y la sabiduría teológica del sacerdocio hispanoamericano. Delincuentes ante el Rey, pecadores ante Dios: así fueron considerados aquellos que, negando su fe, la depositaron en los ídolos y soñaron erigir su grandeza sobre el envilecimiento de sus hermanos. Muchas veces fue su propia conciencia, adiestrada en los principios eternos de la dignidad del hombre como hechura de Dios, la que torturó y destrozó sus ambiciones de grandeza, forzándolos a restituir, en vida o en muerte, todo lo injustamente arrebatado a los aborígenes en guerra de conquista.

Fue esta fe cristiana la que marcó con su impronta la epopeya de la colonización americana, temperando sus objetivos económicos, políticos o estratégicos con el hábito misionero del anuncio del Evangelio y el rescate, para Dios, del alma indígena.

En este y en el subsiguiente período, la Iglesia concentró su vigilancia y su amor *en la defensa del más débil*. Acompañó al conquistador, secundándolo en sus legítimas aspiraciones y ofreciéndole su brazo para enseñar y civilizar; pero su preocupación preferente fue para el conquistado. *A unos y a otros les fue ofrecida la fe para arrancarlos de sus ídolos.*

Esos ídolos seguirían insinuándose en el correr de nuestra historia, siempre con su pretensión de erigirse en Absoluto. A veces tomarían la forma de ideologías políticas; otras, de sistemas económicos o bien de nuevos códigos de moral. Y ahí estuvo la fe para decirnos que *sólo hay un Absoluto: Dios y el Hombre en cuanto hijo de Dios.*

Fue así también como, hace 3 años, y en nombre de

esa fe que juramos guardar, los Obispos de Chile debimos advertir, ante la posibilidad de que se construyera en nuestra patria un socialismo activamente ateo, que "cada vez que el hombre ha intentado construir un paraíso en la tierra, olvidando a Dios o desfigurando su imagen verdadera, termina fatalmente convirtiéndose en esclavo de nuevos y falsos dioses, como la técnica, la economía o el Estado". Y constatábamos que "el socialismo de inspiración marxista ha conducido hasta ahora, efectivamente, al reemplazo del Dios verdadero por un Estado endiosado, por un Estado omnipotente que no reconoce otra ley moral que la de sus propias conveniencias políticas y cuyo poder despótico ha pisoteado y ensangrentado la historia de muchos pueblos, violando derechos fundamentales de la persona, de la sociedad y de las iglesias" ("Evangelio, Política y Socialismos", número 36).

En nombre de esa fe, cuyo depósito nos ha sido confiado, clamamos con urgencia y angustia para que ni esa ni ninguna otra ideología se convirtiera en ídolo al que hubiera de sacrificarse todo, incluso el alma de un pueblo. La misma urgencia y angustia con que, fieles a la invariable doctrina de los Sumos Pontífices, hemos mostrado la *incompatibilidad de la fe cristiana* con la ideología del liberalismo sin freno, que considera el lucro como motor esencial del progreso económico; la concurrencia, como ley suprema de la economía; la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. También esa ideología —ha dicho Pablo VI— conduce a la dictadura y genera —en palabras de Pío XI— el imperialismo internacional del dinero. La fe cristiana nos urge a reprobarla y recordar solemnemente, una vez más, que la economía está al servicio del hombre ("Populorum Progressio", número 26; "Octogésima Adveniens", número 26).

Sí: sólo hay un Absoluto: Dios, y el Hombre en cuanto hijo de Dios. Y la fe bíblica ha venido surcando toda nuestra historia patria, para impedir que nos deten-

gamos en un culto degradante a dioses que no son Dios. Poder, eficacia, consumo, riqueza y hasta el mismo desarrollo económico no son valores dignos del hombre cuando su consecución se logra sacrificando al hombre. Y la gran tarea de la Iglesia, su misión por excelencia, es *reivindicar la soberanía de Dios y la inviolabilidad del Hombre por ser hijo de Dios, como el único Absoluto de la Historia.*

Esta misión coloca frecuentemente a la Iglesia en una cierta *tensión o polaridad* con respecto a quienes detentan el poder. No se trata, por cierto, de una oposición, sino de una *independencia crítica* que le permite a la Iglesia, ejercitando su rol de conciencia, discernir en qué grado se respetan la dignidad del hombre y los derechos que le son consustanciales. De ahí también que por una espontánea gravitación, y conservando su condición de Madre de todos, tenga y deba tener la Iglesia una *positiva predilección* por quien circunstancialmente aparece como el *más pobre y menos defendido*. No sólo prueba así su fidelidad a Cristo, sino *entrega a los gobernantes su más leal y original aporte.*

5. La fe así entendida se convierte, también, *por la esperanza, en el motor de la historia.* La historia sólo se detiene e inmoviliza para los pueblos que han abandonado su fe y, con ella, sus motivos de esperar.

Pero un pueblo como Chile, nutrido en la fe del Evangelio, no se ha detenido ni puede nunca detenerse. Nada puede interrumpir su marcha, su camino ascendente. Nada: ni siquiera el dolor, el inexpresable sufrimiento de una división, de una profunda herida en el cuerpo social.

Al contrario: ese mismo dolor parece purificar su alma y clarificar su camino. Cuando Pedro de Valdivia acampó junto al lecho pedregoso y abierto del Mapocho, escuchó por vez primera el nombre que designaba un montículo de piedra entre las aguas del río: HUELEN. Huelén, que quiere decir, "Dolor".

Y Jaime Eyzaguirre, estudioso y enamorado como

ninguno de la historia y alma de nuestro Chile, de quien tomamos esta cita, nos descubre un misterioso rasgo de nuestro ser: *Chile crece mejor en el dolor*. La lucha y el quebranto han llegado a ser compañeros inseparables de nuestra raza. Es la Cruz, es la huella de los pueblos que tienen historia y son capaces de hacerla. Por eso el Chile vencedor en todas sus guerras recuerda apenas sus grandes éxitos bélicos y se detiene más en sus epopeyas de dolor: la Concepción e Iquique —allí donde se entrega la vida, allí donde prima el holocausto, y el espíritu, desnudo de todo éxito temporal, se hace noble y puro en el crisol del sufrimiento.

También nosotros conocemos el dolor. Los chilenos de esta década, de esta generación, hemos tenido el privilegio de sufrir, de llorar las lágrimas amargas y beber el cáliz de la incomprensión y del odio. Conocemos el dolor. Durante un tiempo demasiado largo hemos visto derribarse nuestras seguridades y orgullos, agrietarse los cimientos de todo aquello que nos hacía grandes, fuertes, respetables; hemos temido que Chile dejara de ser Chile, que nos tornáramos irreconocibles a nuestros propios ojos, que la patria perdiera su rostro y su alma.

Conocemos el dolor. Sólo Dios sabe cuánto, con qué amargura, cada uno de nosotros ha sufrido. Pero también y sobre todo aquí comparece nuestra fe, la fe en Cristo muerto y resucitado que nos dice hoy en su Evangelio: "¡Animo, no tengan miedo: *Yo he vencido al mundo*. . . vuestro dolor es como un parto: luego sobrevendrá la alegría, y esa alegría nadie la podrá arrebatar!"

Sí: es como un dolor de parto. Tal vez es necesario, o al menos saludable, aprender así, sufriendo, lo que vale la patria —revalidar, al precio de un dolor personal, la herencia que otros nos conquistaron con su sangre—. Es necesario, saludable, tal vez incluso justo sufrir así. Pero es como un dolor de parto. Ahora podemos decir que Chile es nuestra Madre, *pero también nuestra Hija*. La hemos engendrado, la hemos vuelto a engendrar, nosotros, con nuestro dolor.

Y por eso nuestro amor por Chile se duplica, se hace

tierno, vehemente, apasionado, exigente. A Chile lo amamos hoy como se ama a la madre y como se ama a la hija. Ahora que comprendemos, ahora que aquilatamos lo que es tener, lo que es ser patria, sentimos que no hay tarea más bella que recrearla, misión más noble que reconstruirla, suerte más dulce que morir por ella.

Y entonces es cuando necesitamos, más que nunca, del tesoro de nuestra fe. Nuestra fe en Cristo, muerto y resucitado, que nos repite. ¡Animo, no tengan miedo: *Yo he vencido al mundo!*

Sí: el mundo, aquello que hay de malo en el hombre, el germen de la mentira, de la división, del odio ha sido ya derrotado por Cristo. *Y nosotros podemos, y nosotros debemos vencerlo con El.* Puede que a veces sus efectos se prolonguen, en espasmos agónicos, y nos vuelvan a hacer daño. Pero en su raíz, el poder del mal está vencido: la victoria nos pertenece. La mentira y el odio, el pecado y la muerte no tendrán la última palabra. En definitiva, todo el odio pasará, la muerte será también vencida, y sólo quedará la patria —la familia de hombres que juntos vivieron, lucharon, creyeron y esperaron, la familia de hombres que renunciaron a odiarse porque tenían muy poco tiempo para amarse.

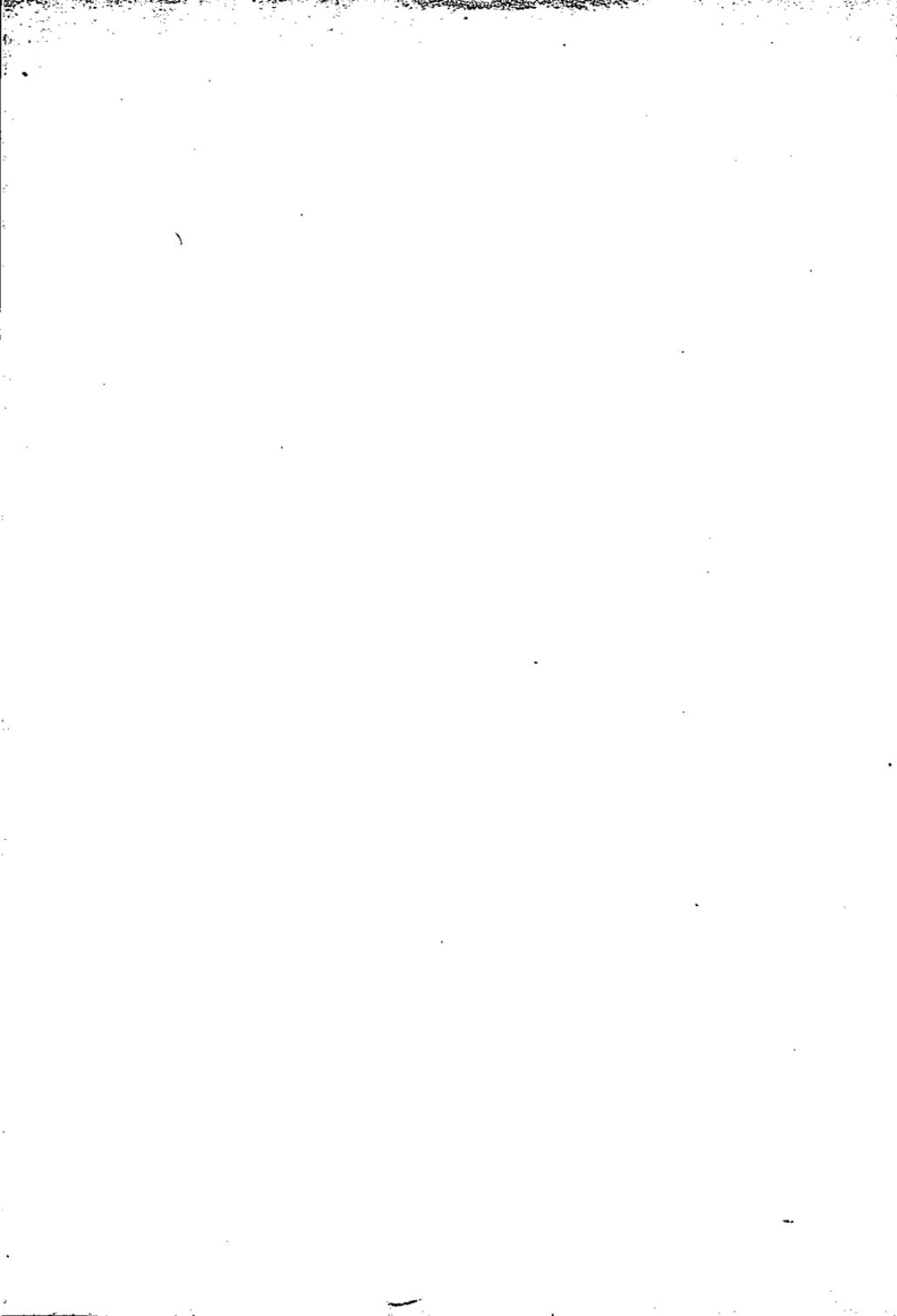
La patria trasfigurada, purificada de todo lo que aún la ensombrece, la patria celestial, preparada y previvida en germen en la patria terrenal —Chile, el de ayer, el de hoy, el de nuestros hijos, tierra bendita, tierra buena y de todos; Chile, nuestro gran amor, nuestra gran tarea, nuestro gran regalo—, ese Chile del que Valdivia escribió: “Esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse, *no la hay mejor en el mundo*”.

Hoy traemos al Altar, como ofrenda sagrada, esta tierra de Chile —con sus hombres, nuestro pueblo, sin distinción ni excepción alguna: con esa vocación de todos a ser libres; ese derecho de todos a sentirse hijos, ese deber de todos de ser padres de un nuevo Chile. Un Chile que siga siendo, hasta que Cristo vuelva, la tierra mejor que hay en el mundo.

ASI SEA



1975



Los meses finales de 1974 y la primera mitad de 1975 marcaron el deterioro irremediable de las relaciones entre el régimen militar y la Iglesia Católica.

Poco después de dictarse el nombramiento de Jefe Supremo para el general Pinochet, otro decreto ley vino a designarlo con el título oficial de Presidente de la República.

Los honores, sin embargo, podían representar muy poco si el catastrófico estado de la economía no era enfrentado con urgencia. Los grupos de economistas neoliberales que rodeaban al gobierno tuvieron en aquellos meses iniciales de 1975 un acertado diagnóstico político sobre la situación: se volvería intolerable. Gracias a ese éxito fundamental (captar justo en el momento la preocupación de las esferas militares) lograron imponer sus criterios y obtener la aprobación para un dramático y urgente plan de shock.

El paquete de medidas comportaba altísimos riesgos políticos y sociales. Sería necesario mantener una mano de hierro sobre las libertades individuales y sobre el orden público para poder aplicar en profundidad el shock sin que el país fuera azotado por la tormenta social.

Para apoyar esa tarea de persuasión en los límites, se inició también una ardua campaña publicitaria destinada a recordar los días de la Unidad Popular y a centrar la responsabilidad en los partidos de esa alianza.

Otra vez en esto fue la Iglesia Católica la única que apareció para levantar su voz y advertir sobre los riesgos envueltos en la nueva política. Es un hecho que el gobierno la culpó del progresivo, pero seguro, alejamien-

to de algunos partidos y sectores de centro que en ese año de tensiones mostraron su distancia con los proyectos del régimen.

Las persistentes invectivas contra el Comité Pro Paz derivaron en una verdadera escalada propagandística hacia mediados del '75.

En septiembre, cuando se acercaban los festejos de la Independencia, una conferencia de prensa ofrecida por el Obispo Carlos Camus fue utilizada por la prensa oficialista para iniciar una dura campaña contra la jerarquía de los obispos.

Pese a los esfuerzos públicos y privados de la Conferencia Episcopal, los extractos de palabras off the record del Obispo Camus, publicadas contra todas las normas éticas y sacadas de su contexto, convirtieron a la Iglesia en el blanco principal del ataque oficialista.

El Comité Pro Paz, cuya disolución venía siendo sugerida primero, y urgida después, por los emisarios de la Junta, fue sometido a toda clase de presiones. La iniciativa optó por quitarle al Comité su carácter ecuménico y aislar en su defensa al Cardenal Silva Henríquez. En gran medida, tuvo éxito. La comunidad luterana protestó contra el pastor Helmut Frenz y el gobierno se sintió con las manos libres para prohibir su regreso al país; otras iglesias cristianas fueron también hostigadas desde sus bases, muchas veces empleando el camino de persuadir a sus principales benefactores.

En ese clima tuvo lugar el Te Deum del '75, cuya homilía centró el Cardenal en la urgencia de reconstruir la sociedad chilena sobre bases humanistas. El tópico tenía una soterrada importancia: el gobierno había comenzado a declarar abiertamente su propósito de diferir la cuestión de los plazos y concentrarse en la tarea (que definía de largo aliento) de sanear y recomponer la estructura económica.

Poco después de esa ceremonia, antes de que terminara el año, el propio general Pinochet exigió al Cardenal

la disolución final del Comité Pro Paz. Advirtiendo el imperio de la "sugerencia", el Cardenal accedió; pero, seguro también de que la Iglesia debía continuar en la defensa de los derechos humanos, preparó de inmediato el nacimiento de un nuevo organismo, ahora del Arzobispado de Santiago solamente: la Vicaría de la Solidaridad.

HOMILIA TE DEUM 1975

En una hora difícil para el mundo entero; una hora que marca el fin de una época y el comienzo de otra; una hora en que la humanidad toda parece gemir en trance de doloroso alumbramiento, nos encontramos reunidos en este Templo, mudo testigo de nuestra historia, para elevar nuestra oración a Dios por Chile y su pueblo, en el Día de la Patria.

Hemos venido aquí movidos por la esperanza. Es la esperanza cristiana, esperanza del hijo de Dios que confía en la omnipotencia, bondadosa y fiel, del Señor de la Historia y Padre de todos los chilenos. Hemos venido a implorar de El todo lo que El puede y quiere darnos, si se lo pedimos con invicta fe: su luz, su energía, su gracia. Hemos venido a pedirle que, como Buen Pastor nos guíe en nuestro camino de búsqueda. Estamos buscando su Reino, Su voluntad. Queremos que Chile sea pueblo de Dios: tierra de justicia, de paz, de alegría de amar.

Hoy, como al principio, Dios quiere iluminar el quehacer de Chile por medio de su Iglesia. Desde la alborada del descubrimiento hasta la época de su plena madurez de nación libre y soberana, la Iglesia ha sido el alma de este pueblo, signo y motor de su indestructible cohesión, educadora de su fe, maestra y guardiana de su patrimonio moral, manantial de su esperanza. Nuestra tradición nacional, humanista y cristiana, ha de ser el cimiento de nuestro presente y futuro, como lo expresa la Declaración de Principios de nuestros actuales gobernantes y acaba de reafirmarlo el Sr. Presidente de la República.

Inmensa tarea: edificar la patria. No sobre cimientos cualesquiera, sino sobre aquéllos —perennes, inmovibles— de la imagen del hombre y de la sociedad que

Dios reveló en Jesucristo. Cimientos que han de quedar eficazmente expresados y garantidos en un cuerpo orgánico de normatividad jurídica: en una nueva Constitución que ha de ser la tutora de los derechos y la propulsora de las energías de todos los habitantes de esta tierra. De ella dependerá, en palabras del Papa Pío XII, "la vida o la muerte, el contexto o la exacerbación, el progreso o la decadencia", en definitiva la paz y grandeza de nuestra nación. Noble, titánica y suprema responsabilidad. Sabemos que nuestros gobernantes la han asumido con plena conciencia. Sabemos, también, de su disposición a dar lo mejor de sí para coronar felizmente una empresa tan difícil como preñada de consecuencias. Una empresa —decía Su Santidad Pío XII en una ocasión semejante— a la que deben cooperar todos los miembros de la sociedad: por una parte, los legisladores, sea el que sea el nombre con que se le designe, a quienes toca deliberar y deducir las conclusiones; y por otra parte el pueblo, que tiene derecho a hacer valer su voluntad manifestando su opinión. (Cfr. Radiomensaje Navidad 1946, 3).

¿Qué podrá aportar la Iglesia a Chile, en esta hora de decisiones y cambios tan trascendentales? Si cristianos que se han comprometido ante su conciencia y la historia a infundir en las nuevas leyes y estructuras de su patria el alma de su fe, nos preguntan: ¿cómo han de ser esas leyes y esas estructuras para poder llamarse verdaderamente cristianas? ¿qué deberíamos nosotros responder?

Deberíamos, más bien, dejar hablar al Maestro. La Iglesia ha sido enviada por Cristo hasta los confines del mundo para enseñar todo y sólo lo que El enseñó. Y hoy, aquí, en este confín de la tierra; hoy, aquí, en nuestro Chile, la Iglesia viene a ofrecerle a su pueblo la única Palabra que puede salvarlo. A recordarle el mandamiento que contiene todos los mandamientos, resume toda la ley y distingue como auténtico al discípulo de Cristo: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda

tu alma y con toda tu mente; y al prójimo como a ti mismo!”.

En una ocasión tan solemne como ésta —pensará legítimamente alguno— ¿no podría la Iglesia extraer de su bogaje un pensamiento más original? “Ama a tu Dios —ama a tu prójimo”: ¿no es eso lo que viene repitiendo, monocordemente, desde hace 20 siglos?

Pero la misión de la Iglesia no consiste tanto en ser original, como en ser fiel. Su mejor elogio es el reproche de no enseñar ni vivir otra cosa que este imperioso mandato, esta emocionada súplica de Cristo: “¡Amense, tal como yo los amé!”.

Es cierto, un reiterado abuso del lenguaje ha ido desvirtuando esta palabra hasta convertirla en algo que ya no es virtud. Amor, para muchos, es utopía, ingenuidad, inferioridad. El mundo se dice —lo construyen los fuertes, los realistas, y el amor, porque idealiza, debilita. El amor —se concluye— puede ser cultivado por una élite religiosa y extramundana; pero el mundo y la historia real van por otros caminos, donde no sirve el amor, sino la fuerza.

¿Qué extraño sino pesa sobre nuestra raza humana, como para que siga creyendo en la fecundidad de lo que por esencia es estéril? Todo, finalmente, se desploma y cae: reinos e imperios imponentes, consolidados sobre la fuerza y la riqueza; todo —dirá el Apóstol Pablo— todo se acaba: las profecías, las lenguas, la ciencia. Sólo el amor no se acaba nunca. En definitiva, la humanidad reserva su gratitud para aquellos que creyeron en el amor y tuvieron la lucidez y el coraje de construir sobre él.

¡Pero quiere decir entonces que el amor no es utopía —nuestro Dios es un Dios verdadero, El no manda imposibles, El quiere que nos amemos así como El nos amó: luego debe ser posible!

¡Quiere decir entonces que el amor no es un sentimiento inofensivo, un verbalismo ineficaz: no se puede amar, sin transformar el mundo, las solas palabras desacreditan el amor, el amor como el árbol —se conoce por

sus frutos, y sus primeros frutos son justicia y misericordia vividas!

“Ama a tu prójimo como a ti mismo. ¡Amense como Yo los amé!”. ¿Cómo es el amor que nos debemos, en Cristo, unos a otros?

Una primera respuesta, extraída del pensamiento y la vida del Maestro: el amor es profundamente *respetuoso*.

Sólo puede darse amor entre *personas*: y la persona —cada persona— representa la mayor nobleza y dignidad del universo. Ser persona significa ser un fin en sí mismo y nunca un medio para otro. Toda persona es un templo, de naturaleza inviolable: nadie puede arrogarse el derecho de profanarlo, utilizándolo o menospreciándolo como una cosa.

Nunca se ha proclamado de modo más elocuente y dramático el valor eminente de la persona que en el madero de la Cruz: allí Dios dejó morir a su único Hijo, como precio de rescate del género humano. Ya no es posible olvidarlo: cada hombre vale la sangre de un Dios. Como decíamos cuatro años atrás, recordando la alta misión de nuestras Universidades Católicas: “sólo el Dios del Evangelio se ha atrevido a proclamar que el hombre y su destino bien valen la muerte de un Dios. ¡Cuánto amor frente al hombre y cuánto respeto ante la dignidad de su libertad!... Con su muerte en el Calvario clavó Dios sobre la Cruz la más radical y solemne declaración de los derechos del hombre que la historia jamás presenciara”.

Este respeto sagrado a la dignidad humana incumbe de modo especial a la Iglesia y a la Iglesia y a la autoridad civil. La Iglesia —ha dicho el Santo Padre con el Sínodo de Obispos del año recién pasado— cree firmemente que la promoción de los derechos del hombre es una exigencia del Evangelio y debe ocupar un lugar central en su ministerio. Y a la obligación de todo poder civil —nos recuerda el Concilio— pertenece esencialmente la protección y promoción de los derechos inviolables del hombre (Libertad Religiosa, 6).

Los cristianos somos constructores de paz. Y quien desea que la estrella de la paz aparezca y se detenga sobre la sociedad —ha dicho Pío XII, en un memorable radiomensaje de Navidad— ha de atenerse a cinco puntos o exigencias fundamentales para un verdadero orden social: el primero contribuir a que se vuelva a la persona humana la dignidad que Dios le concedió desde el principio. El segundo, rechazar toda forma de materialismo, que no ve en el pueblo más que un rebaño de individuos divididos y sin interna consistencia, considerados como objeto de dominio y sumisión. El tercero, dar al trabajo y al trabajador toda la dignidad y prerrogativas dispuestas por Dios desde el principio, ofreciéndoles una solidaridad genuinamente humana y cristianamente fraterna. El cuarto, cooperar a una profunda reintegración del ordenamiento jurídico, que extienda su mano protectora y vindicativa también sobre los inviolables derechos del hombre y los proteja contra los ataques de todo poder humano arbitrario. Y el quinto, contribuir a una concepción y práctica del estado, imbuida del espíritu cristiano del poder como servicio, en el pleno respeto a la persona humana y a una ética individual y social arraigadas últimamente en Dios. (Cfr. Mensaje Navidad 1942).

He ahí la primera condición del amor que nos debemos en Cristo, unos a otros. Una nación como la nuestra, que profesa la fe cristiana como una estrella orientadora, tiene que examinarse, en cada una de sus grandes efemérides, sobre su fidelidad a esta actitud fundamental del respeto, cimiento de su convivencia y barómetro de su humanismo.

La segunda es semejante a la primera y deriva de ella: el amor cristiano es esencialmente *ecuménico*.

Ecuménico, en efecto, quiere decir *universal*: abierto a todos. Tal vez la mayor singularidad del mensaje evangélico sea la superación de todas las barreras erigidas por el egoísmo, el odio y la desconfianza de los hombres. Cristo ha muerto y resucitado por todos. Y nos manda ser perfectos en el amor, como perfecto es el amor del Padre, que hace salir el sol sobre buenos y

malos, y llover sobre justos y pecadores. Nadie, tampoco el que yerra; nadie, ni siquiera el que se dice nuestro enemigo, queda excluido de nuestro amor y consiguientemente de nuestro respeto.

La Sagrada Escritura, y la constante tradición de la Iglesia, admiten sólo una forma de privilegio: el respeto preferente por el pobre. El pobre, epifanía de Cristo, presencia viviente del maestro, ha sido escogido por Dios como rico en la fe y heredero del Reino prometido a quienes le aman. Para él, —cualquiera sea la forma y la causa de su pobreza— vale la predilección que en toda familia se consagra espontáneamente al más débil.

Y si la Iglesia es la familia de los que creen y se aman en Dios; y si la patria es la familia de los que caminan juntos, hermanados en un mismo patrimonio de sangre y cultura, de tarea y destino, éste nuestro Chile que por gracia de Dios se confiesa pueblo cristiano, debe hoy día reafirmar solemnemente su convicción fundamental: para nosotros, todos los hombres tienen el mismo valor. Todos tienen igual derecho a compartir nuestros dones. Todos tienen el mismo deber de llevar —cada uno según sus fuerzas— nuestra carga común. Y si ha de haber privilegiados, ellos no pueden ser otros que los que nada tienen: aquellos que Dios —no importa por culpa de quién— dejó encomendados a nuestro sentido de justicia y a nuestra sinceridad de amor.

El Señor Presidente de la República ha dicho que él debe ser el defensor de los más débiles, de los que no pueden hacer oír su voz. Le agradecemos su público testimonio, del más alto valor moral y del más genuino sello cristiano. Y le ofrecemos, públicamente también, en esta lucha contra la miseria y por la justicia, la cooperación leal de quienes reconocemos, en todo rostro ensombrecido por el dolor y la humillación, los rasgos de Cristo nuestro Juez.

Digamos, finalmente, que el amor cristiano es en extremo *consecuente*. ¡Qué enérgico y explícito es el Señor para condenar el verbalismo vacío de realizaciones! La sola mención, por reiterada y clamorosa que sea, del

nombre del Señor, es enteramente incapaz de abrir las puertas del cielo, cuando no va rubricada por ese hacer, en la práctica cotidiana, la voluntad del mismo Señor, cuyo nombre se invoca. No es, concretamente, el mucho hablar de los pobres lo que nos justifica y salva a los ojos de Dios; sino el estar a su lado, con respetuoso amor, dándoles con qué derrotar su pobreza.

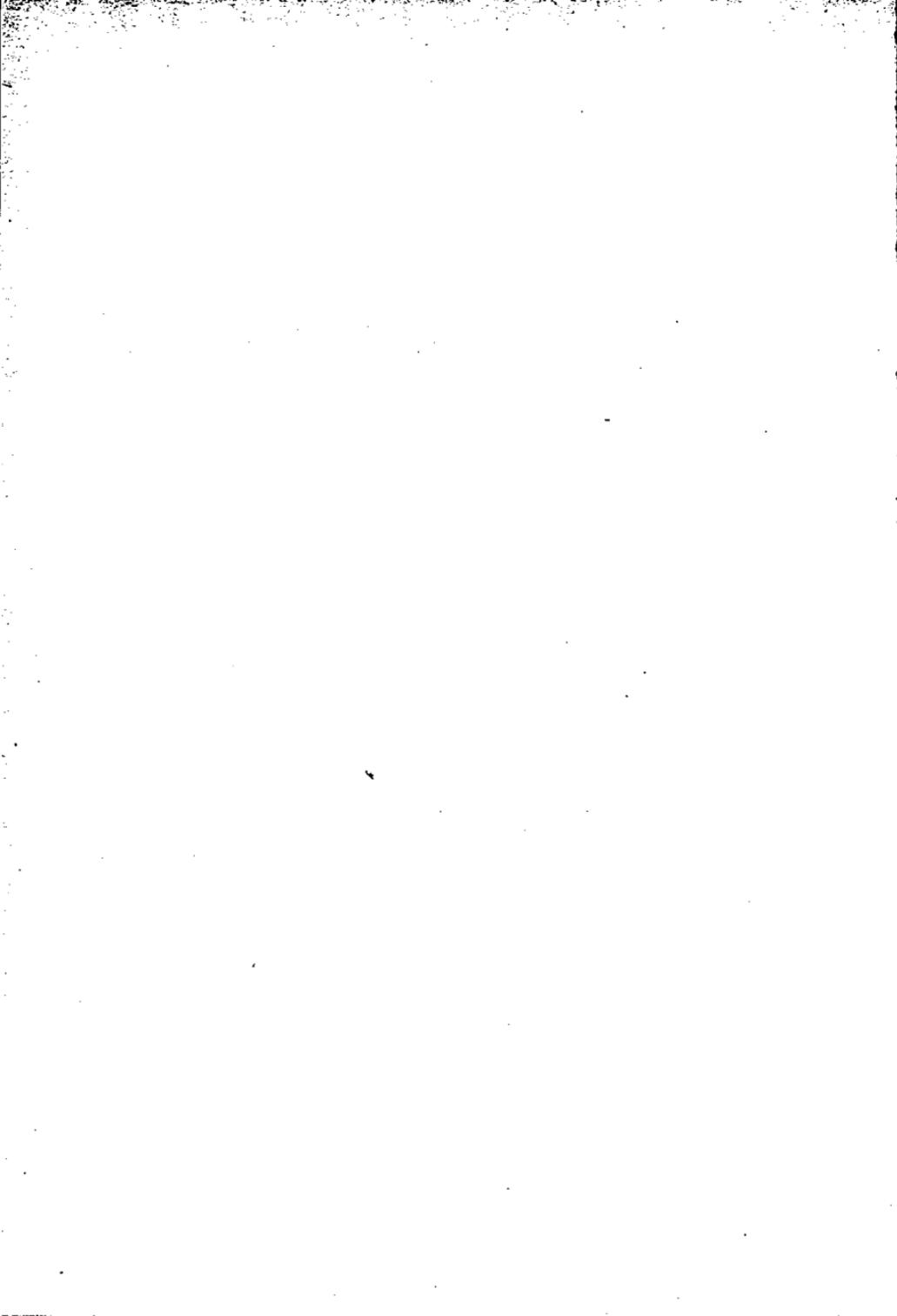
Ser consecuentes: decir y hacer. El amor —dice San Pablo— se goza en la verdad. Y la verdad es la coherencia perfecta entre pensar, hablar y actuar. El discípulo de Cristo procura imitar a su Maestro: todo lo que El dijo, lo cumplió. Dijo amar a los suyos, y los amó hasta el extremo: dando la vida por ellos. Así, en eso se conoce el amor: cuando uno no ama sólo de palabra, sino con hechos, dando lo suyo, dándose uno mismo.

Por eso es que el amor, si ha de ser consecuente, es también en gran medida *impaciente*. Sí: el mismo San Pablo que nos habla de un amor que todo lo espera y lo soporta, sabe decirnos que el amor *apremia*, que hay una *urgencia* de amar. El amor es servicio, servicio a la vida; y la vida pasa, declina, se extingue. El amor es servicio al hombre, y el hombre pasa por la tierra sólo una vez. Por eso es que el amor apremia: un ser humano no puede ser sacrificado a un mañana o un tal vez. Tampoco, y mucho menos, una generación. Nuestro compromiso, de amor y justicia, es reconstruir la sociedad chilena sobre bases sólidas y ojalá definitivas sí; pero démonos prisa! No podemos permitir que una generación, o un sector de nuestro pueblo sienta trascurrir y pasar, en amarga impotencia, su oportunidad única de vivir humanamente.

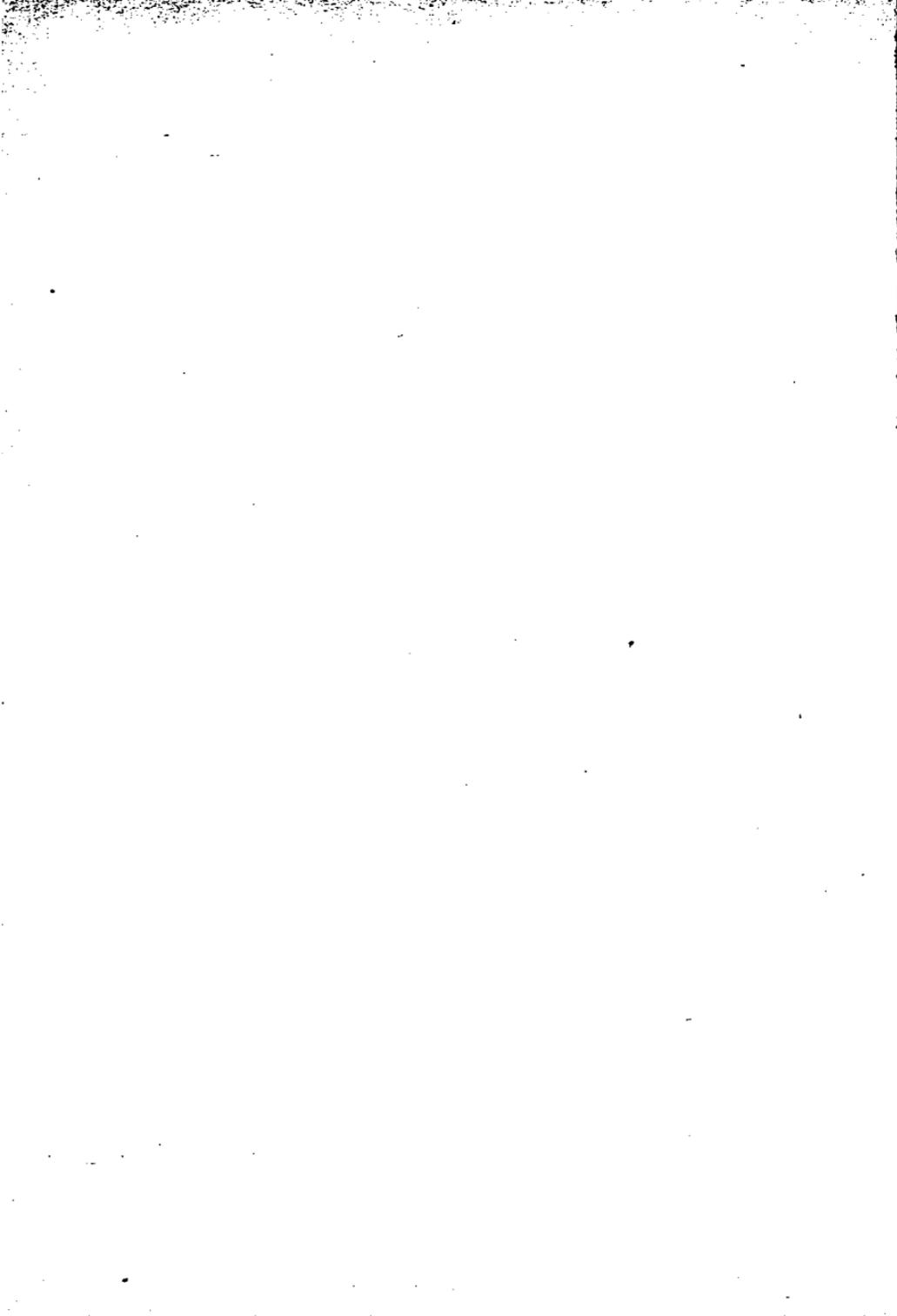
La impaciencia del amor cristiano no tolera, por eso, que nuestras energías y talentos se inviertan en otra cosa que en construir. No tenemos tiempo. No tenemos, tampoco, el derecho de seguir mirando hacia atrás sólo para reavivar rencores y resucitar agravios. Para aprender lecciones, sí; pero la gran lección que nos deja el pasado es precisamente la de la absoluta inutilidad del odio! ¿Cómo nos juzgará la historia si, teniendo por delante la providencial tarea de satisfacer el hambre y

la sed de justicia de un pueblo, lo condenaremos a la frustración por ocuparnos en estériles querellas de supremacía?

El Maestro ya nos ha respondido. Le hemos preguntado cómo debe construirse un nuevo orden social. Y El nos ha dicho: el amor. El amor es el único camino, el único cimiento de la patria que soñamos. Estamos aquí porque creemos en ella. Salgamos de aquí para crearla. Pero antes oremos. Oremos por Chile y en particular por nuestros gobernantes. Sólo el Señor puede darles esa fe, esa constancia y ese amor que les permitirán, con la colaboración de su pueblo, hacer de Chile un santuario del hombre y una familia de hermanos. Así sea.



1976



Nunca fue tan fuerte y extenso el imperio de un organismo de seguridad en Chile como el que la DINA tuvo en 1976. Los partidos de izquierda, blanco principal en sus primeras actuaciones, dejaron de ser el polo principal: toda disidencia, incluso aquella de ribetes muy sutiles o moderados, se convirtió en objeto de sospecha, búsqueda y castigo. El exilio, que comenzó siendo el efecto de una gigantesca conmoción militar, se convirtió en herramienta de uso político y en método de castigo.

En el fronterizo camino entre el ámbito social y la política económica, la represión actuó todavía con más dureza: no hubo ese año un sindicato que no fuera puesto bajo la estrecha vigilancia de los sabuesos policiales.

El 1º de mayo, Día del Trabajo, el Cardenal Raúl Silva Henríquez hizo un fuerte llamado para que la persecución contra los trabajadores, en nombre de la infiltración comunista o la agitación política, cesara de una vez. El gobierno observó aquel discurso con preocupación: ¿saltaría ahora la Iglesia desde la defensa de los derechos humanos hacia el terreno laboral?

La aprensión no era tan infundada. En el Arzobispado de Santiago se imponía la convicción de que la implacable aplicación del modelo económico estaba recayendo en las espaldas de las capas más pobres y que aquel desarrollo venía a conculcar nuevos y apremiantes derechos humanos.

A mediados de año, una gira centro y norteamericana mostró el inmenso prestigio de que el Cardenal gozaba en el exterior. En un sentido, la gira empeoró las cosas. El gobierno aprovechó la ausencia para iniciar los embates contra la Vicaría de la Solidaridad, cuyo aparato jurídico fue hostigado hasta la prisión.

La tensión acumulada en dos años de fricciones vino a estallar estrepitosamente en agosto, cuando tres obispos chilenos, de entre 48 sacerdotes, religiosas y laicos que asistían a una reunión en Riobamba, fueron arrestados y expulsados por el gobierno militar que regía en Ecuador. A su regreso a Chile, los tres obispos —Carlos González, Enrique Alvear y Fernando Ariztía— fueron agredidos por agentes de civil en la losa del aeropuerto de Pudahuel.

Una campaña de versiones sobre la subversión en la Iglesia se desató en la prensa controlada. Las tesis de un libro, que poco antes había circulado anónimamente, titulado "La Iglesia del silencio", que sostenían la infiltración marxista del clero, se vieron reproducidas una y otra vez.

En cierto modo, aquellas diatribas apuntaban también al interior del régimen. En los meses pasados se había hecho evidente que la imposición del general Pinochet por sobre sus pares en la Junta estaba sembrando la temida semilla de la división entre las Fuerzas Armadas. Los conflictos del Presidente con el general Gustavo Leigh, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, eran ya conocidas y malamente se podían disimular en la cúpula del edificio Diego Portales.

La hora del Te Deum de septiembre sorprendió a la Iglesia enfrentada a un gobierno que parecía haberle declarado una guerra privada.

El Cardenal escribió entonces la homilía "Los caminos de la paz", tal vez el documento más revelante de aquellos años y, curiosamente, el más afirmado en las citas de los clásicos cristianos. La doctrinaria defensa de la libertad se sumó esta vez a los consejos directos sobre las condiciones del gobierno y el gobernante. El parco saludo con que la Junta salió esa mañana de la Catedral reflejó claramente el impacto de esta homilía.

Tres días después, el ex canciller Orlando Letelier fue asesinado por una bomba en Washington. El dominio del odio había llegado mucho, demasiado más allá de las fronteras.

HOMILIA 1976

LOS CAMINOS DE LA PAZ

Como lo quiere su mejor tradición, Chile comienza su festejo patrio con una plegaria.

Hoy es el día en que Chile ruega y agradece a Dios por Chile. Nuestros Padres de la Patria nos enseñaron a rogar y agradecer. Ellos sabían que la patria, su libertad, su unidad, su grandeza, son al mismo tiempo empeño humano y don de Dios. En el umbral de sus grandes decisiones, al comenzar cada batalla de guerra o de paz, oraban. Oraban como Cristo nos enseñó: pidiendo al Padre que se haga su voluntad. Y cuando la voluntad del Padre era concederles gracia, victoria, libertad, entonces también oraban. Ellos eran los mejores testigos de que con sus solas fuerzas humanas no habrían podido vencer y construir.

Por eso Chile cultiva esta tradición: comenzar su día orando y agradeciendo a Dios por Chile.

Y no lo hace sólo por respeto. Mucho menos por rutina. Cada generación de chilenos ha ido haciendo la misma experiencia de su necesidad de Dios. Al principio era la urgencia de hacer tanto con tan pocos recursos y tan grandes obstáculos. Hoy también. Al principio era la fe, la esperanza y el amor. Hoy también. Antes y ahora la patria no se construye sin la oración. Hoy, como al principio, Chile necesita a su Dios.

Este nuevo aniversario patrio nos encuentra consagrados a una gran tarea: la de *crear o reconstruir los caminos de la paz*.

Los chilenos queremos vivir en paz, con nosotros mismos y con nuestros hermanos del resto del mundo.

Cualquier otro objetivo quedaría por debajo de nuestra vocación.

Pero también esa paz es, como la patria, obra humana y don divino. Una obra tan ardua, tan difícil de realizar; y un don tan querido a los ojos del Señor, que El declaró dichosos a los que trabajan por la paz, y les prometió ser llamados hijos de Dios.

Por eso la Iglesia ora tan intensamente por la paz. Por eso todo su potencial de amor se moviliza al servicio de la paz. Se podría decir que la paz resume la misión de la Iglesia. La paz no depende sólo de la Iglesia, pero la Iglesia sabe que existe, que es posible, y conoce el camino que lleva hacia ella. Una de sus oraciones lo expresa admirablemente:

"Señor, que llamaste hijos tuyos a los que trabajan por establecer la paz: concédenos tu luz y tu gracia, para que podamos construir perpetuamente la paz, basada en la justicia, en el amor y en la libertad. Por Jesucristo Nuestro Señor". (Misal Romano, oración de la Misa Votiva "Por la Paz y la Justicia").

Millares de sacerdotes rezan esta oración. Millones de fieles la ratifican con su amén. Es la voz de la Iglesia, de una Iglesia que habla de paz, de sus caminos, sus condiciones, sus obstáculos. Ni en su tono ni en su ánimo hay un dejo de censura. La Iglesia no se arroga competencias ni autoridad que no le hayan sido dadas por Cristo. Si habla de paz, es porque su Evangelio es de paz y porque ella misma es experta en humanidad. Cuando habla de paz, no se apoya sino en la fuerza de la verdad misma que propone. No juzga ni califica: invita. Es la voz de la Madre que ama a sus hijos. No le importan sus propios quebrantos, no teme ser incomprendida, no cautela su propia seguridad, con tal que sus hijos conozcan la paz.

Hoy, en el Día de la Patria, además de reflexionar y hablar, quisiéramos sobre todo orar. Ir repitiendo esta oración de Iglesia que constituye el más preciso y sólido programa de paz.

1. "Señor: para que podamos construir perpetuamente la paz, concédenos *obrar la justicia!*"

¡Obrar la justicia! Tener el ánimo, cultivar el hábito, la costumbre de darle a cada uno lo que es suyo.

¡Y en primer lugar a Dios! Sí: es de justicia que, como lo hacemos hoy, reconozcamos públicamente que en El somos, nos movemos y existimos; que de El procede todo don perfecto; y que a El le debemos el homenaje de una fe obediente a su Palabra.

Esta es su Palabra, éste es su mandamiento: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo". No podemos ser justos sin el hábito de cumplir fielmente este mandamiento de amor.

Nuestro celo por los derechos de Dios reclama, de esta manera, un análogo celo por los derechos del hombre. Dios quiere que sus hijos sean respetados y amados. En el agravio hecho a un hombre Dios se considera, El mismo, agraviado. Y el hombre violentado por la injusticia siente germinar en él el resentimiento y la contraviolencia. En la injusticia, la paz ha encontrado su primer gran obstáculo.

"Señor, luz de los que viven en tinieblas: guía nuestros pasos por el camino de la paz. Concédenos que, libres de temor te sirvamos con santidad y justicia en tu presencia, todos nuestros días".

"Enséñanos a hacer con los demás lo que queremos que ellos hagan con nosotros: respetar, comprender, perdonar; cumplir nuestra palabra; tener misericordia; hacernos solidarios del dolor y necesidad de los otros; velar por su buen nombre, defender su honra, sus bienes, su libertad; su vida; acoger sus aportes, estimular su responsabilidad, confiar en ellos".

¿Cómo podríamos exigir lo que no estamos dispuestos a dar?

"Cada uno, sin excepción de nadie —nos inculca el Concilio— debe considerar al prójimo como *otro yo*". (Gaudium et Spes, 27). Y todo hombre es mi prójimo, cualquiera sea su ideología, su conducta o la simpatía

que nos inspira. La justicia evangélica no discrimina, no excluye a nadie. Sólo tiene una predilección, un servicio preferente, un respeto privilegiado por los pobres —sin preguntar la causa o la culpa de su pobreza (Cfr. Paulo VI, Octagésima Adveniens, 23; Obispos de Chile, “Evangélio, Política y Socialismos”, 14).

Si a todos los ciudadanos nos toca obrar la justicia para construir la paz, ello compete de modo especial al gobernante. “La ejecución de la justicia, en cuanto orientada al bien común —escribe Santo Tomás— es el oficio propio del príncipe” (Summa Theologiae, 2-2, q. 50, art. 1, ad. 1).

Justicia y bien común: noble y pesada tarea que incumbe al gobernante. Lo comprendemos bien quienes, en la Iglesia, desempeñamos el servicio episcopal. Mirar siempre y sólo al bien común; mancomunar tantas aspiraciones divergentes, conciliar tantos intereses contrapuestos, hacer fructificar para bien tantas tensiones, afrontar tantas incomprensiones, privilegiar sólo al más débil: ser autoridad importa consagrarse al servicio de la justicia y del bien común. La vida del que gobierna está marcada por una sola pasión: los derechos de la persona y de la sociedad. Cada ley, cada decreto, cada decisión suya responderá a un solo interrogante: “¿cómo servir mejor a mi pueblo?”.

Porque el bien común de su pueblo es la razón de ser del gobernante —como enseña la Iglesia por boca del Papa Juan XXIII (Pacem in Terris, 54). “Tutelar el campo intangible de los derechos de la persona humana, y hacerle llevadero el cumplimiento de sus deberes, debe ser —afirma la Iglesia— oficio esencial de todo poder público” (Pacem in Terris, 60; Pío XII— Mensaje de Pentecostés, 1-6-1941).

Allí radica la dignidad del que manda y del que obedece. El ciudadano que se somete a las autoridades públicas rinde, “en realidad, un acto de culto a Dios”. Lejos de humillarse, “se eleva y ennoblece, ya que servir a Dios es reinar”.

“La autoridad, sin embargo —recuerda el Papa

Juan— no puede considerarse exenta de sometimiento a otra superior. Más aún, la autoridad consiste en la facultad de mandar según la recta razón. Su fuerza obligatoria procede del orden moral, que tiene a Dios como primer principio y último fin. La dignidad de la autoridad política es la dignidad de su participación en la autoridad de Dios" (Pacem in Terris, 47; Pío XII, Radiomensaje Navideño 1944). Sus leyes tienen, por eso, valor de obligar en conciencia cuando, procediendo de la ley eterna, emanan de la recta razón, respetan el orden moral y sirven al bien común. Si una ley se apartase de la recta razón sería injusta; y entonces —como enseña Santo Tomás— más que ley, sería violencia (1-2 q. 93, art. 3 ad. 2; ver Pacem in Terris 46, 50, 51).

Todo gobernante permanece así en constante referencia a Dios y a su pueblo. "No hay autoridad que no venga de Dios" (Romanos 13, 1-6). Y no se da autoridad sino para el bien y salud del pueblo, que es la suprema ley. (León XIII, Rerum Novarum, 26). Sin olvidar que en la protección de los derechos individuales, el poder civil "habrá de mirar principalmente por los débiles y los pobres" (León XIII, Rerum Novarum, 27).

Tal es la nobleza de la tarea, del arte de gobernar, según lo ha enseñado constantemente la Iglesia. Se inspira en el ejemplo del Maestro, que no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida por la salvación de todos.

Por eso oramos por nuestros gobernantes: hoy y siempre. Es un deber de nuestra fe. Imploramos para ellos la gracia de lo alto, los dones de sabiduría y prudencia, de consejo y fortaleza. Y permanezcamos dispuestos a ofrecerles nuestra colaboración, leal, generosa y sincera, para obrar la justicia.

2. Pero no basta la justicia para construir la paz. "Señor: para que podamos construir perpetuamente la paz, concédenos *crear en el amor!*".

Siempre nos amenaza la tentación de creer, más bien, en el odio. El sabe mostrarse seductor. Promete extirpar, rápida y radicalmente, todos los obstáculos al triunfo de

la verdad —nuestra verdad. Comparece como vengador celoso de una justicia violada— nuestra justicia. Y declara lícitos todos los medios, con tal que sirvan a ese fin. El odio se hace así inseparable de la violencia, y ésta le presta su forma atractiva y seductora: como si fuera el único o el mejor camino.

“La violencia —decíamos con angustia hace cuatro años— no es el único ni el mejor camino. Ni siquiera es un camino. Los pueblos no cambian ni progresan, no se ponen en marcha sustituyendo una violencia por otra” (Alocución del 2-9-1972).

“El odio —hemos dicho en este mismo lugar, en 1971— envenena y puede matar el alma de una sociedad. Tenemos que matar el odio, antes de que el odio envenene y mate el alma de nuestro Chile! . . . Hermanos: todo se puede ganar con la paz. Todo lo que más amamos se destruirá ciertamente con el odio. En nombre del Señor, por amor a todos los inocentes, a todos los débiles, a las madres y niños de nuestra tierra; por amor a la patria toda, destruyamos definitivamente el odio, y edifiquemos la sociedad justa y fraterna, la familia que ha sido y será siempre Chile!”. (Homilía en los funerales de don Edmundo Pérez Zujovic, 9-6-1971).

Palabras, urgencias formuladas en circunstancias políticas tan diversas. Las repetimos hoy, con la misma perseverante doctrina.

El magisterio de la Iglesia nos previene, con sabiduría y bondad, que después de los grandes conflictos sociales suelen plantearse alternativas contrapuestas: de un lado, voces que llaman a la prudencia y a la moderación; de otro lado, voces de mal disimulada violencia o de abierto anuncio de venganza, como si no hubiera otra disyuntiva que plena victoria o destrucción completa. Tajante dilema que ahoga toda otra reflexión y obliga a una lucha extenuadora y desangrante, cuyas consecuencias económicas, sociales y espirituales amenazan convertirse en el castigo del tiempo futuro. Así hablaba la Iglesia, por boca de Pío XII, al término de una conflagra-

ción mundial (Discurso a representantes del Congreso de los EE.UU., 27-8-1945). "Por esto —señalaba el Papa— es de suma importancia sustituir aquel temor por la fundada esperanza de honrosas soluciones; soluciones no pasajeras ni expuestas a los gérmenes venenosos de nuevas turbaciones y nuevos peligros para la paz, sino verdaderas y durables".

Su Santidad Pablo Sexto nos recuerda cuál es esa solución, cuando una y otra vez nos llama a construir, como fruto del Año Santo, la "civilización del amor". ¡El amor puede edificar una civilización!

Diremos más: sólo el amor puede edificar una civilización digna de ese nombre. ¿Cómo respetar al hombre, si no se le ama? ¿Cómo ir en defensa del oprimido, si no se ama a los que Dios ama con predilección? ¿Cómo construir un ordenamiento jurídico eficaz, sin amar al hombre por quién y para quién son todas las leyes? ¿Cómo edificar la fraternidad —base insostituible del patriotismo— sin amar como Dios Padre nos ama: a buenos y malos, amigos y enemigos; sin compartir lo nuestro como El lo comparte; sin perdonarnos como El nos perdona? Organizando la tierra sin Dios, se termina siempre organizándola contra el hombre. Porque Dios es amor.

Necesitamos creer en el amor. "El amor —decíamos aquí, hace justamente un año— no es utopía, no es ingenuidad, no es inferioridad". El consigue lo que la fuerza no es capaz de conseguir. No está reñido con la vigilancia ni con un justo rigor, al contrario: estos son la condición para que subsista.

"Señor: concédenos creer que el amor es más fuerte que el odio. Que el amor une como no puede hacerlo el temor. Que el amor crea, mientras el odio destruye y el temor paraliza. Ahoga, Señor, en nuestros labios la palabra que ofende y distancia. Abre nuestras manos para compartir pan y trabajo, los bienes de una tierra que Tú nos diste a todos. Haz que dejemos de juzgarnos unos a otros sin misericordia y sin olvido. Haz que creamos los unos en los otros. Haz que nos amemos: porque sólo el que ama puede obrar la justicia!"

3. Algo falta todavía, sin embargo, para el pleno advenimiento de la paz. "Señor: para que podamos construir perpetuamente la paz, *¡educanos a la libertad!*".

La paz —según San Agustín— es la tranquilidad en el orden. Y no puede haber orden ni tranquilidad, sin libertad.

Los miembros de un cuerpo social gozan de tranquilidad cuando saben que sus derechos fundamentales están jurídicamente protegidos contra toda arbitrariedad.

Ese es precisamente el sentido y objetivo del orden: asegurar las condiciones que hacen expedito el ejercicio de la libertad. Un orden que se obtuviera a costa de la libertad sería un contrasentido. Y el pueblo objeto de ese orden ya no sería pueblo, sino masa.

Cicerón concebía el pueblo como la multitud asociada por un consenso de derecho y para utilidad común (De República, 1 I, c. 25). A la definición de pueblo pertenece la libertad de asentir o disentir en lo tocante a los asuntos comunes, y la norma jurídica que regula y protege esa libertad.

"El pueblo —enseña la Iglesia— vive y se mueve por su vida propia; la masa es de por sí inerte y sólo puede ser movida desde afuera. El pueblo vive de la plenitud de vida de los hombres que lo componen, cada uno de ellos una persona, conciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones. La masa es fácil juguete en manos de cualquiera que explote sus instintos o sus impresiones. De la exuberancia de vida propia de un verdadero pueblo se difunde la vida, abundante, rica, por el estado y todos sus organismos; infundiéndoles, con un vigor renovado sin cesar, la conciencia de su propia responsabilidad, el sentido verdadero del bien común". (Pío XII, Radiomensaje Navideño 1944).

La amenaza de masificación, latente en todo el mundo contemporáneo, nos plantea un imperativo: educarnos a la libertad. Habitarnos a actuar por propia iniciativa, previa deliberación y asumiendo las responsabilida-

des de nuestras decisiones. Estimularnos unos a otros a participar y a decidir, mediante un consenso jurídicamente regulado, los asuntos que conciernen al bien común. “Cuando se pide ‘más democracia y mejor democracia’ —señala el Papa Pío XII— esta exigencia no puede tener otro significado que el de colocar al ciudadano en condición cada vez mejor de tener su propia opinión personal y de expresarla y hacerla valer de una manera conforme al bien común. . . Hay dos derechos del ciudadano que en esta democracia encuentran su expresión natural: manifestar su propio parecer sobre los deberes y los sacrificios que le son impuestos; no estar obligado a obedecer sin haber sido escuchado” (Pío XII, Radiomensaje Navideño citado).

Nuestra patria reconoce, en estos postulados, una tradición de la que legítimamente se siente orgullosa.

“En el alma de Chile —decíamos hace dos años, en esta misma Iglesia— se da, como componente esencial, el aprecio y costumbre de la libertad, individual y nacional, como el bien supremo —superior, incluso, al de la vida misma”.

Libertad que nunca los chilenos identificamos con anarquía ni arbitrariedad. Libertad regulada y protegida por un ordenamiento jurídico objetivo y una autoridad impersonal, sometida ella misma a la ley y al permanente juicio de su pueblo.

Fue esa la gran intuición y el gran legado de nuestros Padres de la Patria. “A pesar de haberseme entregado el Gobierno Supremo sin exigir de mi parte otra cosa que obrar según me dictase la prudencia —escribía don Bernardo O’Higgins, al fundamentar el nombramiento de una Comisión Constituyente— no quiero exponer por más tiempo el desempeño de tan arduos negocios al alcance de mi juicio. . . Ahora que, por el valor y virtud de nuestros soldados, hemos conseguido vencer y destruir a los tiranos, sólo me ocupo en preparar aquellas medidas que aseguren la libertad de los chilenos, sin introducir la licencia en que escollaron otros estados nacientes”

(Decreto del 18-5-1818; Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo 9, pág. 33-34).

Dicho proyecto constitucional le parecía ser "el negocio que más interesa a la nación; y para ello es necesario saber distintamente la voluntad de cada uno de los habitantes" (Decreto del 10-8-1818; Sesiones de los Cuerpos Legislativos, Tomo 2, pág. 7-9).

"Debe cuidarse —expresaba don Bernardo, al inaugurar las Sesiones de la Convención Preparatoria— que todos los derechos sean realmente garantidos, porque de otro modo vacilan la autoridad, la seguridad, y todos los fundamentos de la sociedad y la prosperidad se conmueven y anulan" (Ses. de los C. Legislativos, T. 6, pág. 28).

En ese admirable espíritu, de realismo y respeto a los derechos intangibles de la persona, se forjó nuestra nacionalidad. Muchos de nuestros estadistas, constructores de la patria, merecen el elogio que en su tiempo hiciera de O'Higgins don Mariano Egaña, al jurarse la Constitución: "V. Excelencia sosteniendo los derechos de la Nación en los campos de batalla triunfaba, es verdad, y llevaba tras sí nuestra admiración y gratitud; mas, este era un triunfo de que podían usurpar, parte la fortuna, y parte la ilusión de la gloria. Pero —continuaba don Mariano Egaña— hacerse esclavo de la ley, estando en la plenitud de la autoridad; quedar vencedor en esta lucha de generosidad, donde el pueblo, confiado en las virtudes del que destina para gobernarlo, pone en sus manos un mando sin límites, y el Jefe sólo quiere obedecer a la voluntad pública y hacer crecer la autoridad de su cargo por la de su mérito: éste es el triunfo todo de V. Excelencia!" (Discurso en la Jura de la Constitución, 23-10-1818; Gaceta Ministerial, 24-10-1818).

No es necesario, por eso, inventar un camino: nuestra más pura tradición democrática y republicana es el camino. A nosotros nos toca reconquistarla y readecuirla a situaciones siempre cambiantes. Educándonos al ejercicio de nuestra libertad asentamos el cimiento profundo de la solidaridad y seguridad nacionales.

Tal vez ahora comprendemos mejor el sentido de los textos bíblicos leídos en esta celebración. El Maestro ha prometido felicidad, alegría perfecta a los que trabajan por la paz. El Apóstol nos exhorta a vencer el mal con el bien.

Ya antes que ellos, el más insigne orador de la antigua Roma —Cicerón— supo comprender que la tarea de la paz es digna y propia de un hijo de Dios. “Vencerse a sí mismo —decía— refrenar la ira, perdonar al vencido, levantar al adversario caído: el que estas cosas haga, no lo comparo ya a los grandes hombres: lo considero muy semejante a Dios” (Pro Marcello, 3).

Es la tarea predilecta de la Iglesia: la paz. Y es que la paz y la vida caminan juntas. La vida es el otro nombre de la paz —como la guerra es el otro nombre de la muerte. (Mensaje de Paulo VI para la Jornada Mundial de la Paz, 1967).

Por eso la Iglesia ama tanto la paz: porque ama la vida. Porque es presencia de Cristo que vino para que los hombres tengan vida, y abundante vida.

Por eso la Iglesia defiende la vida. Por eso la Iglesia condena la guerra, condena el aborto, condena el hambre: son enemigos de la vida; y la vida tiene los mismos enemigos que la paz.

Por eso la Iglesia no cesa de hablar, de clamar por el derecho de todos a la vida. Por eso la Iglesia habla y clama, siempre, en todas partes, llamando a la justicia, al amor, a la libertad. Son los caminos de la paz. Y la Iglesia hace obra de paz —porque es la Casa de los hijos de Dios. Si hay defecto en algunos de sus miembros —lo que es inherente a su condición humana— ello no anula la vigencia y belleza de esta misión verdaderamente divina.

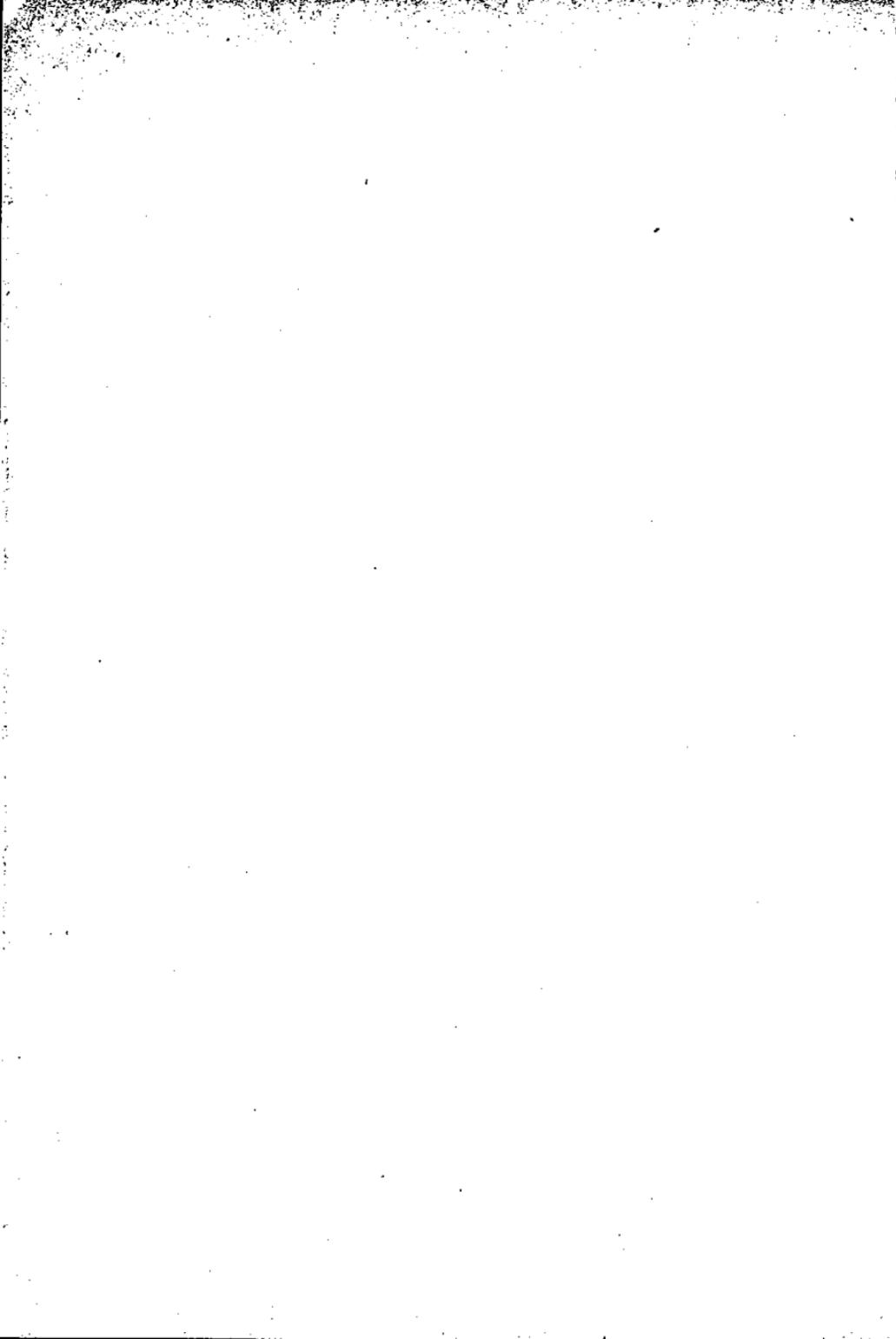
Decidámonos, todos, de nuevo por esta misión; este es un momento y un lugar privilegiado para abrirnos al Espíritu del Señor, espíritu de paz.

Hoy es un momento y un lugar privilegiado para orar. Concluyamos repitiendo esa oración de Iglesia que no hemos hecho más que glosar:

“Señor: que llamaste hijos tuyos a los que trabajan por establecer la paz: Concédenos tu luz y tu gracia, para que podamos construir perpetuamente la paz, basada en la justicia, en el amor y en la libertad. Por Jesucristo Nuestro Señor”.

ASI SEA.

1977



Todavía cuesta explicar (y entender) lo que pasó en Chile durante 1977. De uno de los años más sombríos y tensos que se hayan vivido en este siglo, como fue el de 1976, se pasó abruptamente a un período que se cargó de promesas y esperanzas.

No es que los hechos dramáticos cesaran. En los primeros meses se registró una ola de arrestos y desapariciones de personas que regó de escalofríos a la militancia izquierdista, y en particular a los comunistas; la quiebra de una próspera financiera vinculada a la Universidad Católica ("La Familia") introdujo la zozobra económica en muchas familias y en los inversionistas; el exilio se siguió abultando y los partidos de centro pasaron a la oposición frontal y abierta.

Así y todo, a pesar de las penurias políticas y sociales, la Iglesia Católica divisó la esperanza.

De ese diagnóstico surgió un documento fundamental, "Nuestra convivencia nacional", bajo la firma del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal. El texto observaba las condiciones para alcanzar la estabilidad del país, pero anotaba también los avances que veía en la tarea del gobierno y en las palabras de sus principales jerarcas.

La declaración no fue del gusto del gobierno, pero tampoco causó perturbaciones mayores. Casi un mes después, en abril de 1977, un debutante ministro de Justicia lanzó una violenta invectiva contra los mismos obispos en una aula universitaria. La Conferencia protestó con toda su fuerza, pero el ministro insistió. Por primera vez, contra todo lo esperado, el gobierno decidió actuar oyendo las quejas del purpurado. El ministro fue destituido un mes después de haber jurado en su cargo.

Este episodio menor se sumó a otros de más envergadura. Algunos medios de clara orientación disidente fueron autorizados para circular, el hermetismo de la DINA cedió paso a ciertas atribuciones judiciales, el debate político empezó a ser limitadamente tolerado.

En julio se alcanzó un paso todavía más inesperado y, según se creyó entonces, más promisorio. Hablando ante centenares de jóvenes reunidos en el cerro de Chacarillas, para el aniversario de la batalla de La Concepción, el general Pinochet anunció un cronograma político que por primera vez ponía plazos concretos de desarrollo y término al gobierno militar. Prometió también la institucionalización del país y describió los principios de un régimen nuevamente democrático, que terminaría los gérmenes del fratricidio.

Para la oposición, el plan era desmedido en sus alcances y en sus fechas. La Iglesia Católica, intuyendo acaso la profunda novedad introducida en un gobierno que hasta entonces no había formulado más que anuncios de eternidad, midió con cuidado y valoró el discurso.

Chacarillas influyó, sin duda alguna, en la homilía del Te Deum de ese año, el primero que registra un balance positivo en relación con lo pedido un año antes.

El Cardenal Silva Henríquez orientó su discurso en el sentido preciso de "Los caminos de la paz". Para evaluar los llamados del '76, registró los progresos del '77 y propuso que ellos se ampliaran y se difundieran en sentidos cada vez más universales. No es para nada accesorio que el texto se haya llamado "pedagogía de la paz". Tampoco es casual que su tono optimista domine y marque el sentido del mensaje. Finalmente, conviene subrayar que un tono semejante es el que emplean los más importantes documentos del Episcopado de aquellas fechas.

HOMILIA DEL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ
EN LA ACCION DE GRACIAS ECUMENICA
18 DE SEPTIEMBRE DE 1977
"PEDAGOGIA DE LA PAZ"

Un servicio de unidad y de paz

1. La fe en Dios, cuyas manos de Padre conducen nuestra historia y enderezan nuestros caminos, nos ha vuelto a convocar en este día y en este lugar que la tradición de Chile consagra a la oración por Chile.

Nuestro encuentro tiene, desde hace varios años y por generosidad divina y humana, carácter ecuménico. Ha llegado a convertirse en signo de unidad. Es una prueba de que los hombres podemos vencer prejuicios y resentimientos, y buscar juntos la verdad con un corazón sincero. Es un testimonio de que la fe en el único Dios, vivo y verdadero, tiende a realizar el gran anhelo del corazón de Cristo: que seamos uno.

Y así conviene que seamos y aparezcamos, los ministros de Dios, para mejor prestarle a nuestra patria el servicio que en gran medida se espera de nosotros: el servicio de la unidad. Así quisiéramos ver siempre a nuestro pueblo: superando las barreras de la enemistad, las distancias y enconos de ayer y de hoy. Unido en una sola fe, en una misma esperanza. Orando —todos juntos— al Dios y Padre de todos los hombres. Y trabajando juntos en esa obra común, a la que nadie puede negarse, de la que nadie puede sentirse ajeno, cualquiera sea su credo o su ideología: la paz. La paz es el credo, es la ideología, es el ideal, es la tarea urgente y posible que nos une solidariamente a todos los chilenos.

Y la nuestra quiere ser, en este día, una palabra de paz. Y la vamos a pronunciar como abogados, no de nuestros intereses, sino de todos los hijos de nuestro pueblo. La vamos a decir como hermanos que somos de

todo hombre de buena voluntad, como Samaritanos cercanos a todos los que lloran y esperan socorro, como servidores de Dios, de la verdad, de la libertad, de la justicia, del desarrollo y de la esperanza. Y les pediremos a todos que no rehúsen escucharnos, por más que ya conozcan, o crean conocer el tema de nuestras palabras. Queremos hoy proponer un anuncio, tan sencillo como un axioma: *¡la paz es posible!* (Cfr. Paulo VI, Mensaje para el Día de la Paz, 1973).

Se han hecho obras de paz

2. Hace un año, en este mismo Templo, le pedíamos a Dios que nos revelara cuáles son los caminos de la paz, y nos diera resolución y fuerza para recorrerlos. Hoy podemos constatar que en el mundo y en nuestra patria se han hecho obras de paz. Ese lento y duro aprendizaje del arte de ser justos, de respetar la intangible dignidad de todo hombre, de procurar un consenso y suscitar la libre adhesión de los más a una causa común; ese difícil ejercicio de la autoridad para garantizar el orden sin sacrificar la libertad; esa progresiva atenuación de rigores y restricciones, basada más en la confianza que en la suspicacia; ese riesgoso desafío de creer menos en el odio y más en el amor, más en el diálogo que en la imposición: todos esos presupuestos de la paz se han ido abriendo trabajosamente camino en la conciencia universal, y mostrado ya algunos frutos, incipientes pero promisoros. Felicitamos a todos los que en este último año han hecho obras de paz. Más que nosotros, es Cristo mismo el Señor quien los felicita y declara dichosos. Gobernantes o simples ciudadanos; diplomáticos, hombres de Derecho, formadores de opinión pública, educadores; trabajadores y pobladores, artífices silenciosos de una admirable solidaridad: ¡Son tantos los hombres y mujeres de nuestra tierra que han trabajado por la paz y merecido llamarse hijos de Dios! Para ellos nuestro agrade-

cimiento, junto con la súplica de seguir buscando y seguir construyendo la paz. Ya sabemos, gracias a ellos, que la paz es posible!

La paz debe ser posible

3. Y no solamente es posible: *¡debe ser posible!* Nosotros no creemos, nosotros no aceptamos que el hombre esté hecho para combatir al hombre, que las guerras sean inevitables, y que nuevas formas de convivencia y organización social deban o puedan levantarse sobre las ruinas de todas las anteriores. Nosotros no creemos, nosotros no aceptamos que la violencia homicida sea el motor de la historia. Rechazamos cualquier determinismo que pretendiera imponer al hombre la necesidad de matar a su hermano para ser más, o mejor hombre. Y no lo decimos nosotros: es ya una convicción, una conquista, un patrimonio de la conciencia común, especialmente de las generaciones jóvenes. *¡Debe ser posible —lo gritan nuestros jóvenes— vivir sin odiar, vivir sin matar!* (Cfr. Paulo VI, *ibíd.*).

Nuestra cultura judeo-cristiana tiene su raíz y quicio en la certeza de que la paz es posible y es un deber. "Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas, podaderas. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra" (Isaías, 2, 2-5). Así intuyen los Profetas bíblicos lo que ha de ser un mundo que camina en la luz del Señor. Y para quienes creen en el Evangelio, la paz está en las entrañas mismas de su fe cristiana: proclamar la paz es, para el cristiano, anunciar a Cristo que es nuestra paz (Efesios, 2, 14), (Cfr. Paulo VI, Mensaje para el Día de la Paz, 1968).

La Iglesia está obligada por su íntima constitución, por la ley fundamental que le ha dado su Fundador a promover la paz. No es su ánimo dirigir ni ejercer predominio sobre la sociedad civil. Pero es su deber señalar a los responsables de la ciudad temporal cuáles son los caminos que conducen a la justicia, a la verdad y a la

paz. Cumplimos con ese deber ofreciendo, proponiendo respetuosamente tales caminos, con la seguridad que nos viene no de una personal sabiduría, sino de una Iglesia largamente experta en humanidad.

Cumplimos, también, un deber de conciencia: hablar oportunamente, señalando a nuestro pueblo derroteros y tareas de paz, y llamando a todos a reconstruir la unidad de la patria. No buscamos otra cosa que fortalecer esa unidad, que es la fuerza de un pueblo y la expresión máxima de su amor patrio.

La comunión de nuestros espíritus, el consenso de nuestras mentes y voluntades, la amistad fraterna, el respeto mutuo, y la solidaridad pertenecen al alma de nuestro Chile, y son la fuente y seguro de nuestros grandes valores.

Ardientemente quisiéramos contribuir a recrear esa unidad, a hacer posible que todos los chilenos encuentren en su tierra la patria que los hace libres y el asilo contra toda opresión. Estamos convencidos de que sólo así, reconstituyendo la gran familia chilena, podremos labrar nuestro destino nacional, en paz interior y seguridad externa. Por eso no hemos querido y no podemos callar, no podríamos dejar que nuestra débil voz se extinguiera sin llegar a todos los ámbitos de nuestra tierra y sin ofrecer, a todos nuestros hermanos chilenos, este mensaje, esta súplica apasionada de unidad y de paz.

Los presupuestos de la paz

4. Que no se nos tome a mal —por eso— que hablemos tanto, siempre de paz. Es una inquietud, más que eso, una pasión que la Iglesia lleva en sus entrañas. Y la Iglesia sabe de paz: sabe que ella existe, que es posible, y cuáles son los caminos para conquistarla. Escuchémosla, en la voz de un Papa que prácticamente identificó su Magisterio con la causa de la paz: Su Santidad Pío XII. Hablando en 1940, cuando la Segunda Guerra Mun-

dial se expandía en el espacio y en ferocidad, el Papa vislumbraba ya cuáles serían los presupuestos indispensables para un nuevo orden, garante de la paz.

Victoria sobre el odio

5. El primero de todos: *la victoria sobre el odio*. ¿Hay algo más específicamente cristiano, más auténticamente evangélico que este arte sublime de perdonar y olvidar? ¿No está subentendido en eso “perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”? El criterio regulador de las relaciones humanas no puede ser la venganza o la represalia, “ojo por ojo, diente por diente” (Mateo, 5, 38). “Todos vosotros sois hermanos!” (Mateo 23, 8), nos enseña el Maestro. Y Dios no acepta en su altar la ofrenda presentada por quien no se ha reconciliado con su hermano (Mateo 5, 23; 6, 14-15).

“Hay pocas cosas que corrompan tanto a un pueblo como el hábito de odiar” —escribió una vez Manzoni (Morale cattolica, I, VII). Nuestras familias, nuestros educadores, nuestros comunicadores sociales, nuestras comunidades religiosas tienen en sus manos un ministerio de reconciliación. Es toda una pedagogía, una mentalidad de paz la que se debe formar, basada en la veracidad, en el respeto y cortesía para con las personas, en la humildad para aprender de otros, en la nobleza de perdonar a todos.

Victoria sobre la desconfianza

6. Segundo: *la victoria sobre la desconfianza*. Los hombres y los pueblos no podemos vivir recelando unos de otros. Sinceridad, transparencia, coherencia entre lo que pensamos y decimos es condición para la paz. Fidelidad, también, a la palabra empeñada, a los pactos y compromisos contraídos. Lo formulaba muy bien la antigua sa-

biduría romana: “el fundamento de una convivencia justa es la verdad y la constancia en lo dicho y en lo pactado” (Cicerón, De Officiis I 7, 23).

La primera proclama que don Bernardo O'Higgins dirigió al pueblo al día siguiente de asumir el mando (17 de febrero de 1817) contenía claramente este requisito para la paz: “Yo exijo de vosotros aquella confianza recíproca, sin la cual el gobierno es la impotencia de la autoridad, o se ve forzado a degenerar en despotismo”. (Archivo de don Bernardo O'Higgins. Tomo VII, págs. 168-169).

Para construir la patria —tal era el pensamiento de don Bernardo— era preciso integrar a todo el cuerpo social en la tarea común. Los aportes de todos y cada uno debían ser estimulados por una autoridad que trascendía a todas las facciones y se acreditaba por su voluntad de servicio. Fue así como el Padre de nuestra nacionalidad se ganó la confianza de los diversos sectores y la fidelidad de sus conciudadanos.

La barrera infranqueable del Derecho

7. Tercero: la victoria sobre el funesto principio de que *la fuerza o la utilidad crean el derecho*.

Funesto principio, que contradice la esencia misma del derecho y genera los peores excesos totalitarios. A él oponemos, una vez más, ese postulado fundamental del humanismo cristiano: todo hombre posee, por serlo, una dignidad, y derechos, y deberes que le son connaturales y consustanciales. Y el oficio esencial del poder público no es otro que tutelar el campo intangible de esos derechos, y hacer llevadero el cumplimiento de esos deberes (Cfr. Juan XXIII, *Pacem in Terris*, 60; Pío XII, Mensaje de Pentecostés, 1-6-1941).

“Estos derechos primordiales del hombre, por los que la Iglesia combate, son a sus ojos tan inviolables —decía Pío XII en 1949— que contra ellos ninguna razón de Estado, ningún pretexto de bien común podrían pre-

valecer. Esos derechos están protegidos por una barrera infranqueable. Del lado de acá, el bien común puede dar leyes a su gusto. Pero del lado de allá, no: no puede tocar esos derechos, porque son éstos lo que hay de más valioso en el bien común. Si se respetara este principio ¡cuántas catástrofes trágicas y cuántos peligros amenazadores se mantendrían a raya! Por sí solo —concluía el Pontífice— este principio podría renovar la fisonomía social y política de la tierra” (Discurso al Congreso de Estudios Humanísticos, 25-9-1949).

Nivelar las diferencias estridentes

8. Cuarto: *la victoria sobre los gérmenes de conflictos, nivelando las demasiado estridentes diferencias económicas.*

¿Será necesario recordar que el espectáculo de la excesiva riqueza exaspera a los que gimen en su extrema pobreza? Los pronunciados desequilibrios en la distribución de bienes y expectativas no solamente ofenden a la justicia y al amor, sino preparan también estallidos violentos de una desesperación colectiva, en los que poco o nada quedará ya de justicia y de amor. Luchar por una más justa nivelación económica; recordar a los privilegiados que no son más que administradores de bienes que el Creador destinó a todos los hombres; urgir las conciencias y los mecanismos jurídicos para que se amplíe más y más la participación de los pobres en la renta nacional y en el proceso que la produce: todo eso es trabajar directamente por la paz.

Desarrollo solidario es el nuevo nombre de la paz

9. Quinto, y finalmente: *la victoria sobre el espíritu de un frío egoísmo, mediante la solidaridad jurídica y económica.*

Diez años atrás, Su Santidad Pablo VI escribía su Encíclica sobre el desarrollo de los pueblos, para re-

cordar a todos que la solidaridad universal es un hecho, un beneficio, y un deber para todos. La avaricia —escribía el Papa— encierra a hombres y pueblos en la propia prisión: endurece, cierra, desune; los condena al subdesarrollo moral. El liberalismo sin freno —añadía— que considera el lucro como motor esencial del progreso económico, la competencia como ley suprema de la economía; la propiedad privada de los medios de producción como derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales, este liberalismo conduce a la dictadura y genera el imperialismo internacional del dinero. Y no hay mejor manera de reprobado tal abuso que recordando solemnemente que la economía está al servicio del hombre. El desarrollo solidario de todo el hombre y de todos los hombres es hoy, afirmaba el Papa, el nuevo nombre de la paz (Cfr. *Populorum Progressio*, 17, 19, 26, 48, 76, 83, 87).

Latinoamérica: un destino solidario

10. Estos cinco principios que la Iglesia nos propone como fundamentos para la paz son igualmente válidos en el plano de la convivencia nacional e internacional. La paz de Chile no se gesta sólo al interior de su territorio, sino también, en igual o superior medida, por la calidad de su participación en la comunidad universal.

¿Podemos en este campo constatar también obras de paz? La palabra autorizada de S.E. el Presidente de la República en su reciente Mensaje destaca la preocupación de Chile por afianzar sus relaciones internacionales, particularmente con los Estados limítrofes. Domina en esas palabras una voluntad de paz, de entendimientos razonados, de respeto, a las instancias de Derecho y de exclusión de ánimos belicistas, merecedora del cálido apoyo de todos los hombres de buena voluntad.

Pero asoma también una inquietud: América Latina —señala Su Excelencia— carece de real presencia en el concierto internacional, y no gravita suficientemente en

las grandes decisiones mundiales, aún aquellas que la afectan de modo directo.

La Iglesia comparte esta inquietud. Sin inmiscuirse en opciones que no son de su competencia. Ella quisiera servir, también en ésto, como signo e instrumento de unidad.

Quisiéramos, desde luego, movilizar toda nuestra capacidad persuasiva para erradicar definitivamente de Latinoamérica el espectro de luchas fratricidas. Las ha habido, no pocas veces, entre estos pueblos cristianos que reconocen un mismo origen de sangre y cultura, y no pueden ignorar su común destino. Una historia semejante es lamentable en cualquier parte del mundo. En nuestro continente resulta, además, escandalosa. (Cfr. Cardenal Silva Henríquez, "Pacto Andino y Solidaridad", Lima, 2-5-1976).

Difícilmente haya en el mundo pueblos tan claramente llamados por la Providencia a vivir una historia solidaria. La Iglesia, que hace suyas las angustias y esperanzas de su pueblo, entiende que pertenece a su misión —sin intervenir, repitamos, en decisiones técnicas— el favorecer e iluminar, con el Evangelio, todas las iniciativas capaces de acercar y unir a hermanos que nunca debieron alejarse o, peor, oponerse.

Latinoamérica: creadora de historia

11. Pero no basta con impedir las luchas fratricidas. Es preciso construir unidad, perfeccionar una América integrada y solidaria, capaz de hacerse oír y respetar. No creemos que nuestra América tenga que ser objeto, ni víctima, ni espectadora pasiva de una historia forjada por otros. Su legado histórico, el humanismo cristiano que la impregna vitalmente y es su alma, la llama a ser creadora de historia; esperanza de un mundo que al hacerse viejo pone en ella sus ojos, buscando reservas de espíritu (Cfr. Cardenal Silva Henríquez, "Humanismo

Cristiano en la Iglesia de Iberoamérica, Panamá, 3-6-1976).

La Iglesia quiere ofrecer este servicio de comunión: ser signo y causa de una progresiva integración de nuestros pueblos hermanos. Quiere exhortar a vencer pequeñeces y mezquindades, a inhibir egoísmos y desconfianzas. Quiere cooperar en la búsqueda de soluciones que satisfagan los legítimos derechos y aspiraciones de cada pueblo y garanticen los medios de realizar su destino. Quiere ayudar a conseguir tan elevados ideales, solamente por las vías del diálogo, de la comprensión recíproca y de la buena voluntad.

Estos pueblos que Dios quiso hermanos, que nacieron juntos en la cuna de Cristo, Rey de Paz, deben mostrarle al mundo entero cómo es posible, y fecundo, y aún relativamente fácil encontrar solución a sus problemas sin tener que recurrir a la violencia. Así lo quiere Dios, así lo manda nuestra fe común, así lo desean íntimamente los hombres y mujeres de estas naciones hermanas (Cardenal Silva Henríquez, Alocución al recibir, de manos del Arzobispo de La Paz, un pabellón boliviano para la Virgen del Carmen; diciembre 1976).

La Paz nace desde el pueblo

12. Es posible que a estas alturas quienes nos escuchan adhieran a nuestra apasionada profesión de paz; pero se preguntan: "¿Y cómo? ¿Cómo puedo yo, simple ciudadano, simple miembro del pueblo de Dios influir significativamente en la toma de decisiones que favorezcan la paz? ¿No es esa tarea privativa de los jefes?"

Dejemos que Pablo VI responda a esta dificultad. "Sí —nos dice— la paz es un deber de los jefes. Pero no sólo de los jefes. La paz no tiene su reinado sólo en la política: nace en las ideas, tiene su fuente en los espíritus. Es más orientación moral que actividad exterior. *La paz, antes de ser una política, es un espíritu.* Antes de manifestarse, victoriosa o vencida, en las vicisitudes his-

tóricas o en las relaciones sociales, aparece, se forma, se afianza en las conciencias, en aquella filosofía de la vida que cada uno debe procurarse a sí mismo como lámpara para sus pasos en los senderos del mundo" (Homilía para el Día de la Paz, 1970).

"La paz —nos dice el mismo Papa, en otra ocasión— no solamente no debe ser negada al pueblo, sino que *debe nacer y promoverse desde el pueblo*: todo hombre debe ser un promotor de la paz". "Debemos dar a la democracia —continúa diciendo Paulo VI— esta voz prevalente que se impone. La democracia *no* quiere la guerra; el pueblo *no* quiere la guerra; el pueblo *no* quiere que las multitudes tengan que enfrentarse unas con otras para matar... De esta formación, de esta mentalidad política del pueblo, de la masa, de la generalidad de la población debe nacer una idea triunfadora: *no debe haber más guerra en el mundo*".

Si quieres la paz trabaja por la justicia

13. "Si quieres la paz, trabaja por la justicia", nos invita Paulo Sexto (Mensaje para el Día de la Paz 1972). Y si alguien nos pregunta: ¿qué es la justicia? o si acaso consiste solamente en "no robar", le diremos que existe otra justicia: la que exige que cada hombre sea tratado como hombre. Pequeño o grande, pobre o rico, blanco o negro, todo hombre tiene su bagaje de derechos y deberes que lo hacen merecedor de ser tratado como persona. Y más aún: cuanto más pequeño, pobre, sufrido, indefenso es el hombre, cuando está incluso caído, tanto más merece ser ayudado, animado, sanado, enaltecido. Esto es lo que nos ha enseñado el Evangelio; y también el que no cree en la autoridad del Evangelio intuye que esa palabra divina tiene razón: ¡esta es la justicia! Este es el camino hacia el orden, es decir, hacia el derecho y el deber del hombre; aquí está la justicia, aquí está la paz! (Cfr. Paulo VI, Homilía en el Día de la Paz 1972).

No es necesario ser jefe —por lo tanto— para decidir la paz. Ella debe nacer desde el pueblo, fruto de una mentalidad, de una pedagogía, de un hábito de paz, y de justicia en las relaciones simples de todos los días. Nuevamente aparece, cómo, cuánto pueden hacer las familias, los educadores, los comunicadores sociales, los pastores por crear y difundir un espíritu de paz.

La valentía de la paz

14. Necesitamos, sí, una gran fuerza moral. Necesitamos la *valentía de la paz*. Una valentía de gran altura; no la de la fuerza bruta, sino la del amor. La del amor que repite: todo hombre es mi hermano, y no puede haber paz sin una nueva justicia. Necesitamos la valentía del amor que no sabe de venganzas, que no oprime ni suprime al adversario, que no exalta la violencia astuta y rastrera ni busca el movimiento vil para golpear al enemigo: así nos advierte el Papa Paulo VI. (Homilía en el Día de la Paz, 1974).

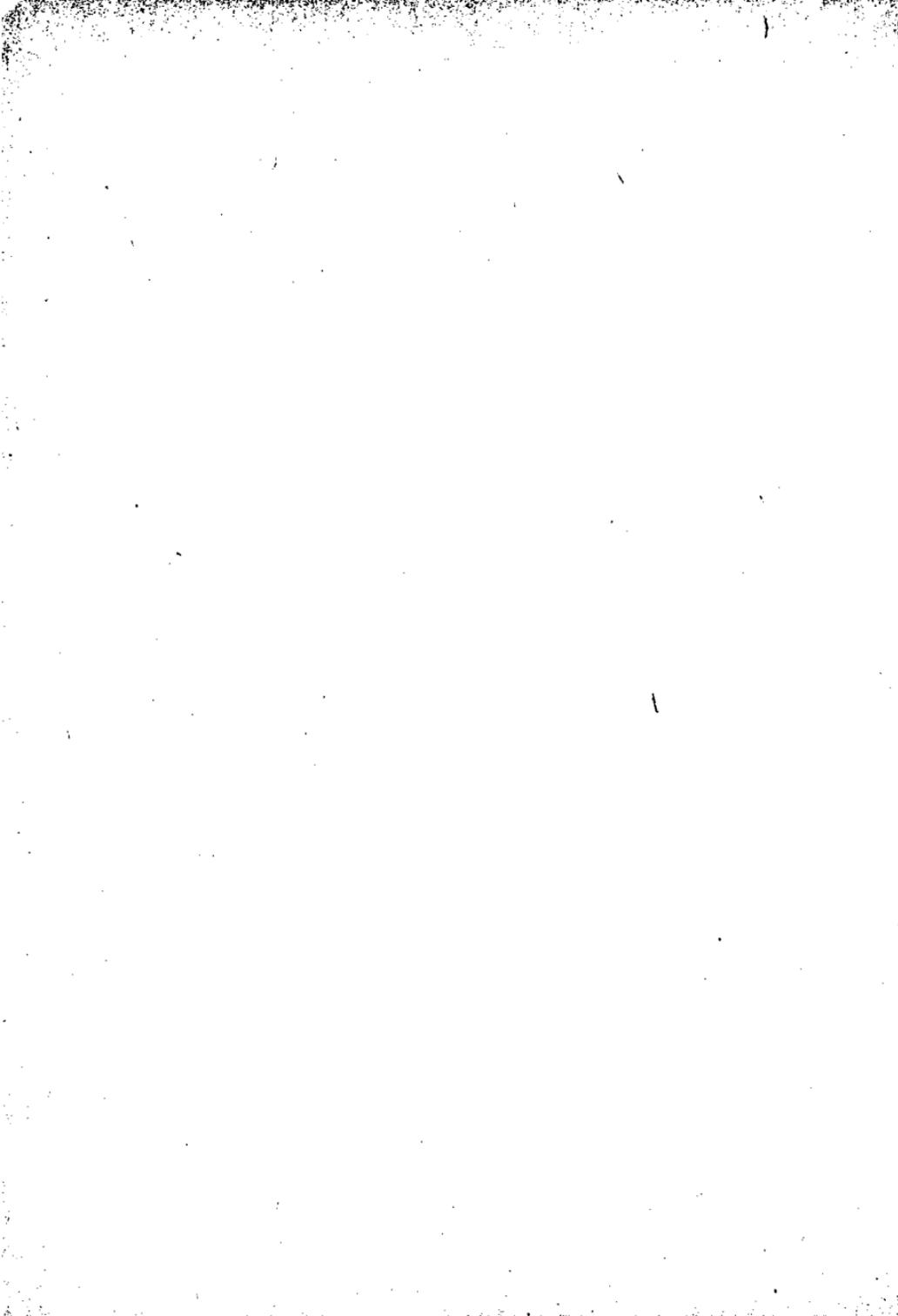
La valentía, también, de predicar alguna vez, quizás muchas, *en el desierto*. ¡Cuántas veces —decía Pío XII— ha tenido y tendrá la Iglesia que predicar a sordos! (Discurso citado, 24-12-1940). Cuántas veces su fe en el diálogo, en la mansedumbre, en la racionalidad, en la fecundidad del silencio y del dolor ha encontrado por respuesta indiferencia y desprecio! Sin embargo hoy su mensaje de paz parece tener mejores expectativas de ser escuchado. “Sólo el sufrir dará entendimiento al oído”, ha dicho el profeta. Y la humanidad entera ha sufrido y sufre tanto aún! Ese dolor es, con frecuencia, un maestro más eficaz que el fácil éxito. ¡Quiera Dios abrir nuestros oídos, y también los corazones, para no hacernos acreedores al amargo reproche de Jesús: “Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos; y no quisiste... ¡Si hubieras comprendido el mensaje de paz! ¡Pero quedó velado a tus ojos! (Lc. 13, 34 y Lc. 19, 41).

Oración por la paz

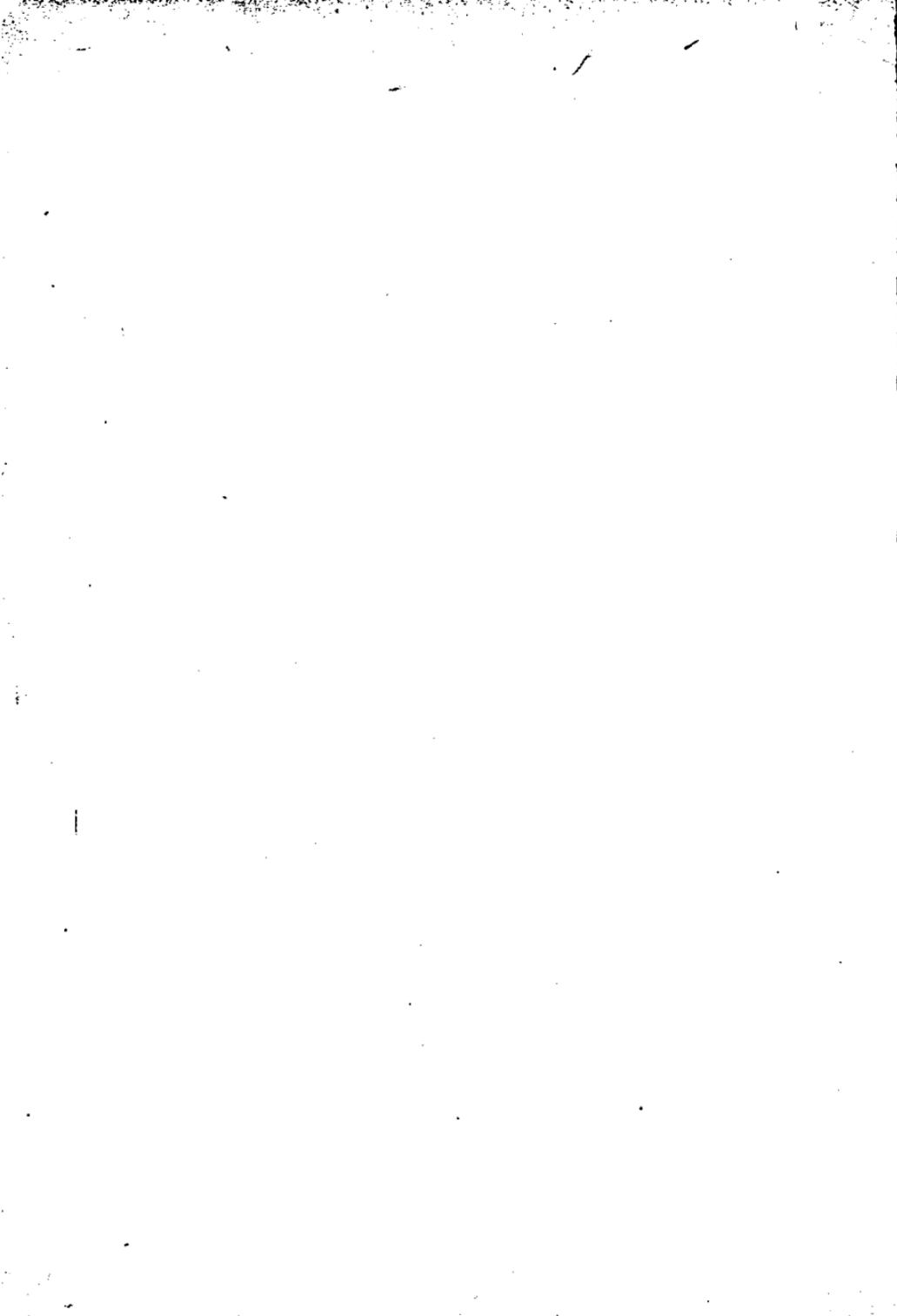
15. El Señor llama hoy a nuestra puerta, y no pide nada: sólo ofrece su mejor don, la paz. Permanezcamos en vigilia, atentos y dóciles a su palabra. Nosotros, los que estamos aquí simbolizando la fe y la unidad de nuestro pueblo de Chile, oremos por esa paz de Dios que sobrepasa todo lo conocido e imaginado. Oremos para que la paz sea el credo, la ideología, el ideal, la tarea urgente y posible que una solidariamente a todos los chilenos.

Señor Dios de la Paz, que has creado a los hombres objeto de tu amor, para hacerles partícipes de tu gloria: nosotros te bendecimos y te damos gracias por los deseos, afanes y realizaciones que tu Espíritu de Paz ha suscitado en nuestro tiempo, para sustituir el odio por el amor, la desconfianza por la comprensión, la indiferencia con la solidaridad. Abre Señor, aún más nuestros espíritus y nuestros corazones a las exigencias concretas de amor hacia todos nuestros hermanos, para que seamos, cada vez más, auténticos constructores de paz. Acuérdate, Padre de Misericordia, de todos aquellos que viven apenados, que sufren y mueren por el nacimiento de un mundo más fraterno. Venga tu Reino de justicia, de paz y de amor, para los hombres de todas las razas y lenguas, y la tierra se llene de tu gloria. ASI SEA". (Oración del Papa Paulo VI, 1973).

† RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago



1978



El cambio de hoja en los calendarios del '77 y el '78 corrompió las esperanzas levantadas en los meses anteriores.

Al filo de la Navidad, sorpresivamente, el gobierno convocó a una consulta nacional para replicar a la cuarta condena consecutiva de las Naciones Unidas, la más enérgica y la más masiva de cuantas se habían producido hasta entonces.

Los obispos protestaron y pidieron la cancelación del acto, cuya dudosa condición de transparencia lo convertía en un verdadero golpe electoral. Pero el gobierno, empeñado en despejar su propia disputa interna por el poder y en disipar todo rastro de oposición, abrió el Año Nuevo con una intensa campaña por un Sí que apuntaba a consolidar el poder del Presidente Pinochet.

La consulta produjo una disputa tan agria en el seno de la Junta, que la disidencia del general Leigh se convirtió en algo abierto y visible. El propio Leigh acogió el llamado de los sectores centristas y comenzó a presionar para que el país fuera devuelto a su normalidad cuanto antes, en lo posible por una vía constitucional.

Este hecho resultó determinante para que, en julio, Pinochet lo destituyera por la fuerza, en un virtual golpe institucional que descabezó a los mandos disidentes de la FACH y despertó la hasta entonces dormida conciencia de que su poder no tendría contrapesos, ni siquiera militares.

Empeñada en su propia misión, la Iglesia de Santiago quiso ese año comprometer al Ministerio del Interior, cuyas promesas públicas iban en tal dirección, para re-

solver los casos más dramáticos de derechos humanos. Pero los antecedentes sobre los detenidos-desaparecidos, a pesar de su volumen y de su rigor, no hicieron mella en el gobierno. El silencio desesperó al arzobispo: una huelga de hambre de los familiares de las víctimas, realizada sin el control de la Iglesia, mostró el grado de angustia que se había sembrado entre los afectados.

La espiral de tensiones desestabilizó al gobierno. La justicia de EE. UU., llegó hasta el corazón de la DINA buscando a los asesinos de Letelier, mientras el dedo acusador de la comunidad internacional se volvía sobre el gobierno chileno.

Por eso el Simposio de Derechos Humanos organizado por la Vicaría de la Solidaridad irritó tanto al régimen. Durante semanas concentró sus esfuerzos en sembrar la división en la Iglesia de Santiago: se quería que ésta presionase "desde abajo" contra el Cardenal Silva Henríquez.

Pero éste tenía mucho más presente otro peligro, uno que se venía agudizando desde el año anterior y que amenazaba con herir por años al Cono Sur entero: el fantasma de la guerra.

Los militares argentinos, embarcados en una aventura de gestos belicosos, azuzaban y erizaban la conciencia de su pueblo contra la presencia chilena en el canal Beagle. Nadie parecía capaz de detener la escalada. La muerte de Paulo VI dio el motivo para que cardenales y obispos de ambos países se reunieran a solas en Roma.

El Cardenal Silva Henríquez propuso un gesto de angustia: pedir de urgencia la mediación del Papa. Con la escéptica aprobación de sus hermanos, arrodillado en las escalinatas del Vaticano, el Cardenal suplicó esa gracia al recién ungido Papa Juan Pablo II, mientras presentaba sus respetos.

Esa angustia, y la suscitada en el Arzobispado por la desesperación de los familiares de detenidos-desapareci-

dos, marcaron la homilía del '78. "Las armas de la paz" se proponía incidir directamente en los hechos de violencia que parecían estar ad portas, pero aspiraba también a continuar con el magisterio eclesiástico en favor de la paz. Era, en cierto modo, una continuación de las homilías de los dos años anteriores.

HOMILIA DEL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ
EN LA ACCION DE GRACIAS ECUMENICA
18 DE SEPTIEMBRE DE 1978
"LAS ARMAS DE LA PAZ"

Las lecturas bíblicas recién proclamadas han ido disponiendo nuestro corazón para oír la voz de Dios, que nos habla en este 18 de Septiembre de 1978.

No debe sorprendernos que Dios hable hoy. El es el Señor de la historia: vive, está presente, vigila con amor cada instante y todo destino humano. Nosotros, los chilenos, somos una familia unida en esa fe común que nos permite invocarlo: ¡Padre Nuestro! Y estamos en su Casa: en este Templo suyo que simboliza y contiene a esos millones de templos vivos que son los hijos de Chile.

Es, también, un día propicio para que Dios hable. Estamos de fiesta, en la alegría de ser hermanos, de compartir la misma tierra. Tenemos una patria, es decir, un hogar que nos pertenece, un nido hecho cálido por el afecto de millones de hombres y mujeres en los que nuestro corazón reconoce, adivina a una hermano.

Tenemos una patria: un presagio —todavía imperfecto— de aquel nido familiar que cobijará un día nuestro amor en la eternidad de Dios. Y es comprensible que en este clima de fiesta se escuche, junto a la palabra de los hijos que agradecen, la palabra del Padre que promete e invita a conquistar dones mayores.

Dios habla hoy de paz

En cada 18 de septiembre agradecemos a Dios el don de ser libres. ¡Qué don tan excelente es la libertad! Poder decidir nosotros lo que queremos ser, y adónde queremos ir como nación.

Pero la libertad no es todavía el don supremo y absoluto. Ella está al servicio y es condición indispensable de la paz. Y es de eso que nuestro Padre Dios quiere hablarnos hoy: de la paz, como el bien que resume todos los anhelos y esperanzas, la vida misma de sus hijos chilenos.

Acabamos de escucharlo en el Evangelio: Dios habla para que tengamos paz. Dios promete la paz a aquellos hijos suyos que se unen para implorarla en el nombre de Cristo. Dios nos asegura que la paz podrá ser nuestra, a pesar de todas las tribulaciones del mundo, porque Cristo ha vencido al odio y al egoísmo humano.

Y no sólo en la Escritura nos habla Dios de paz. Quienquiera que escrute con atención los signos de los tiempos percibirá en ellos una clara voluntad divina. Inseguridad y angustia han pasado a ser las notas dominantes de la convivencia humana. Cuando el hombre parecía más cerca que nunca de disfrutar tranquilo los bienes del progreso tecnológico, se acumulan más que nunca las tensiones, las contiendas de supremacía, la amenaza vil del terrorismo, el espectro de la guerra. En todos los continentes y bajo los más diversos regímenes el hombre se pregunta, desolado, si su destino será yacer sacrificado a intereses estratégicos, económicos o ideológicos que no alcanzan a sumar, todos juntos, el valor de una vida humana. Sin necesidad de encuestas, sólo contemplando el rostro de los hombres de hoy y escuchando el latir de su corazón podemos establecer ciertamente cuál es su mayor anhelo: ¡la paz! Y esa voz de los pueblos es la voz de Dios que reitera hoy el gran ofrecimiento que antes nos hiciera en Cristo: "les dejo la paz; les doy mi paz". Desvalido ante la irracionalidad de la violencia, paralizado por el miedo a la guerra, testigo del fracaso de tantas fórmulas humanas para recrear la paz, el hombre contemporáneo empieza a comprender que la paz es don y herencia de Cristo, fruto de su amor inmolado en la Cruz, y conquistable sólo por las armas que Cristo escogió.

Armas para vencerse a sí mismo

¿Cuáles son esas armas? También lo hemos escuchado, en la primera lectura bíblica, de boca del apóstol Pablo.

Profundamente realista, san Pablo sabía que vivir es una experiencia de lucha incesante, porque hay fuerzas —algunas humanas, otras más que humanas— conspirando siempre contra la armonía del Universo. La vida del apóstol, como la de Cristo, estaba bajo el signo del combate. Pero no se trataba, en ninguno de los dos casos, de defender casas, tierras, empresas, ideologías o facciones humanas. Cristo había venido a destruir las obras del demonio, es decir: la mentira, el odio homicida, la dispersión de los hermanos, el orgullo de ser como Dios, más que Dios. Nuestra lucha —nos dirá San Pablo— no es contra la carne y la sangre del hombre, sino contra un espíritu que actúa en su interior y que puede estar presente a la vez en mi adversario y en mí. Yo puedo por la espada someter a un hombre que miente y que odia; pero mi espada no habrá ganado ningún combate si el odio y la mentira permanecen en mí.

Basado en esa intuición espiritual detalló San Pablo las armas de la paz: como cinturón, la verdad; por coraza, la justicia y el amor; como escudo, la fe; como casco, la esperanza; por espadas, el Espíritu, que es la Palabra de Dios; y por calzado, el celo en propagar el Evangelio de la paz (Efes 6, 14-17 y 1 Tesal 5, 8).

De ahí también que el orden vigente en la sociedad sea todo él de naturaleza espiritual —como enseña el Magisterio de la Iglesia: porque se funda en la verdad, debe practicarse según los preceptos de la justicia, exige ser vivificado y completado por el amor mutuo, y respetando íntegramente la libertad, ha de ajustarse a una igualdad cada día más humana (cfr. Juan 23, *Pacem in Terris*, 37). Sólo sobre tales fundamentos se edifica la paz.

Pero todas estas virtudes son armas que exigen vencerse en primer lugar a sí mismo; transformar radical-

mente el propio juicio, la propia mentalidad. En una palabra: convertirse al Evangelio de Cristo. La legítima defensa de valores supremos puede, en casos extremos, autorizar el recurso a las armas materiales. Una auténtica paz social, sin embargo, se consolida mediante hombres cimentados en la Palabra de Dios: "Hay mucha paz, Señor, para los que aman tu ley" (Salmo 119, v. 165).

Con la humildad que nos impone el sabernos, todos, trasgresores de esa Ley de Cristo, suplicamos hoy a Dios que nos ayude a convertirnos. Queremos creer más en el Evangelio como fuerza del Dios Salvador. Queremos aprender mejor el arte de ser justos, de respetar la dignidad y amar los derechos de nuestro hermano el hombre. Queremos crecer más en la confianza que en la suspicacia. Queremos crear más mediante el diálogo que la imposición. Queremos esperar todo del amor y nada del odio.

La paz: ¿Utopía o realismo?

¡Las armas de la paz! "¡Pobre paz! ¿Cuáles son tus armas?", se preguntaba el Papa Paulo VI, de venerada memoria. ¿El terror de una conflagración fatal? ¿La resignación pasiva ante un estado de atropellos? ¿La organización egoísta del mundo económico, obligado por el hambre a mantenerse tranquilo y sometido? ¿Los armamentos preventivos y secretos? ¿Es suficiente, es segura, es feliz una paz sostenida solamente por esos fundamentos?

Hay que hacer más: ante todo hay que dar a la paz otras armas que no sean las destinadas a matar, hay que excluir las guerras de los programas de la civilización. En la conciencia de los pueblos va entrando la convicción segura y decidida de que no se puede construir nada eficaz y duradero para el bien del hombre, si no es sobre la mutua concordia, el respeto de los derechos recíprocos, la paciente experiencia de diálogos constructivos y de negociaciones justas y leales (cfr. Paulo VI, Mensaje y Homilía para la Jornada de la Paz, 1976).

Para algunos contemporáneos, esta enumeración de las armas de la paz podrá sonar a paradoja, o utopía. Para los discípulos de Cristo es consecuente realismo. "Todos ustedes son hermanos", nos enseña el Maestro (Mt 23, 8). Pero ¿cómo vamos a vivir nuestra fraternidad con las armas ofensivas en la mano? ¿Cómo podríamos acercarnos más al corazón del hombre, nuestro hermano, sin predisponernos al perdón de las ofensas y sin renunciar a esa inhumana ley de la venganza? El discípulo de Cristo es pacífico, y no se ruboriza de serlo. Es capaz de combatir, pero prefiere la paz a la guerra (cfr. Documentos de Medellín, "Paz", 15). Está incluso dispuesto a ceder de sus derechos, si con ello puede evitar la explosión de la violencia y reencontrar el camino de la fraternidad (cfr. Mateo 5, 39-41). Sabe, por revelación divina y experiencia humana, que la paz fructifica en la justicia y se afianza solamente con la paz.

A los que trabajan por la paz

En una hora como ésta quisiéramos agradecer, felicitar a todos los que en nuestra patria y fuera de ella trabajan por la paz. ¡Son tantos, gracias a Dios! El estadista que busca caminos de diálogo y genera las condiciones para un consenso. El diplomático que descarta soluciones de fuerza y favorece entendimientos razonables. Los hombres de Derecho que definen instrumentos y marcos jurídicos para conciliar las exigencias del orden y bien común con el respeto a libertades intangibles. Los que cautelán la seguridad de las personas y sus bienes, y en especial el bien soberano de la patria. Los que cumplen con el deber de informar objetiva y verazmente a los ciudadanos y facilitan la adecuada expresión del pensamiento. Los que acogen con respeto al necesitado —presencia de Cristo— y lo ayudan a vivir su vocación de hombres. Los que prestan su voz a quienes no pueden hacerse oír, y asumen la defensa del desvalido. Los que aceptan duros sacrificios y postergaciones, en aras de

una holgura que puede tardar. Los que sufren, participando en el sufrimiento de Cristo y ofreciendo su dolor por la paz de la patria. Los que enseñan y educan a nuestros jóvenes para que sean libres, leales, justos, fraternos. Los que oran sin interrupción y sin desaliento por la paz.

La paz, pasión de la Iglesia

Quisiéramos sumarnos a esa epopeya diaria y silenciosa en que se construye la paz. Nuestra contribución como Iglesia de Cristo es muy simple, pero indispensable: es el anuncio, gozoso y esperanzado, del Evangelio de paz!

Que nadie espere de nosotros otra palabra; que nadie nos suponga otra intención. La paz es la pasión que la Iglesia lleva en sus entrañas de Madre. Es el gran legado que Cristo le confió. La Iglesia fue fundada como un misterio de comunión, como un signo eficaz de reconciliación de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Ella no sólo vive de la unidad: vive para la unidad, disponiendo el corazón del hombre para ese misterio divino de comunión.

Y todo el esfuerzo de la Iglesia en estos últimos años, su constancia en evangelizar la verdad, la justicia y la libertad, su perseverancia en defender los derechos consustanciales al hombre, su firmeza en denunciar los errores que presumen ignorarlos o las violaciones que pretenden suprimirlos, nace de su pasión por la paz y de su anhelo de que ella se construya, en nuestra patria, sobre fundamentos sólidos e inamovibles.

Quisiéramos pedir perdón, si esta pasión nuestra por la paz no acertara a veces a encontrar la palabra justa o el gesto más exento de ambigüedad. Sentimos nuestra limitación humana, que nos expone tanto a callar imprudentemente como a hablar palabras que tal vez no son de Cristo. Pero en este momento de celebración familiar, en esta Casa de Dios donde los espíritus se abren

con sencillez, deseamos reiterar que ningún interés subalterno, ninguna secreta mira o ambición de dominio en el mundo temporal, ningún prejuicio, ninguna indebida preferencia, ninguna agresividad han inspirado ni pueden inspirar la acción de la Iglesia al servicio de la paz.

La Iglesia no tiene opciones o alternativas propias: su única opción, su única alternativa es el Evangelio de la paz. Y si alguna preferencia le es lícita, no puede ser otra que la predilección de Cristo por los que sufren más—cualquiera sea la causa de su sufrimiento. El Fundador de la Iglesia dio como señal de su misión el anuncio de la Buena Nueva a los pobres (Lc 7, 22). Ser fiel a las enseñanzas y al ejemplo de Cristo le impone a la Iglesia el deber de apasionada defensa de los débiles— y en particular de quienes sólo piden poder vivir de su trabajo, cultivar su tierra y cobijar su familia bajo un digno techo.

La Iglesia vive en la historia, toma parte en las mejores aspiraciones de los hombres, sufre cuando las ve insatisfechas, y desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo (cfr. Paulo VI, *Populorum Progressio*, 12-13). Y ese desarrollo pleno exige combatir la miseria y luchar contra la injusticia. La paz, en efecto, no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres (cfr. *Populorum Progressio*, 76).

Al reencuentro de la tradición

Queremos también reafirmar nuestra estima y respeto por quienes ejercen autoridad y han contraído el arduo compromiso de conducir, a nuestra patria, hacia el estilo de convivencia democrática más propio de la tradición nacional.

Conocemos las dificultades y escollos que esta impostergable misión conlleva. Valoramos los avances ya

conseguidos, y la disposición anunciada de seguir caminando en la vía de una progresiva libertad dentro del orden jurídico. No tenemos competencia para inmiscuirnos en las determinaciones técnicas. Sólo podemos y deseamos comprometer nuestro apoyo a todas las gestiones que favorezcan el reencuentro de Chile con su gran legado y destino de madurez democrática. Muchos sacrificios, algunos muy dolorosos, se han empeñado por este ideal. Nosotros velaremos, desde la perspectiva religiosa y pastoral que no es propia, para que con el esfuerzo común ellos fructifiquen trayéndonos la paz. Y consideraremos un privilegio sumarnos a esos sacrificios, soportando las incomprensiones que el cumplimiento de nuestra misión pudiera suscitar.

Alegres en la esperanza

Nuestra meditación se acerca a su fin con una nota de esperanza. No sería, el nuestro, el Evangelio de Cristo si no sobreabundara en él la alegría serena del que confía, en Dios y en los hombres.

No se trata de cerrar los ojos a la realidad. Sería inútil ignorar los problemas o menospreciar su cuantía. ¡Nos queda tanto por hacer, para que Chile llegue a ser ese país de hermanos, donde todos encuentren pan, respeto y alegría! Quedan todavía tantas animosidades, tantas heridas! A todos nos duele el que haya hermanos nuestros sin trabajo. Todos quisiéramos que las privaciones que nuestro pueblo humilde soporta hasta con heroísmo, mostrarán cada vez más rápidamente los buenos efectos pretendidos. También quisiéramos reasumir, limpia y vigorosa, nuestra imagen en el concierto internacional. Y, por cierto, erradicar definitivamente el espectro, la pesadilla de un posible conflicto armado con naciones hermanas.

Pero sobre ese realismo se proyecta la serena alegría de nuestra esperanza. Dios no nos ha dejado huérfa-

nos. Seguimos siendo su pueblo: un pueblo que, como dice la Escritura, practica la justicia, ama con ternura y camina, humilde, de la mano de su Dios (Miqueas 6, 8).

El tesoro de la patria

El Santuario de Maipú se yergue como testimonio de esta alianza imperecedera que une al cielo con esta tierra de Chile. Y sabemos que sobre esta tierra bendita hay miles, millones de hombres y mujeres que aman a Dios y quieren ser fieles a su voluntad.

Somos pastores; y creemos conocer bien a nuestro pueblo. Y porque lo conocemos, cada día lo amamos más, y cada día se renueva nuestra esperanza.

Ese pueblo nuestro ha pasado por muchas y tristes experiencias; pero sigue creyendo en la justicia, en la libertad, en el amor. No cree en la violencia y no acepta a los que preconizan el odio. Se abre con gusto a todo llamado de reconciliación. Está dispuesto generosamente al perdón y al olvido. Sabe admirablemente compartir lo que tiene con el que nada tiene. Cree en la providencia paternal de Dios. Cree en la Iglesia, es fiel a sus pastores y a su evangelio de misericordia y de paz. Probado duramente en la adversidad, permanece sin embargo de pie, activo en la esperanza.

En ese, que es el gran tesoro de la patria: en los hombres y mujeres, en los jóvenes y niños, en los ancianos, en los enfermos, en los pobres: en la fe y generosidad de nuestro pueblo se confirma y ratifica nuestra esperanza. Ellos son el diario testimonio de que Dios sigue actuando, presente entre nosotros.

Chile y Argentina: Comunión indisoluble

Confiamos en nuestra tradición. En el legado de los hombres que nos dieron patria. Don Bernardo O'Higgins, el Padre de la Patria, sigue fecundando con su espíritu

el devenir de Chile. El puso las armas al servicio de la paz. El fue capaz de los más dolorosos sacrificios personales con tal de asegurar la paz. El nos dejó también un legado de fraternidad americana. La independencia de Chile fue una gesta común con la de sus naciones limítrofes. Todo, desde los orígenes: todo, la comunidad de sangre, de cultura, de fe, de destino, todo nos señala claramente que la voluntad de Dios es que permanezcamos hermanos y unidos. Difícilmente haya en el mundo pueblos tan claramente llamados, por la Providencia, a vivir una historia solidaria.

Nosotros confiamos en la madurez de quienes ocupan, hoy, el sitio de aquellos próceres, y de quienes tienen por misión informar y sensibilizar a la opinión pública. Un enfrentamiento entre hermanos sería absurdo y suicida, como tan vigorosamente acaban de manifestarlo, en forma conjunta, los Episcopados de Argentina y Chile. Todo puede ganarse con la paz, y todo se pierde con la guerra, nos recuerda constantemente el Magisterio de la Iglesia. La paz tiene un nombre: Cristo. Y entre hombres y pueblos hermanados por la misma fe en Cristo la paz tiene que ser posible, la paz es un deber. La Iglesia reitera hoy la que ha sido su actitud de siempre: ofrecerse como signo e instrumento de unidad, apoyando con su Evangelio todas las iniciativas capaces de acercar a pueblos hermanos que nunca debieran alejarse, ni mucho menos oponerse.

Conocemos el ferviente anhelo y encargo de nuestros antepasados: que la amistad entre Chile y Argentina superara es solidez a la inmensa cordillera que nos limita. Hoy más que nunca debiéramos ser fieles a ese legado supremo.

¿Pero qué nos está sucediendo? ¿Llegaremos a renegar de todo lo que hemos sido? ¿Olvidaremos, hasta hacerlos inútiles, todos los sacrificios asumidos y tantas vidas inmoladas para afianzar nuestra vocación fraterna?

¿No seremos capaces de levantar la mirada más arriba de contienda pequeñas, y reconquistar aquel designio divino que nos llama a caminar juntos, cada uno

con su rostro y alma original, pero en comunión indisoluble de bienes y corazones, de intereses y destino?

En esta hora de esperanza no dudemos en confiarle a Dios, nuestro Padre común, esta causa, esta urgencia de fraternidad chileno-argentina. La gracia divina nos dará a todos esa lucidez y esa noble generosidad que se requieren para reencontrar el ideal de nuestros próceres y ver a Chile y Argentina como Dios los ve: las manos estrechadas, construyendo —para ejemplo de nuestra América hispana— la paz en la fraternidad.

En un mundo integrado y solidario

Hay muchas otras naciones, en este y otros continentes, con las que históricamente hemos comulgado en los mismos ideales: justicia, libertad, respeto a la dignidad del hombre.

También a ellas quisiéramos sentir las más cercanas y amigas. Esperamos que un progresivo perfeccionamiento de nuestra convivencia social y política allane los obstáculos que hoy subsisten, y que esas naciones quieran sentirse honradas con nuestra amistad.

En un mundo integrado y solidario, nadie puede realizar solo su destino, nadie, tampoco, debe restar su aporte propio a una historia que se hace en común.

Que Chile reasuma en plenitud sus relaciones de confianza, amistad y apoyo mutuo con naciones que le son afines, es también objeto de nuestra esperanza y nuestra plegaria de hoy.

Cristo promete la paz

Llegamos así al término de nuestra meditación. Pronto oraremos por la patria y cantaremos a Dios nuestra gratitud por ese don que es la libertad. Pero le pediremos que lleve ese don a su plena perfección, que es la paz. Y le prometeremos combatir por ese don con las armas de

la paz. Y permaneceremos alegres en la esperanza, escuchando de nuevo a Cristo, presente hoy en la unidad de los hermanos: a Cristo que Resucitado ratifica su palabra evangélica:

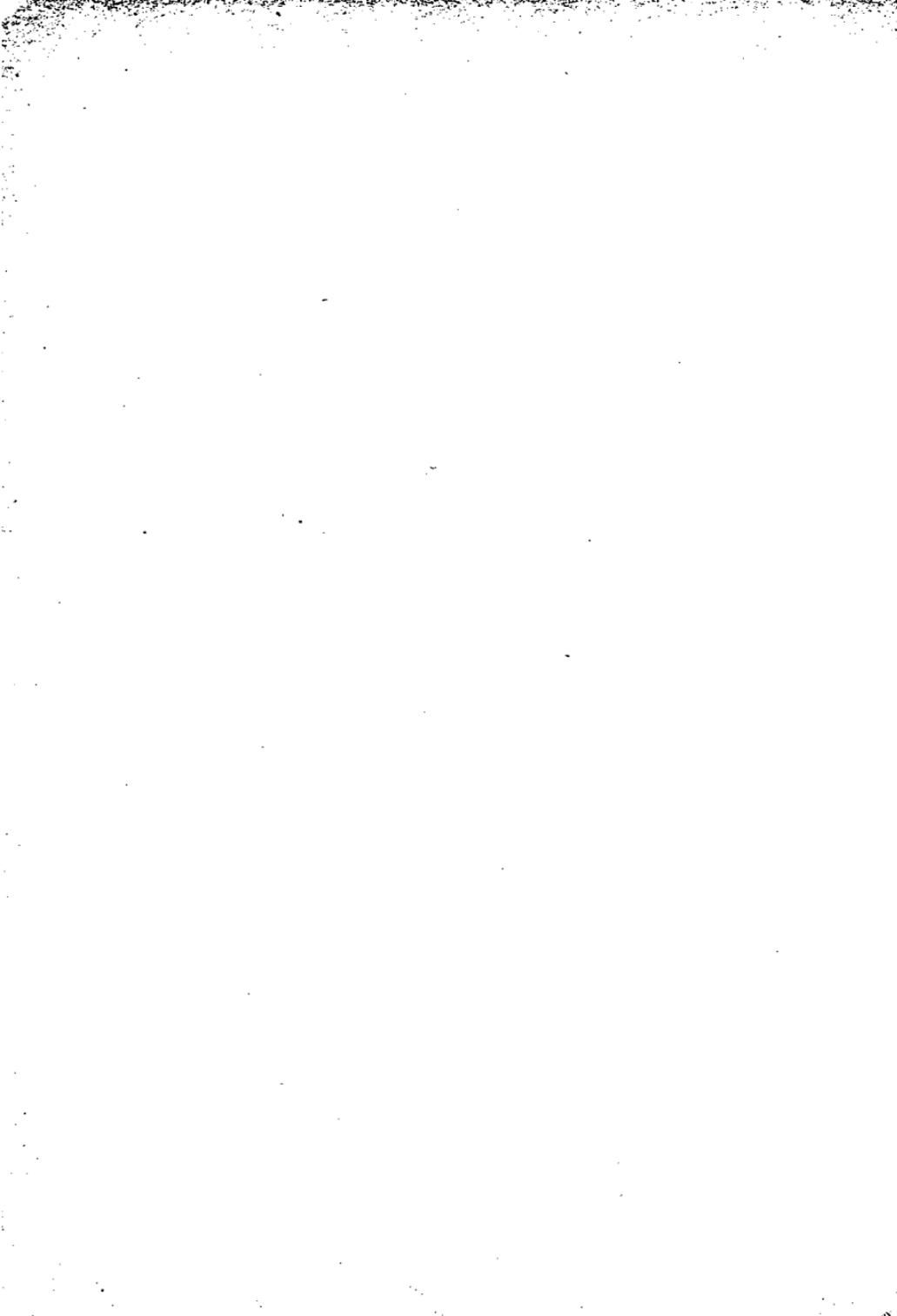
“Yo les aseguro que lo que pidan al Padre en mi nombre, El lo concederá. Pidan y recibirán, para que la alegría de ustedes sea colmada. Y les digo estas cosas para que tengan paz en mí. En el mundo tendrán tribulación, pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo”.

ASI SEA

Santiago de Chile, 18 de septiembre de 1978.



1979



La guerra externa se detuvo en los confines del '78, justo a tiempo: la decidida intervención de Juan Pablo II congeló lo que pudo ser el estallido de un infierno prolongado y sangriento.

La guerra interna, sin embargo, mostró su rostro más cruel: en el mismo fin del año se revelaron los crímenes de los hornos de Lonquén, los hallazgos de la Cuesta Barriga y, sólo un tiempo después, las muertes de Laja.

El gobierno volvió a guardar silencio.

Aquel año, la ONU premió la tarea de la Vicaría de la Solidaridad y el Papa dio su respaldo a la tarea de los obispos en el encuentro de Puebla.

Sólo estas nuevas fuerzas pudieron sostener a la Iglesia de Santiago en contra de la nueva embestida publicitaria lanzada desde el gobierno al empezar el '79.

La discrepancia sindical con las medidas tomadas por el equipo económico; la crítica opositora lanzada contra los proyectos institucionales; el renacimiento de ciertos focos guerrilleros, principalmente vinculados al MIR; la intensificación de la protesta exterior; la presión creciente del gobierno norteamericano: todo le fue atribuido a la Iglesia en esos días.

La tensión estalló de nuevo en un solo foco: la Universidad Católica. Allí, un grupo de estudiantes de Teología fue sancionado por la rectoría y tanto el Arzobispado como la Conferencia Episcopal decidieron intervenir para detener de una vez el arbitrio de la intervención gubernamental. La discusión llegó hasta la Santa Sede, que, después de una prolongada deliberación, quitó su

respaldo a la Conferencia y al arzobispo y lo dio a las autoridades vigentes en la Universidad.

El episodio, de una dureza inusual, resultó más que estimulante para el gobierno: por primera vez divisó una fisura por donde podría explorar caminos más audaces.

Agosto del '79 resultó una fecha clave: cuando los dolores del conflicto universitario no se habían aplacado aún, la justicia declaró la amnistía para los responsables de los homicidios de Lonquén y, acto seguido, el gobierno ordenó sepultar los restos sin conocimiento de las familias.

Ambos hechos determinaron la severidad que el Cardenal quiso imprimir a su homilía de septiembre. Preparó un texto en el que recordaba el llamado de los obispos a la paz y la restauración institucional de octubre de 1973. Anotó, sin remilgos, que poco de aquello se había cumplido. Subrayó el lapso transcurrido: seis años. Citó al Papa, a Puebla, a los Evangelios.

Como solía hacer, poco antes de la ceremonia mostró el texto al oficial en retiro que hacía de enlace entre los obispos y el gobierno. El militar se alarmó. Dijo de inmediato que tal cosa no sería aceptada por el gobierno; que la Junta hasta podría retirarse del templo.

El Cardenal reaccionó con enojo, pero aceptó eliminar la mayor parte del texto. Leyó, al final, un disminuido discurso en el que sólo quedaron las invocaciones a Dios.

Al gobierno no le bastó el conocimiento de esa indirecta censura. Por primera vez en Fiestas Patrias, las esposas de los miembros de la Junta no asistieron al Te Deum. La Radio Chilena, que transmitía la ceremonia, fue violentamente interferida y obligada a plegarse a una cadena de transmisiones de música folklórica.

El texto íntegro de la homilía fue publicada más tarde por la Iglesia de Santiago. Era un documento histórico: había marcado, probablemente, el punto de no retorno en las relaciones entre el régimen militar y el Cardenal Silva Henríquez.

**TEXTO COMPLETO DE LA HOMILIA DEL
SEÑOR CARDENAL EN EL TE DEUM
DEL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1979
DONDE SU EMINENCIA LEYO SOLAMENTE ALGUNOS
ACAPITES**

Una vez más nos reunimos en este Templo que evoca los grandes acontecimientos de nuestra historia en que Chile ha sido representado por todos sus grandes hombres, los próceres de nuestra Independencia, los juristas, los presidentes y todos los hombres que han actuado en la vida pública de Chile; en este Templo en que bajo sus arcadas la comunidad cristiana de Santiago, en representación de Chile entero, ha venido a entregar sus esperanzas, a pedir en sus horas de tristeza o dificultad, agradecer en los tiempos de alegría y a orar por la patria. En este Templo nos reunimos una vez más en el 18 de Septiembre de 1979.

Queremos que nuestra reunión de hoy sea una plegaria dirigida al Altísimo, pidiéndole por nuestra patria, por la paz, por la unidad del pueblo chileno y, al mismo tiempo, una acción de gracias por lo bueno que hemos hecho en este período y sobre todo por el sacrificio humilde, por la entrega generosa de muchos cristianos a la causa del bien, de la paz y de la ayuda a los pobres y necesitados de esta tierra. Al mismo tiempo, quisiéramos enunciar muy brevemente los grandes principios que guían a la Iglesia chilena y que deberían ser los programas de acción de todos los cristianos de esta tierra.

El amor a nuestros hermanos, el amor a nuestra tierra, la comprensión para con todos los hombres y nuestra profesión de fe en el Señor, nuestra profesión de amor a Cristo, Dios Hombre, que nos señala la meta, son las estrellas luminosas que nos guían en nuestro acontecer de hoy.

Los Obispos de Chile hace justamente seis años, en una Declaración lamentábamos el desenlace violento que

tuvo nuestra crisis institucional, el dolor y la opresión que sentíamos ante la sangre derramada y las lágrimas de tantas mujeres y niños. Pedimos en esa hora respeto por los caídos y moderación con los vencidos, y confiábamos que los adelantos logrados en gobiernos anteriores por la clase obrera y campesina se mantendrían y se acrecentarían hasta llegar a la plena igualdad y participación de todos en la vida nacional.

Solicitábamos a los chilenos la cooperación con quienes asumieron la difícil tarea de restaurar el orden institucional y la vida económica del país. Confiábamos que la cordura, el patriotismo de los chilenos, la tradición democrática de las Fuerzas Armadas, las promesas de los nuevos gobernantes nos permitirían ver volver muy luego a la normalidad institucional para reiniciar un camino de progreso y de paz”.

Durante estos seis años, este ha sido el ideal de la acción de la Iglesia y de los Obispos de Chile, ha sido el programa que señalamos el 13 de septiembre de 1973. No se puede comprender nuestra acción, nuestras intervenciones, nuestras declaraciones y nuestras pastorales, nuestros desvelos y dolores, si no tenemos presente esta declaración del Episcopado chileno. Ella ha sido causa de no pocas incomprensiones y de no pequeños dolores.

Más de una vez esta cátedra y muy claramente el Arzobispo de Santiago, ha manifestado su parecer, ha señalado los caminos para la paz, ha instado y querido que todos, autoridades y pueblo, nos pongamos en marcha generosamente para obtener este hermoso fruto de la convivencia humana que se llama la paz, basada en la justicia, la verdad y la libertad.

Humildemente debemos confesar que no siempre hemos tenido éxito en nuestras peticiones y nuestra voz no ha sido escuchada en muchas oportunidades. Aún más, ha sido motivo de críticas muy acervas y de incomprensiones muy duras. No creo que sea el caso, en este momento, y dadas las circunstancias que todos conocemos, de volver a repetir los mismos ideales, la misma enunciación de la doctrina de la Iglesia, que hemos he-

cho en muchas oportunidades. Todos las conocen. En el mundo entero se sabe cuál es el pensamiento de la Iglesia de Santiago y de la Iglesia de Chile. En este momento nos parece que debemos orar, orar por nuestra patria, orar por la paz, orar para que todos los hombres de buena voluntad se unan a la tarea de reconciliación, orar para impedir que la violencia se interponga entre la buena voluntad de todos los chilenos y de los que dirigen nuestra patria para conseguir la paz en nuestra tierra.

En este período los obispos de Chile hemos tenido el gran consuelo de que nuestros ideales han sido reconocidos por el Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, y por todos los obispos de Latinoamérica reunidos en Puebla. Ellos han sentido como nosotros y se han expresado con más fuerza de lo que nosotros hemos hecho, y nos instan a seguir la labor de reconciliación y de paz, de justicia y de amor en toda nuestra tierra americana. Para nosotros, los católicos, la voz del Santo Padre y de los obispos es sagrada y respetada, no podemos discutirla ni menos no aceptarla, debemos oírla y acatarla humildemente, de todo lo cual resultarán grandes bienes para nuestra patria.

Por nuestra parte, estamos ciertos que el camino propuesto para la paz en nuestra tierra es el único que nos dará lo que nosotros deseamos. Los seis años que hemos transcurrido nos confirman en nuestra certeza y nos estimulan a continuar con humildad y con paciencia nuestra tarea de pacificadores. Creemos que todo esto será para el bien de nuestro país y asimismo, estimamos que desoír las enseñanzas del Papa y de los obispos de América Latina pueden llevarnos a grandes males para nuestra querida patria.

Queremos agradecer y elevar un himno de acción de gracias al Señor por todo lo que hemos podido hacer en bien de tanta gente necesitada y atribulada en estos años. En primer lugar le agradecemos al Padre de Bondad y Dios nuestro; le agradecemos también muy vivamente a nuestros hermanos de otros credos religiosos que nos han hecho posible esta acción de ayuda y caridad; le

agradecemos también a todos los hombres de buena voluntad de nuestra patria que han hecho posible esta tarea de amor y de reconciliación.

Con el Santo Padre Juan Pablo II creemos: "que en definitiva la paz interna y externa se reduce al respeto de los derechos inviolables del hombre. Creemos que la guerra nace de la violación de estos derechos y lleva consigo aún más graves violencias de los mismos. Si los derechos humanos —dice el Papa— son violados en tiempos de paz, esto es particularmente doloroso, y desde el punto de vista del progreso representa un fenómeno incomprensible de la lucha contra el hombre, que no puede concordarse de ningún modo con cualquier programa que se defina humanista".

Al mismo tiempo, con el Santo Padre señalamos: "que la violación de los derechos del hombre va acompañada de la violación de los derechos de la nación, con los que el hombre está unido por vínculos orgánicos como una familia más grande; es decir, estamos convencidos que la violación de estos derechos viola la seguridad nacional que tanto anhelamos, y por lo mismo con el Santo Padre declaramos: "que el sentido esencial del Estado como una comunidad política consiste en el hecho de que la sociedad y quien la compone, el pueblo, es soberano de la propia suerte. Este sentido no llega a realizarse si en vez del ejercicio del poder mediante la participación moral de la sociedad o del pueblo, asistimos a la imposición del poder por parte de un determinado grupo a todos los demás miembros de esa sociedad. Estas cosas son esenciales en nuestra época en que ha crecido enormemente la conciencia social de los hombres y con ella la necesidad de una correcta participación de los ciudadanos en la vida política de la comunidad".

Por lo mismo señalamos con el Santo Padre: "que el deber fundamental del poder es la solicitud por el bien común de la sociedad y por lo tanto, los derechos del poder no pueden ser entendidos de otro modo, más que en base al respeto de los derechos objetivos e inviolables del hombre. El bien común al que la autoridad sirve en

el Estado se realiza plenamente sólo cuando todos los ciudadanos están seguros de sus derechos”.

Elevamos nuestra acción de gracias al Señor de la Historia, a nuestro Dios, porque hemos podido sufrir por la defensa de estos grandes ideales, sin enconos para con nadie. Pedimos al Señor, que todos nosotros, cumpliendo con la voluntad del Santo Padre, nos convirtamos. Tenemos necesidad de una conversión, de otra manera jamás podremos realizar los grandes ideales que nosotros representamos. “No se avanzará en este camino difícil de las indispensables transformaciones de las estructuras de la vida económica —dice el Santo Padre— si no se realiza una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones. La tarea requiere el compromiso de hombres y de pueblos libres y solidarios. Demasiado frecuentemente se confunde la libertad con el instinto del interés —individual o colectivo— o incluso con el instinto de lucha y de dominio, cualesquiera que sean los colores ideológicos que revisten. Pero una cosa es cierta, en la base de este gigantesco campo hay que establecer, aceptar y profundizar el sentido de la responsabilidad moral, que debe asumir el hombre. Una vez más y siempre el hombre. Este sentido moral, para todos nosotros, se llama conversión”.

Los obispos en Puebla hemos afirmado las mismas doctrinas que el Santo Padre ha proclamado y hemos dicho que en América Latina todas las iglesias, todos los episcopados, tienen que tener una opción preferente por los pobres. Esta opción “es urgida por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos que existen en América Latina y deben llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna y a construir una sociedad justa y libre. El cambio necesario de las estructuras sociales, políticas y económicas injustas no será verdadero y pleno si no va acompañado por el cambio de mentalidad personal y colectiva respecto al ideal de una vida humana digna y feliz que a su vez dispone a la conversión”. No será efectivo —decimos nosotros— si no se oye la voz de Cristo el Señor.

Queridos amigos: hemos oído las palabras del Papa, las palabras de los obispos de América Latina. Hoy imploramos al Señor para que su bendición y su gracia nos acompañen, hagan posible que en nuestra tierra estas verdades guíen a nuestro pueblo, a nuestros gobernantes, a la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad que viven en nuestra patria. Deseamos terminar con las palabras de los obispos de Chile de hace seis años:

“Confiamos en la cordura y patriotismo de los chilenos, en la tradición democrática de las Fuerzas Armadas, en la promesa de los integrantes de la Junta que nos permitirán ver volver muy luego la normalidad institucional para reiniciar un camino de progreso y de paz”.

A la Virgen del Carmen, Madre de Chile, le pedimos haga realidad este gran anhelo de los obispos de esta tierra.

ASI SEA

† RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago

HOMILIA DEL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ EN LA ACCION ECUMENICA 18 DE SEPTIEMBRE DE 1979

Una vez más nos reunimos en este Templo que evoca los grandes acontecimientos de nuestra historia en que Chile ha sido representado por todos sus grandes hombres, los Próceres de nuestra Independencia, los juristas, los presidentes y todos los hombres que han actuado en la vida pública de Chile; en este Templo en que bajo sus arcadas la comunidad cristiana de Santiago, en representación de Chile entero, ha venido a entregar sus esperanzas, a pedir en sus horas de tristeza o dificultad, agradecer en los tiempos de alegría y a orar por la patria. En este Templo nos reunimos una vez más en el 18 de Septiembre de 1979.

Queremos que nuestra reunión de hoy sea una plegaria dirigida al Altísimo, pidiéndole por nuestra patria, por la paz interna y externa, por la unidad del pueblo chileno y, al mismo tiempo, una acción de gracias por lo bueno que hemos hecho en este período y sobre todo por el sacrificio humilde, por la entrega generosa de muchos cristianos a la causa del bien, de la paz y de la ayuda a los pobres y necesitados de esta tierra. Al mismo tiempo, quisiéramos enunciar hoy brevemente los grandes principios que guían a la Iglesia chilena y que deberían ser los programas de acción de todos los cristianos de esta tierra.

El amor a nuestros hermanos, el amor a nuestra patria, la comprensión para con todos los hombres y nuestra profesión de fe en el Señor, nuestra profesión de amor a Cristo, Dios hombre, que nos señala la meta, son las estrellas luminosas que nos guían en nuestro acontecer de hoy.

Los obispos de Chile, hace justamente seis años, expresábamos cuál eran a nuestro parecer, los caminos que

debíamos seguir para conquistar la paz y la unidad entre todos los chilenos.

No creo que sea el caso, en este momento, y dadas las circunstancias que todos conocemos, de volver a repetir los mismos ideales, la misma enunciación de la doctrina de la Iglesia, que hemos hecho en muchas oportunidades. Todos las conocen.

En este período los obispos de Chile hemos tenido el gran consuelo de que nuestros ideales han sido reconocidos por el Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, y por todos los obispos de Latinoamérica reunidos en Puebla. Ellos han sentido como nosotros y se han expresado con más fuerza de lo que nosotros hemos hecho, y nos instan a seguir la labor de reconciliación y de paz, de justicia y de amor en toda nuestra tierra americana.

Queremos agradecer y elevar un himno de acción de gracias al Señor por todo lo que hemos podido hacer en estos años en bien de tanta gente necesitada y atribulada. En primer lugar, le agradecemos al Padre de Bondad y Dios nuestro; le agradecemos también muy vivamente a nuestros hermanos de otros credos religiosos que nos han hecho posible esta acción de ayuda y de caridad; le agradecemos también a todos los hombres de buena voluntad de nuestra patria que han hecho posible esta tarea de amor y de reconciliación.

Elevamos nuestra acción de gracias al Señor de la Historia, a nuestro Dios, porque hemos podido trabajar por la defensa de estos grandes ideales, sin enconos para con nadie. Pedimos al Señor, que todos nosotros, cumpliendo con la voluntad del Santo Padre, nos convirtamos. Tenemos necesidad de una conversión, de otra manera jamás podremos realizar los grandes ideales que nosotros representamos. "No se avanzará en este camino difícil de las indispensables transformaciones de las estructuras de la vida económica —dice el Santo Padre— si no se realiza una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones".

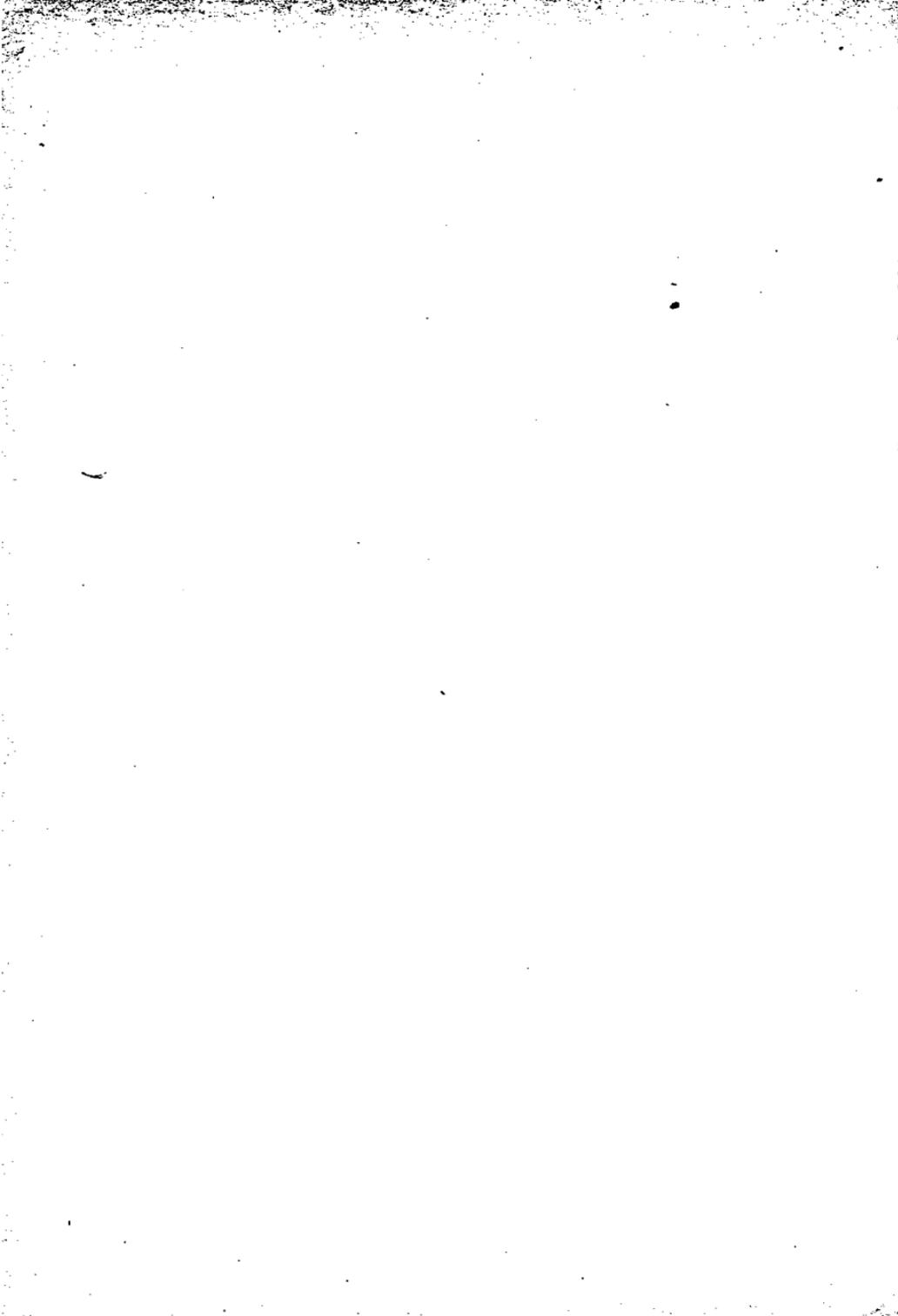
Los obispos en Puebla hemos dicho que en América Latina todas las iglesias, todos los episcopados, tienen

que tener una opción preferente por los pobres. Esta opción "es urgida por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos que existen en América Latina y deben llevar a establecer una convivencia humana y digna, fraterna y a construir una sociedad justa y libre.

Queridos amigos, hemos oído las palabras del Papa, las palabras de los obispos de América Latina. Hoy imploramos al Señor para que su bendición y su gracia nos acompañen, hagan posible que en nuestra tierra estas verdades guíen a nuestro pueblo, a nuestros gobernantes, a la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad que viven en nuestra patria.

ASI SEA

† RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago



1980



Como si los hechos del año anterior hubieran hecho posible levantar una formal declaración de guerra, en 1980 la propaganda oficial descargó toda su artillería contra el Cardenal Silva Henríquez.

Era un gobierno dolido, herido aun por las dramáticas resonancias del frustrado viaje del Presidente Pinochet a Filipinas.

Pocos días después del fin de ese episodio, el gran maestre de la Masonería apareció en la prensa revelando un presunto plan según el cual el Cardenal había buscado en 1974 apoyo para derrocar al régimen militar. La presunta alianza iba a tener lugar con el Partido Comunista, y pretendía envolver a otros sectores ciudadanos.

El escándalo llegó al Vaticano, donde estaba el Cardenal, e inesperadamente sembró el desconcierto y lo obligó a unas inútiles explicaciones.

El ataque parecía ahora mucho más injusto. El gobierno no podía ignorar que el Cardenal, personalmente y contra la opinión mayoritaria de los obispos, había promovido que se invitara a Pinochet a los actos del Congreso Eucarístico.

Pero era, verdaderamente, la guerra.

En mayo, una velada amenaza contra la integridad de los templos y los fieles lo forzó a suspender las ceremonias por San José Obrero, que en años anteriores habían sido fuente de limitadas y reprimidas manifestaciones callejeras.

El deterioro se hizo tan fuerte, que la Conferencia Episcopal decidió nominar a tres de sus miembros para tomar contacto directo con el general Pinochet y buscar la mejoría de las relaciones. Estaban en eso cuando se

descubrió que la CNI había instalado micrófonos en los salones del Círculo Español donde los obispos se reunían con el enlace militar, el general (R) Jorge Court.

La Conferencia hizo entonces un llamado urgente a la normalización institucional. La Constitución estaba en la fase final de redacción, pero los riesgos de que el proceso se detuviera allí parecían muy altos. En ese clima sobrevino el anuncio de un plebiscito para aprobar la Carta Fundamental. Fecha: 11 de septiembre de 1980.

Poco antes del acto electoral, la Conferencia emitió una declaración estableciendo los requisitos para la limpieza del mismo. Desde una concentración proselitista en Copiapó, Pinochet se declaró ofendido por la duda que los obispos sembraban sobre la honradez de las Fuerzas Armadas.

La Conferencia aclaró de inmediato: no había tal ofensa, pero las condiciones eran indispensables.

El 11, el gobierno declaró el triunfo del Sí con el porcentaje del 67,4 por ciento de los sufragios.

Un clima triunfalista y avasallador se desató entre los partidarios del régimen. Esa noche, como había ocurrido ya para la consulta, fueron voceados insultos y pintadas proclamas en contra del Cardenal.

En ese ambiente tuvo lugar el Te Deum del '80.

El tema de la paz y la construcción de la patria volvía a ocupar un lugar central en su mensaje.

Pero afuera, en las calles, los vencedores sentían que era el momento del aplastamiento final.

HOMILIA DEL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ EN LA ACCION DE GRACIAS ECUMENICA 18 DE SEPTIEMBRE DE 1980

Hoy como ayer, al celebrar el Día de la Patria debemos decir: en una hora difícil para el mundo entero; una hora que marca el fin de una época y el comienzo de otra; una hora en que la Humanidad toda parece gemir en trance de doloroso alumbramiento, nos encontramos reunidos en este Templo, mudo testigo de nuestra historia, para elevar nuestra oración a Dios por Chile y su pueblo, en el Día de la Patria.

Hemos venido aquí movidos por la esperanza, es la esperanza cristiana, esperanza del hijo de Dios que confía en la omnipotencia, bondadosa y fiel, del Señor de la Historia y Padre de todos los chilenos.

Cristo es la luz de los pueblos. La Iglesia prolongando y continuando la misión de su Señor y fundador, desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura con la claridad de Cristo. Hoy, como al principio de nuestra historia Dios quiere iluminar el quehacer de Chile por medio de su Iglesia. Desde la alborada del descubrimiento hasta la época de su plena madurez de nación libre y soberana, la Iglesia ha querido ser como el alma de este pueblo, signo animador de su indestructible cohesión, madre de su fe, educadora y centinela de su patrimonio moral, manantial de su esperanza.

Construir sobre la roca que es Cristo

Continuamos abocados a una inmensa y permanente tarea: edificar la patria. No sobre cimientos cualesquiera, sino sobre aquéllos —perennes, incommovibles— so-

bre los que se construye el edificio humano, que Dios nos ha revelado en Jesucristo. "Yo, como buen arquitecto —dice el Apóstol— puse las bases según la capacidad que Dios me ha concedido; otro después ha de levantar el edificio. Que cada uno, sin embargo, se fije cómo construye encima. Porque un cimiento diferente del ya puesto, que es Jesucristo, nadie puede ponerlo" (I Cor. 10-11).

Y al pensar que debemos edificar nuestra patria sobre Cristo, el Señor, la Iglesia recurre al tesoro inagotable del Mensaje de la Palabra de Dios y del Magisterio de sus pastores, para hablarnos al corazón y señalarnos los grandes valores que no podemos olvidar; las verdades que no pasan y que en todos los tiempos la Iglesia ha anunciado en toda la tierra. "Señor, ¿a quién iríamos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna (Jn. 6, 68). ¡Te confesamos, Señor —una vez más— como la roca sólida, sobre la cual queremos construir la nación chilena. (Cfr. Mt. 7, 24s.) Isaías, señalando proféticamente al Mesías venidero se expresa: "He aquí mi siervo, a quien yo sostengo, mi elegido, el preferido de mi corazón. He puesto mi Espíritu sobre él. El enseñará el derecho a las naciones. No clamará, no gritará, ni alzará en las calles su voz. No romperá la caña quebrada ni aplastará la mecha que está por apagarse. Enseñará a las naciones mis juicios sin dejarse quebrar ni aplastar, hasta que reine el derecho en la tierra. Los países lejanos esperarán en él". (Isaías, 41, 1-4).

El ha venido a enseñar el derecho a todas las naciones; nuestro Chile, desde sus albores ha bebido y amado este Mensaje de justicia, de derecho y de libertad, sobre el cual ha querido forjar las características de su nacionalidad. La Iglesia, junto a los hombres de buena voluntad, ha tenido y continuará teniendo el privilegio de defender y predicar la justicia y el derecho, haciéndose eco de la situación y los sentimientos de los pobres y humildes. Así ha entendido su misión universal y quisiera que todos hagan suyo su convencimiento de que, asegurados

los derechos de los más humildes, con sagrado respeto, porque son rostro del Señor, se asegura el derecho de todos.

Construir el edificio de la paz

Sobre la piedra angular, que es Cristo el Señor, se puede construir con confianza y esperanza. Debemos construir sobre ella como nos lo pide el Apóstol, con los mejores materiales, para que bajo el alero del sólido edificio de la nación chilena sus habitantes encuentren la paz, aquella que los ángeles anunciaron en Belén "a todos los hombres que ama el Señor" (Lc. 2, 14). No sólo debemos construir con los mejores materiales; la casa que edificamos es de piedras vivas. Todos estamos llamados a poner de lo nuestro. Cuando la patria es edificada con la colaboración de todos y así todos pueden llamarla desde el corazón "nuestra patria", la obra es también amada y cuidada por todos.

El Santo Padre Juan XXIII, de querida memoria, nos exhorta en su Carta Encíclica sobre la Paz en la Tierra, a construirla fielmente, respetando el orden establecido por Dios, para que ella se establezca y se consolide (Cfr. *Pacem in Terris*, N° 1). Los fundamentos indispensables para alcanzar este ideal los señala el Santo Padre en los siguientes términos: "Pero la paz será palabra vacía mientras no se funde sobre el orden, cuyas líneas fundamentales, movidos por una gran esperanza, hemos como esbozado en esta nuestra encíclica: un orden basado en la verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia, sustentado y henchido por la caridad y, finalmente, realizado bajo los auspicios de la libertad" (Cfr. *Pacem in Terris*, N° 167).

"Por esto —dice el Papa— la convivencia civil sólo puede juzgarse ordenada, fructífera y congruente con la dignidad humana si se funda en la verdad. Esto ocurrirá ciertamente, cuando cada cual reconozca, en la debida forma, los derechos que le son propios y los deberes

que tiene para con los demás. Pero, no basta esto solo, porque la sociedad humana se va desarrollando conjuntamente con la libertad, es decir, con sistemas que se ajusten a la dignidad del ciudadano, ya que, siendo éste racional por naturaleza, resulta, por lo mismo responsable de sus acciones" (Pasem in Terris, N° 35.).

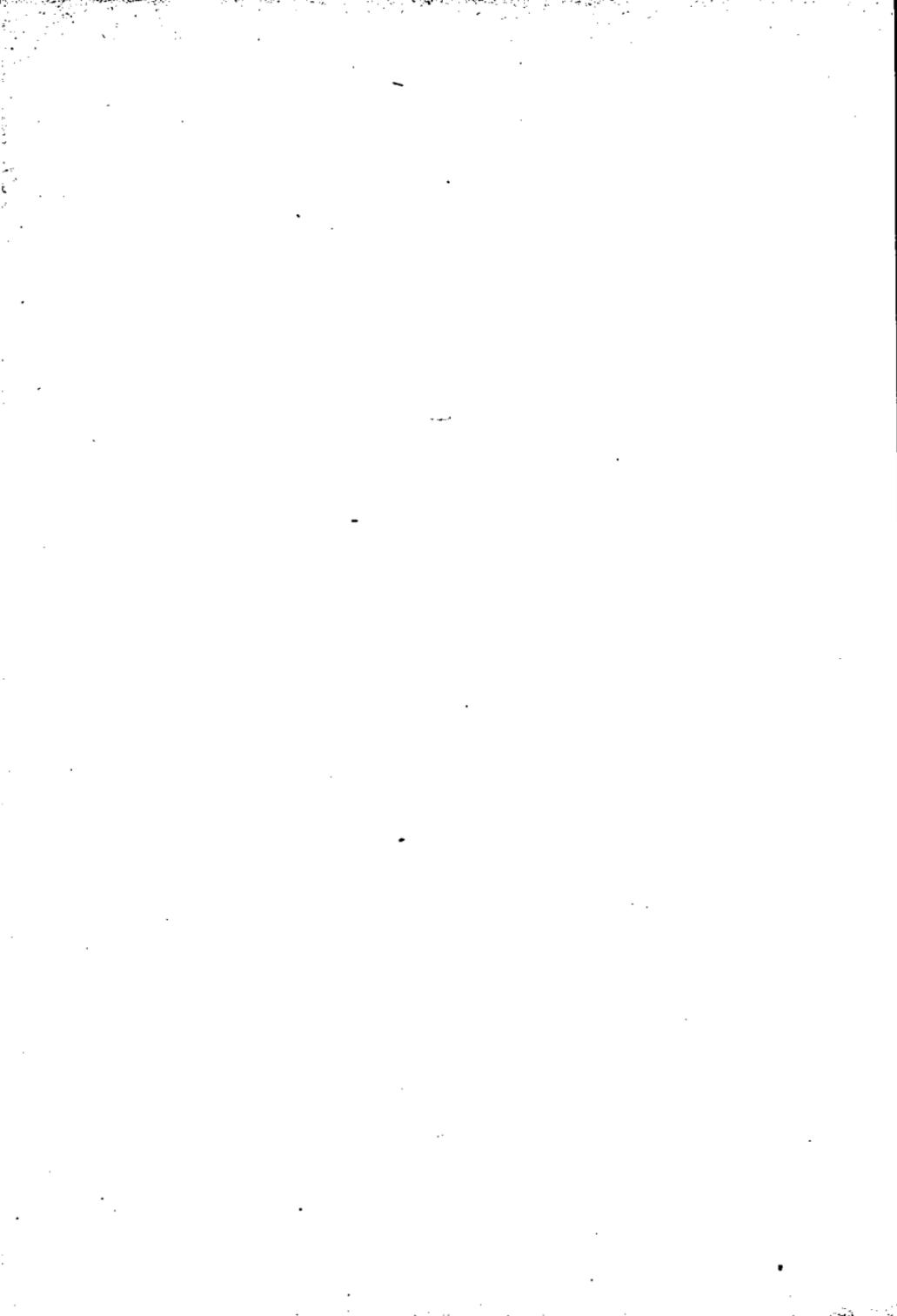
Hoy, Señor, venimos a pedirte que sepamos dedicar nuestra vida a estos valores perennes signos de la presencia de tu Reino. Como Pablo, te pedimos aborrecer lo malo y abrazarnos al bien. Te pedimos ser generosos con todos; no desmayar en el difícil trabajo de construir una patria en el Derecho, la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Que estos valores guíen los pasos de nuestros gobernantes en esta delicada y hermosa tarea. Que la esperanza nos mantenga alegres; que seamos fuertes ante las dificultades y que sepamos sacar nuestra fuerza de la oración; que a nadie queramos mal; que la bendición sea la palabra que surja siempre de nuestros labios; que sepamos alegrarnos con los que ríen y, sobre todo, llorar con los que lloran; que busquemos la concordia entre los habitantes de nuestra querida nación, y ser los artífices de la paz, para recibir la bendición de Cristo, el Señor: "Felices los que trabajan para construir la paz porque serán reconocidos como hijos de Dios". (Mt. 5, 10).

Al terminar, elevo mis preces al Señor. La Iglesia, puesta al servicio de los hijos de esta tierra, en nombre de Dios, quiere únicamente ayudar a construir un nuevo orden social. Le ha preguntado a su Maestro cuál es el fundamento inamovible de ese orden y El le ha respondido: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y toda tu mente. Este es el primero y el más importante de los mandamientos. Pero hay otro semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. Toda la Ley y los Profetas se fundamentan en estos dos mandamientos" (Mt. 22, 37-40). Toda la voluntad del Señor para la felicidad de los hombres se encuentra resumida aquí. El amor es el único camino, el único cimiento de la patria que soñamos. Estamos aquí porque creemos

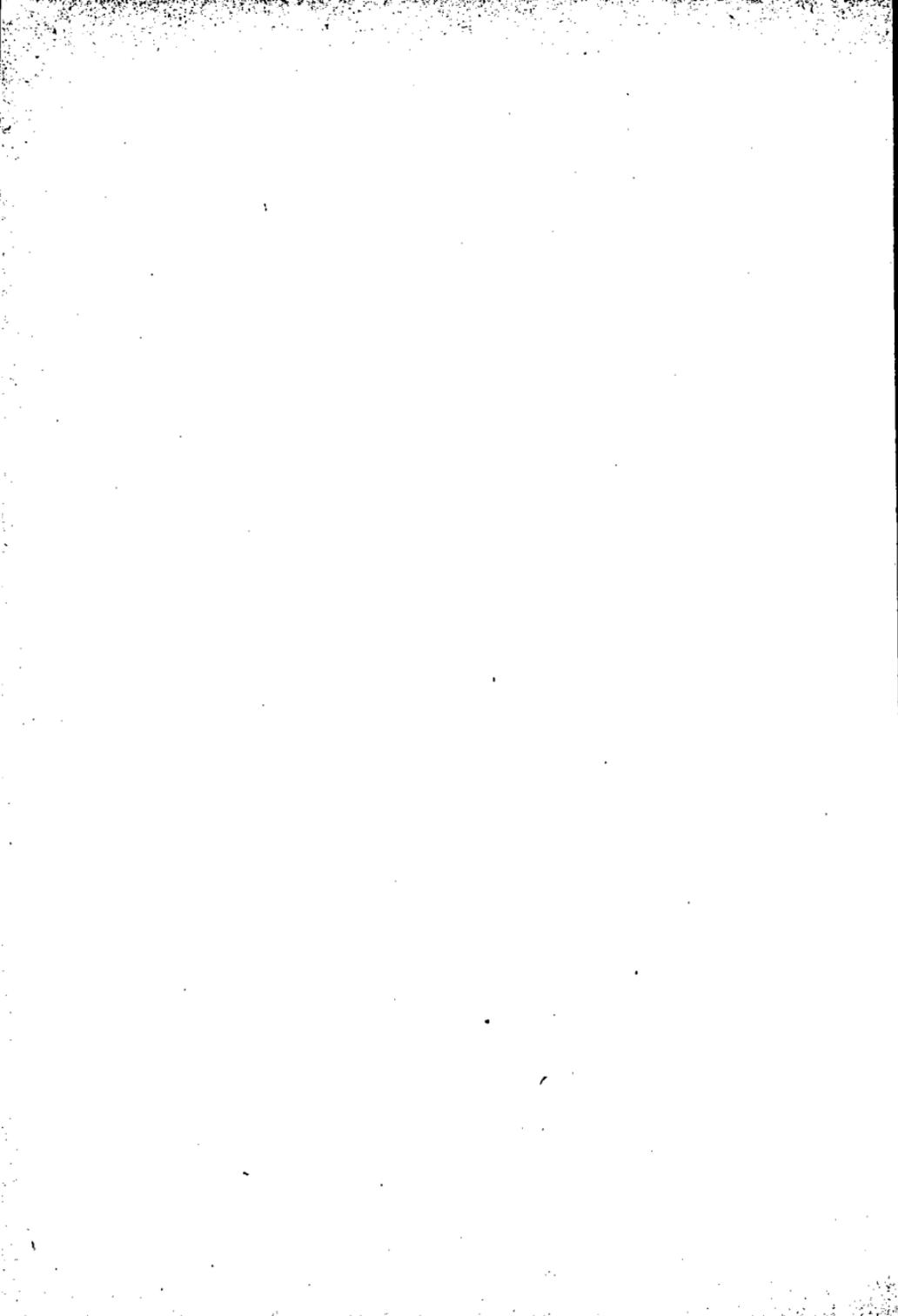
en ella. Salgamos de aquí para crearla. Pero antes oremos. Oremos por Chile y en particular por nuestros gobernantes. Sólo el Señor puede darles esa fe, esa constancia y ese amor, que les permitirán, con la colaboración de todo su pueblo, hacer de Chile un santuario del hombre y una familia de hermanos.

ASI SEA

† RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago



1981



Después del polémico trance del plebiscito constitucional, las relaciones entre el conjunto de la Iglesia Católica chilena y el Poder Ejecutivo alcanzaron su cota más baja.

Influyeron en ello, de modo determinante, el clima de agitación electoral, la polarización en todos los niveles de la vida nacional que suscitó el voto por la Constitución. Pero en el plano más directo tuvo importancia crucial el corte de los canales de comunicación de que disponía la Iglesia con el gobierno.

En los primeros meses del '81, contando con la carta de triunfo del plebiscito, el régimen decidió formalizar sus métodos y sus formas de relación. Esto, que públicamente se reflejó en el traslado del Ejecutivo al edificio restaurado de La Moneda, privadamente significó el enclaustramiento de la cúpula presidencial en un rígido y hermético sistema de protocolos, normas y reglamentos.

La Iglesia Católica fue una de las primeras en sentir el efecto: el general (R) Court, que actuaba de enlace, y que hacía ingentes esfuerzos por presentar con fidelidad la voz de los pastores ante su superioridad, fue sustituido por un general en servicio activo, con rango de ministro, cuya explícita disposición era tratar a la Iglesia como una institución más, a la que se podría atender con una deferencia estrictamente protocolar y ante la cual cabía guardar distancia y cautela.

En unos pocos meses la relación personal del oficial con varios miembros de la Conferencia Episcopal se deterioró de manera irremediable. El general dejó ese puesto.

Entonces el gobierno, con acuerdo de la Iglesia, nombró a un oficial de justicia de la Armada. Pero sobre la marcha quiso darle a la relación un carácter formal de intermediación, que la Iglesia se negó a aceptar. Una vez más, el enlace pasó a ser inefectivo y muchas de las iniciativas del régimen comenzaron a canalizarse por la vía diplomática o por el trato interestatal con el Vaticano.

Una Conferencia Episcopal irritada había discutido ya la conveniencia de invitar al general Pinochet al acto culminante del XI Congreso Eucarístico Nacional; el Cardenal Silva Henríquez había levantado entonces su voz para decir que tal invitación era indispensable si se quería respetar la tradición y el protocolo. La reinstalación formal del gobierno en La Moneda, el 11 de marzo, con la nueva Constitución en vigencia, produjo una segunda discusión: el gobierno pidió al Cardenal que se oficiara un Te Deum solemne para conmemorar la ocasión; el hecho significó que sectores de la Iglesia de Santiago y de la propia Conferencia mostraran nuevamente su oposición; y otra vez, incluso recurriendo a la consulta con la Santa Sede, el Cardenal hizo valer el criterio de que el Te Deum debía hacerse, tal como se había hecho ante la asunción de otros presidentes.

Un mes después de esa dura prueba, el Cardenal declaró ante la agencia noticiosa italiana ANSA, que su esperanza era ver al país caminar por buen rumbo, pero su diagnóstico presente indicaba un mal camino. El gobierno interpretó esas palabras como un ataque directo y montó en cólera. Una protesta soterrada, pero dura, fue hecha llegar hasta la Santa Sede. El Cardenal debió afrontar nuevamente una andanada de críticas.

En junio, el Cardenal hizo saber a sus fieles la profundidad de su desazón. En la ceremonia recordatoria de la Catedral, declaró su pena por la incomprensión de una parte de la grey y pidió que se orara por su persona.

El Te Deum de septiembre sobrevino en ese clima de angustias y dificultades. Se trata de una homilía sor-

prendente: la mayoría de sus contenidos remite directamente a la de 1974, incluso con párrafos textualmente repetidos. El nudo de su desarrollo es otra vez la negación de cualquier proyecto histórico que signifique conculcar las libertades personales del pueblo chileno. Su mensaje indirecto es desolador: siete años después, la situación en Chile es la misma.

HOMILIA TE DEUM 18 DE SEPTIEMBRE DE 1981

Hace 171 años en un lugar cercano al Templo en que nos encontramos reunidos, en el edificio del Consulado, resonó el grito de libertad que los chilenos de aquella época lanzaron expresando un profundo y sentido anhelo del pueblo de Santiago del Nuevo Extremo: ¡Junta que-remos!

Nació así el primer gobierno autónomo de esta alejada colonia española que, a pesar de su pequeñez y de su pobreza, había alcanzado ya la madurez necesaria para reivindicar el derecho para gobernarse por sí sola.

Comenzó, entonces, la gesta de la independencia con sus éxitos y sus fracasos; con sus hechos heroicos y sus dolorosos desastres. Comenzó también en aquella hora, la plegaria constante de la familia chilena por su patria.

La Iglesia que había acompañado a los hombres de armas en las duras tareas de la conquista, que había suavizado el fragor de las luchas y que había sabido recordar los valores trascendentes e inmortales necesarios para fundar un pueblo organizado, para hacer nacer una patria, en la hora de la independencia, alzó su plegaria por Chile, por sus hijos, e interpuso su influencia para rehacer la unidad de la dividida familia chilena.

En el azaroso camino de esta gesta no exenta de sangre y de lágrimas los protagonistas de ella acudieron reiteradamente a este Templo a implorar la protección del Dios de la historia para obtener la libertad y la paz. Fue a esta Iglesia Catedral adonde acudió el pueblo entero de Santiago, presidido por el hombre que personificaba a la patria naciente, el Director Supremo don Bernardo O'Higgins, herido en su cuerpo y angustiado en su espíritu, la víspera de Maipú, para implorar a la Madre de Jesucristo el triunfo de la causa de la libertad de Chile.

Hoy, después de casi dos siglos de vida como nación libre y soberana, en que los chilenos hemos sabido escribir muchas páginas de historia que honran a nuestros antepasados y que han engrandecido a la patria, cumpliendo una noble tradición, venimos una vez más a orar por Chile, a orar por nuestras grandes necesidades, a orar por todos los chilenos y especialmente por los que más necesitan de nuestras oraciones: los pobres, los que sufren, los marginados, y en el otro ámbito, los que tienen la enorme responsabilidad de ser los constructores de la patria pluralista de hoy.

Hace algunos años, en este mismo Templo dijimos: todos nosotros somos los constructores de la obra más bella: la patria. Esa patria no comienza hoy con nosotros, pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. La recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y nos compromete a la vez. Por eso que una patria no puede echarse a andar por cualquier camino: la patria no se inventa, se descubre, y se revitaliza siempre en la fidelidad a su patrimonio de origen; porque es fundamentalmente un alma, alma colectiva, alma de un pueblo, consenso y comunión de espíritu, que no se puede violentar ni torcer, ni tampoco crear por voluntad de unos pocos.

Por eso hoy elevamos nuestras plegarias al Todopoderoso, para que los chilenos sepamos realizar con éxito la más importante de las tareas de la hora presente: encontrar el consenso; más que eso, consolidar la comunión en aquellos valores espirituales que crearon la patria en su origen.

La Iglesia, al dirigirse a los hombres que tienen sobre sus hombros la pesadísima responsabilidad de renovar en esta hora la sociedad chilena, de echar las bases de su futura grandeza, lo hace con humildad y respeto hacia los responsables del manejo de la cosa pública y constructores de la nueva sociedad chilena; lo hace también en nombre del Señor, su Fundador, de quien ha

recibido el mandato de enseñar a los hombres a construir la civilización del amor.

La Iglesia se declara experta en humanidad y es precisamente en Cristo en quien la Iglesia se siente experta en humanidad. Además, Ella está ligada a Chile y a su historia de tal manera que eliminarla sería cometer el delito de lesa patria al mutilar su patrimonio sociocultural y al destruir la base sobre la cual descansan los valores espirituales que constituyen el alma de Chile.

En el nombre del Señor queremos seguir proclamando la verdad sobre el hombre, animando todas sus aspiraciones de justicia, de paz y de libertad.

Es el futuro de nuestra patria lo que nos preocupa y nos urge, es el Chile del mañana el que está en el centro de nuestro corazón y de nuestra esperanza, y es por él por quien sufrimos y por quien oramos. Somos llamados por Dios a edificar un futuro de paz, de prosperidad y de concordia; un futuro que sólo será garantizado cuando todo ciudadano, según las propias responsabilidades, y con una sola preocupación común, pueda crear y mantener relaciones sociales basadas en el respeto del bien común, que pone en el centro de todo al hombre que es hijo de Dios.

Al proponer este Mensaje de justicia y de amor, la Iglesia es fiel a su Maestro. No considera que sea su tarea entrar en materias políticas, pero sabe que está al servicio de la humanidad entera. Está convencida que es su derecho y su deber, promover una pastoral social, es decir, emplear los medios pacíficos que le son propios, y ejercer su influencia para establecer una sociedad más justa, más respetuosa de los derechos de todos donde el hombre pueda desarrollarse en plenitud y alcanzar el bien inestimable de la paz.

Si nosotros quisiéramos en esta hora señalar algunos de los más queridos y nobles ideales del pueblo chileno, no tenemos más que oír nuestro Himno Patrio, para saber que el primero de los rasgos que configura nuestra fisonomía espiritual, es el primado de la libertad sobre todas las formas de opresión. Como ya lo dijimos en

otra oportunidad, hay algo en nuestra alma que es como un componente esencial: el amor a la libertad y la costumbre de vivir en libertad. El chileno considera a la libertad individual y nacional como el bien supremo, superior incluso a la vida misma. En Chile no tiene cabida ni vigencia ningún proyecto histórico, ningún modelo social, que signifique conculcar la libertad personal o la soberanía nacional. El cuerpo social sería incapaz de asimilarlo, por extraño a su esencia.

Otra nota característica del alma nacional, que podríamos llamar el segundo rasgo definitorio de nuestro ser espiritual, es lo que designamos como el primado del orden jurídico sobre todas las formas de anarquía y arbitrariedad. En la historia del acontecer chileno, en sus primeros años, brilla como una estrella de primera magnitud el amor al orden y al derecho. Ello solo explica la rara excepción que constituyó entre las repúblicas hermanas, la república de Chile. Aquí no se dan la anarquía ni las revoluciones, predomina incontrastado el amor a la libertad y al orden. Don Manuel Montt lo expresará en forma precisa, que podríamos llamar clásica: "en Chile predominan el imperio de la libertad y el orden en el Gobierno público, no el rol de la libertad con mengua del orden, ni el del orden con mengua de la libertad, sino la justa armonía de estos dos principios salvadores de la República". Los chilenos siempre hemos sabido que la armonía entre el orden y la libertad es la base necesaria e insustituible de la vida republicana.

El respeto al derecho va estrechamente unido al respeto al hombre, sujeto del derecho. Desde los albores de la nación chilena el conquistador comprendió, y la Iglesia se lo recordó innumerables veces, que el indio que luchaba como él por su patria y su libertad, poseía un alma humana, criatura de Dios y sujeto de todos los derechos. La Iglesia defendió al indio y al explotado e inculcó en sus hijos el respeto y el amor por todos los habitantes de esta tierra, por pobres y humildes que ellos fueran.

De ahí surgió en la mayor parte de los chilenos el innato respeto a los derechos del más débil, del humilde y grande constructor de la patria en todas sus enormes empresas, tanto en la guerra como en la paz. El humilde trabajador, el humilde soldado, el roto chileno que con la pala o con el fusil labran la grandeza de Chile. Todo chileno amante de su nación lo sabe, tiene gran simpatía por el hermano obrero o el hermano campesino, gestor principal de la grandeza de la patria, cuyo trabajo es el capital más valioso con que cuenta Chile, según lo ha recordado recientemente el Santo Padre, y por lo cual el chileno de verdad sabe respetar y reconocer los justos derechos de este anónimo, sacrificado y heroico constructor de su patria.

Corolario de este respeto al derecho es la posibilidad de discrepar, nota que singulariza la convivencia chilena en toda su historia. Los desbordes de la intolerancia y del fanatismo sectario constituyen entre nosotros una excepción, un baldón. La persecución y la venganza política son injertos extraños al alma nacional.

El amor a la verdad es, sin duda, otro de los grandes valores de la nación chilena. La farsa, la mentira, los ídolos, no tienen cabida en el alma nacional. La mentira, el odio, el pecado y la muerte, no prevalecerán. A la postre, todo el odio pasará y toda mentira será develada. Sólo quedará la patria: la familia de hombres que juntos vivieron, lucharon, creyeron y esperaron. La familia de hombres que renunciaron a odiarse porque tenían muy poco tiempo para amarse.

Así es como vemos a nuestra patria, así es como admiramos y amamos el alma de Chile, don magnífico del Señor de nuestra historia, del Dios bendito, Padre de Jesucristo, nuestro Salvador. A El presentamos como ofrenda sagrada a la patria chilena, constituida por sus hombres, por su pueblo, sin distinción ni excepción alguna; a El le pedimos que bendiga a esta nación, haciéndola siempre fiel a los grandes ideales que iluminan el alma nacional.

No queremos terminar esta evocación del alma de Chile sin agradecer al Padre bondadoso de todos nosotros por los bienes recibidos y los favores dispensados.

No podemos dejar de agradecer a Dios por la mediación del Santo Padre en el diferendo chileno-argentino. Agradecemos a Dios por la capacidad, justicia y bondad que siempre nos demuestra el Mediador; todo lo cual es presagio seguro del éxito. Agradecemos también a Dios por la inteligencia y sabia cooperación que el Santo Padre ha encontrado en hombres de Argentina y Chile.

Pero sobre todo, agradecemos a Dios por la equilibrada, inteligencia y justa actuación de nuestro Gobierno en tan delicado problema. Que Dios bendiga y siga ayudando a nuestros gobernantes para obtener el preciado bien de la paz para nuestros pueblos.

Agradecemos al Señor por nuestra tierra, henchida de metales y riquezas; por nuestros mares que nos ofrecen inagotables bienes para nuestra subsistencia y bienestar.

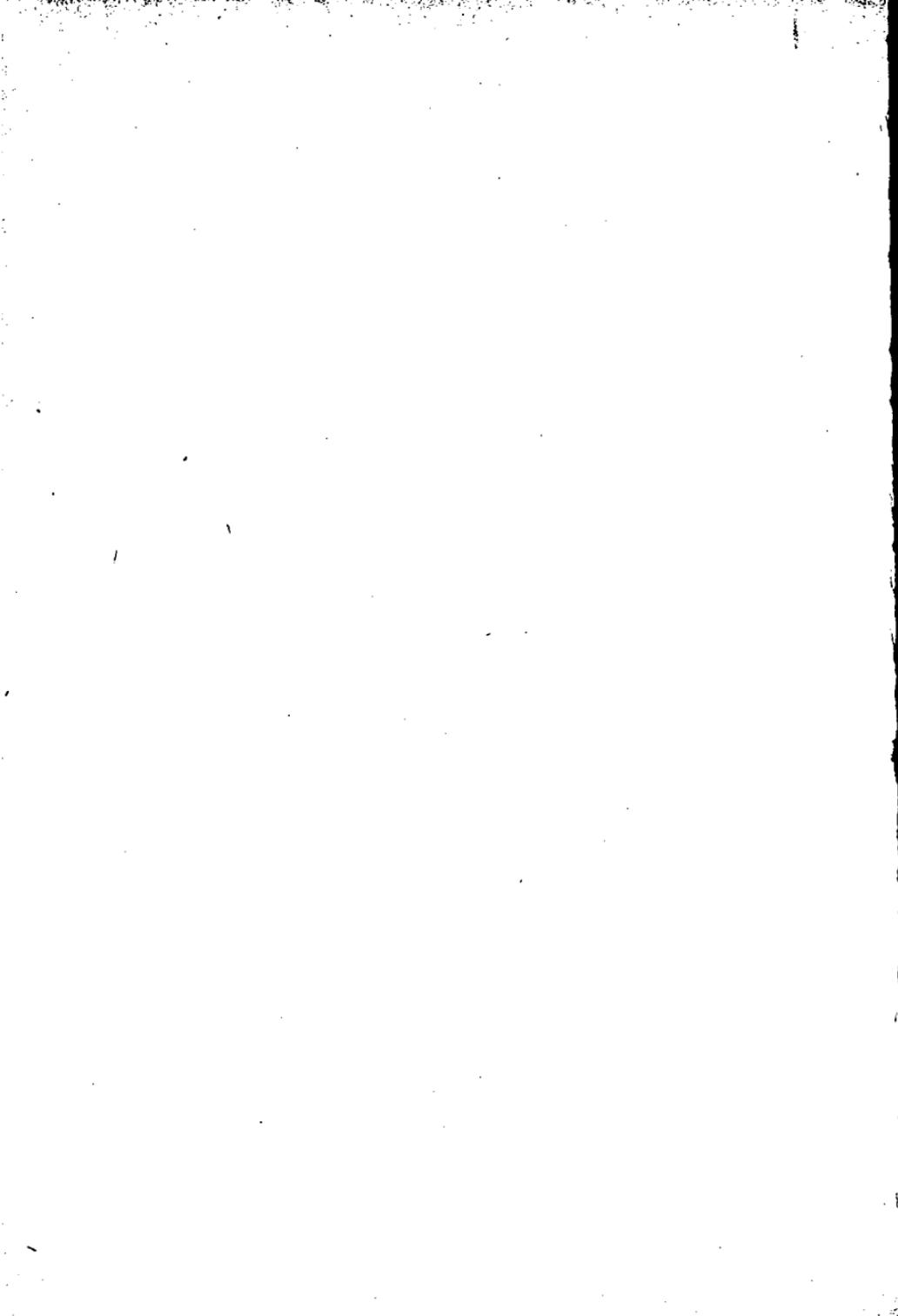
Pedimos al Señor que de tanta riqueza y abundancia los chilenos de hoy sepamos usar para nuestro desarrollo, legando a nuestros hijos los tesoros inagotables que el Dios del Amor y Bondad ha dado a todos los habitantes de esta tierra.

Terminamos elevando nuestra petición a Dios por Chile, del que Pedro de Valdivia escribió: "Esta tierra es tal que para poder vivir en ella y perpetuarse no hay mejor en el mundo".

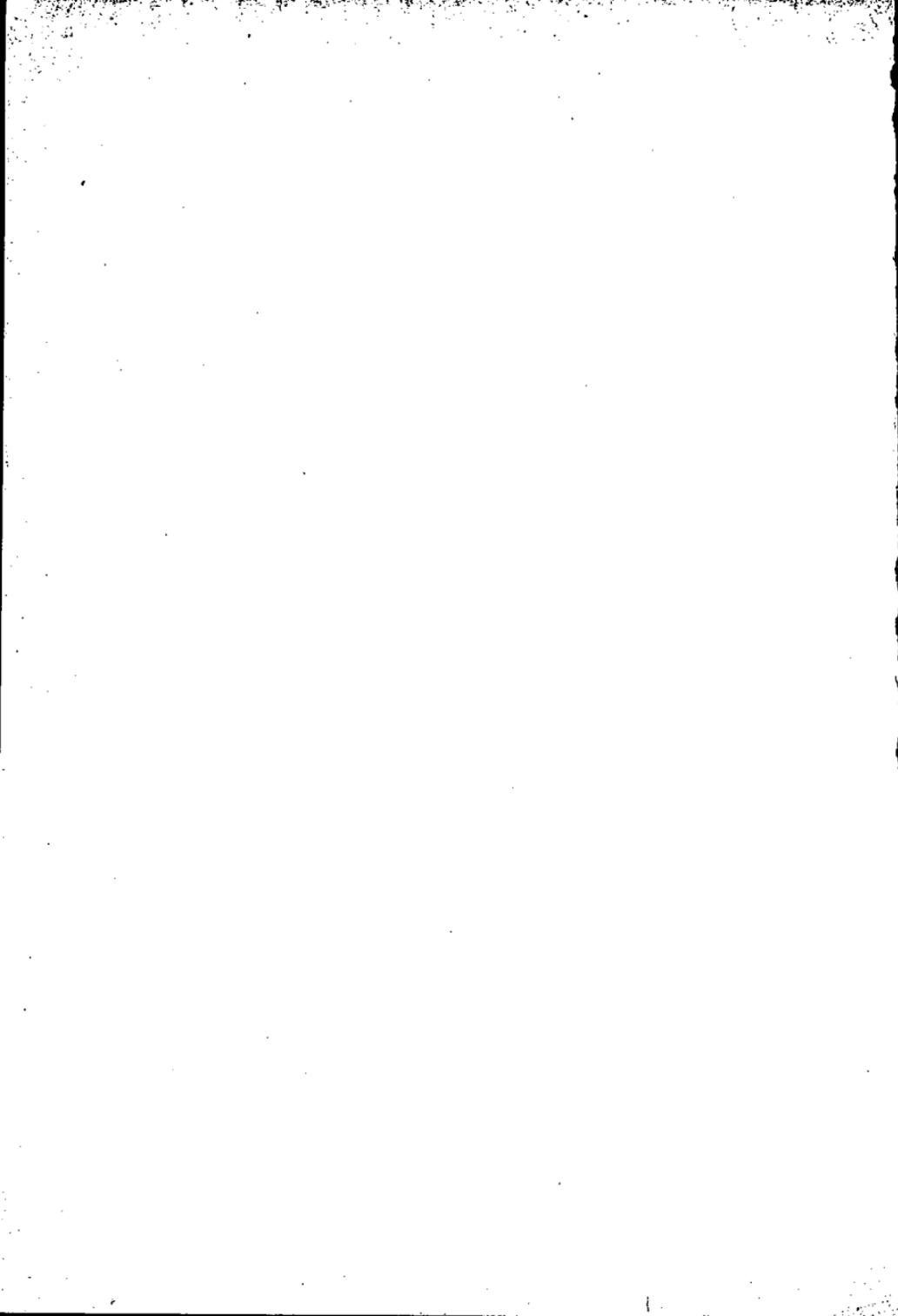
Hoy como ayer traemos al Altar, como ofrenda sagrada, esta tierra de Chile —con sus hombres nuestro pueblo, sin distinción ni excepción alguna; con esa vocación de todos a ser libres; ese derecho de todos a sentirse hijos, ese deber de todos a ser padres de un nuevo Chile. Un Chile que siga siendo hasta que Cristo vuelva, la tierra mejor que hay en el mundo.

ASI SEA

† RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago



1982



La homilía del Te Deum de 1981 dejó una huella difícil de borrar en el gobierno militar. Aludido directamente en la construcción de una nueva sociedad chilena, decidió cerrar sus últimas puertas ante la Iglesia de Santiago y se dedicó a esperar el cumplimiento de lo que para otros era una perspectiva estremecedora: la renuncia del Cardenal Silva Henríquez al Arzobispado, al cumplir los 75 años.

En el verano del '82 murió Eduardo Frei, uno de los mejores amigos del Cardenal. Su emocionada misa en la Catedral se convirtió en un desgarrado testimonio personal sobre la política y la fe: aquel día pareció que, junto con reafirmar una esperanza infinita en el destino nacional, el Cardenal sentía que su tarea personal comenzaba a tocar a su fin.

Casi todo el año registra el esfuerzo sostenido del pastor por ordenar la gigantesca tarea del Arzobispado para que su sucesor encuentre claridad y proyectos en marcha.

La descentralización de las vicarías, el desarrollo de la Misión Joven, la clarificación de los equipos financieros dedicados a la promoción y la ayuda a las clases populares, la renovada preocupación por la intervención de la Universidad Católica, eran hechos que apuntaban en la misma dirección: el Cardenal se preparaba para viajar en octubre a la Santa Sede y presentar ante el Papa Juan Pablo II su renuncia.

El gobierno, temiendo en un principio que el sucesor de Silva Henríquez en el Arzobispado de Santiago sería nombrado por su directa influencia, no cedió en la pre-

sión a través de los medios de comunicación. Pronto advirtió, sin embargo, que ello no sería así.

El Te Deum de septiembre de 1982 se desarrolló en un ambiente de congelada tensión. La homilía que allí pronunció el Cardenal, centrada en la Civilización del Amor, sería inusualmente extensa y pormenorizada; quienes la oyeron en el templo de la Catedral pudieron sentir el carácter testamentario que el Cardenal le confirió.

Sería la última.

Poco después, el Papa aceptó la renuncia de Silva Henríquez, una noticia que se mantuvo en reserva hasta abril de 1983, cuando, a menos de un mes de estallar en el país las peores protestas de los últimos años, el Cardenal lo anunciara en un discurso cargado de emoción y de temores por la situación nacional.

Conviene detenerse en este texto único: la totalidad de los temas desarrollados en las homilias anteriores están presentes aquí, sintetizados y unificados en una sola visión, que es a la vez legado y despedida. En él se puede descubrir el sentido profundo de la misión y los actos del Cardenal, por encima de la propaganda y la agitación interesada.

El Cardenal parecía saber entonces que en adelante su palabra se haría más parca y ocasional, como ocurrió. Un hilo secreto, iluminador, pero silencioso, debía unir el primer Te Deum de estos años difíciles con el último de los que pronunciara: a través de esa línea sutil trazada en el tiempo quedaría grabado lo que durante diez años quiso decirle al pueblo chileno y a sus gobernantes. El resto es silencio.

HOMILIA TE DEUM

18 DE SEPTIEMBRE DE 1982

Introducción

Es una gran alegría para mí, elevar la acción de Gracias de la Patria a Dios —que por la revelación de Nuestro Señor Jesucristo— es el Padre de todos.

Lo hago a nombre de nuestro querido Arzobispo de Santiago Cardenal Raúl Silva Henríquez, quien al término de su extraordinaria misión de Pastor, se encuentra en Roma poniendo a disposición del Padre de la Iglesia, el cargo que le fuera encomendado hace 21 años como padre y pastor de la Iglesia de Santiago.

Hermanos, si todo lo que Dios hace por el hombre es amor gratuito, la primera palabra del hombre a su Dios ha de ser siempre: “¡GRACIAS!”.

Agradecer es un acto propio de la inteligencia y de la fe. Es reconocer que en toda verdad y vida, en todo acontecer humano, aun en el más doloroso y menos comprensible, está presente ese Dios cuya misericordia y fidelidad son eternas.

La acción de gracias es uno de los elementos centrales del culto religioso. Omitirla, es señal de pagana soberbia. El hombre, o el pueblo, que pretenden no tener nada que agradecer a Dios o a los demás hombres, no esperen recibir nada, tampoco, de Dios y de los hombres.

1. *Agradecer*

Que nuestra primera palabra, por eso, sea ahora y siempre “¡GRACIAS!”. “TE DEUM LAUDAMUS”: a Ti, nuestro Dios, llegue nuestra gratitud humilde y regocijada. Reconocemos y proclamamos que todo don perfec-

to, todo cuanto hay en nosotros de vida y esperanza, todo el amor que hemos dado y recibido; el cáliz, también, que hemos bebido sin desfallecer en la angustia, la cruz que hemos llevado sin escandalizarnos de Ti, todo es obra de tu amor gratuito: Padre rico en misericordia, principio y fin de la historia, luz y salvación de tu pueblo!

Decimos "¡GRACIAS!", también, a quienes nos acompañan en esta hora y lugar. A los responsables del bien común temporal, porque su presencia es signo de apertura a las voces del Señor. A los pastores y representantes de credos religiosos, porque orando juntos testimonian que la unidad es posible, y que la fe en Dios es el soporte y garante más firme de la paz, objetivo supremo de la patria. A los embajadores de naciones amigas, porque nos necesitamos y nos queremos, y no podemos construir nuestro destino patrio sino en soladaria comunión de bienes, intereses y espíritu.

Gracias, de modo particular, a nuestro pueblo de Chile. El es el sujeto, el fin, el fundamento, el protagonista indispensable y en cierto sentido principal de las instituciones, humanas y divinas, que nosotros representamos. Las leyes, el Estado, la autoridad, el poder, la Iglesia, los sacramentos: todo es don de Dios para servicio del hombre, para edificación de su pueblo.

¡Qué ejemplos admirables de silenciosa grandeza nos regala Dios en nuestro pueblo de Chile! Su entereza y fe para sobrellevar catástrofes naturales; su generosidad espontánea en compartir solidariamente lo que se tiene con el más necesitado; su capacidad de aceptar sacrificios cuando los entiende como exigidos por el bien común; su atención preferente hacia la vida más débil, el niño desnutrido o lisiado, el anciano desvalido, el enfermo, el preso, el cesante; la fortaleza de sus mujeres, el idealismo de sus jóvenes —a quienes queremos servir con abnegación y profundo desinterés— el ansia común y siempre creciente de Dios, experimentado cada día más como el Padre cercano y bueno; el anhelo de crecer, de saber y ser más; su firme voluntad de paz, justicia y

condena de toda forma de violencia; su aprecio y defensa del valor capital de la familia en el proceso educativo y en la transmisión de la fe, son algunas de las innumerables lecciones diarias de sabiduría y de amor por las que hemos de decir "¡GRACIAS!" a nuestro pueblo de Chile, y a Dios, nuestro Padre.

En el nombre de Cristo, que agradece como hecho a El todo servicio prestado al hombre que sufre, y lo recompensa con vida eterna, decimos también "¡GRACIAS!" a quienes, como autoridad o como particulares, en organizaciones públicas o en iniciativas privadas, en su labor profesional o en compromisos voluntarios, realizan obras de justicia y de misericordia en favor de nuestro pueblo. Dar a cada uno lo suyo; poner a cada uno en situación de satisfacer su derecho a nacer, a comer, a aprender, a trabajar, a creer; posibilitar el acceso a una morada digna del hombre y de su familia, y a los medios de conservación y sanación del don divino que es la vida; educar, capacitar, recrear el cuerpo y el espíritu mediante la práctica deportiva y el quehacer cultural; proteger al jurídicamente indefenso; acompañar y alentar al solitario; apoyar en su dolor a aquellos que por diversas razones deben vivir como forasteros lejos de la patria; hacer más expedita la justicia; rehabilitar al preso; mantener viva la conciencia de la dignidad humana y testimoniar con obras la fe divina: todo eso que se hace para servir al pueblo, y en modo particular a los más débiles y más pobres, es servicio que se presta a Cristo. (Cfr. Mt. 25, 31-40).

La Iglesia lo reconoce y agradece, en nombre del Señor.

2. Ofrecer

Junto a la acción de gracias, es propio de todo culto religioso ofrecer y entregar a Dios todo lo que el hombre tiene. Hoy, en el día de la patria, ponemos nuevamente a Chile en las manos de Dios.

Si nuestra patria chilena es obra del gratuito amor de Dios, es de justicia que la restituyamos a quien es su único Dueño, Señor y Salvador.

En esta restitución y consagración de Chile a su Dios nadie debe temer un despojo, o una pérdida dolorosa.

Pertenecer a Dios no significa abdicar de la propia responsabilidad en la construcción de la historia. Significa hacer la historia junto con Dios, con el pensamiento de Dios, con la luz y la fuerza divina. La divina providencia no convierte al hombre en objeto pasivo: lo necesita y exige como instrumento libre. Normalmente Dios habla, gobierna, sirve y santifica al hombre mediante el hombre. Todos nosotros hemos de ser ministros de la providencia divina, embajadores de Cristo.

Restituir la patria a Dios significa decir: ¡Queremos construirla nosotros contigo, nosotros según tu voluntad, nosotros como intérpretes y ejecutores libres de lo que Tú piensas sobre el hombre y la sociedad, sobre la justicia y la paz, sobre la libertad y el amor! ¡No queremos una patria según nuestros planes humanos, necesariamente limitados y caducos, *sino inspirada en esa imagen divina del hombre que Tú nos has revelado en tu Hijo Jesucristo!*

Ponemos nuevamente a Chile en las manos de Dios.

Las manos de Dios son esencialmente creadoras, infatigablemente activas. Poner a Chile en las manos de Dios significa dejar de lado toda falsa resignación, todo cansado fatalismo, toda pasividad y derrotismo. Las manos de Cristo trabajaron la madera, multiplicaron el pan, dieron vista a los ciegos y oído a los sordos, defendieron la santidad del Templo, comunicaron perdón, amistad, paz. Sólo los clavos de la Cruz pudieron inmovilizarlas. Pero aún y sobre todo entonces, las manos de Cristo siguieron siendo creadoras y activas, convirtiendo el dolor y la impotencia humana en la más potente oración que la tierra haya dirigido al cielo.

Ponernos en las manos de Dios significa reactivar la esperanza. Las manos y el Espíritu de Dios formaron el

Universo a partir de la nada, crearon al hombre a partir del barro, cambiaron su corazón de piedra en corazón de carne, vencieron el pecado mediante el sufrimiento de Cristo, vencieron la muerte resucitando a Jesucristo.

Nada es imposible para el hombre que se pone, por la fe, en las manos creadoras de Dios.

Y si el hombre sintiera, como muchos de nosotros sentimos, que a la hora de ofrecer algo a Dios casi no se posee otra cosa que limitaciones y fracaso, enfermedad o angustia, frustración y carencia, entonces es precisamente eso lo que, en gesto de suprema confianza, debemos poner en las manos divinas.

Cuando los hombres le entregamos a Dios lo que realmente somos y tenemos, Dios responde entregándonos lo más precioso de su ser divino: *su hijo, Jesucristo, Luz y Salvación del mundo.*

El sufrimiento de la patria se convierte así en inagotable fuente de esperanza. Podemos, entonces, gritar con San Pablo: "si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Si a su propio Hijo lo entregó por todos nosotros, ¿cómo dejará de otorgarnos, con El, todo favor?". (Romanos 8, 31-32).

Hubo un hombre que puso y entregó, en las manos de Dios, todo lo más precioso que tenía, lo que él más amaba: su hijo. Estuvo incluso dispuesto a consumir él mismo el holocausto que lo privaría del hijo.

Pero la mano de Dios detuvo su intento y le concedió, como respuesta a su entrega de fe, una fecundidad pasmosa, similar a las arenas del mar y a las estrellas del cielo.

El hombre se llamaba Abraham. Es nuestro padre en la fe y nuestro maestro de esperanza. Su nombre significa: padre de una multitud.

Todos los que nos sentimos llamados a ser padres de un pueblo, padres de una familia, padres también de una patria incesantemente recreada, hemos de caminar con la misma fe y esperanza de Abraham: dispuestos a grandes sacrificios, ciertos de la fidelidad y omnipotencia divinas.

3. Escuchar

En todo acto de culto religioso es indispensable que el hombre escuche a su Dios.

Porque Dios habla: en la Biblia, en la Iglesia, en los signos del tiempo, en la comunidad, en el santuario de la conciencia. Dios habla, sobre todo, en su Hijo Jesucristo, Palabra eterna de Dios.

Escuchar a Dios que nos habla en Jesucristo, y obedecer a esa Palabra es signo de suprema sabiduría y fuente de inagotable felicidad. La casa del hombre fundada sobre la Palabra de Dios tiene fundamento de roca y permanece enhiesta en el huracán.

Para que el edificio de la patria pueda afrontar, con solidez incommovible, los rigores de un tiempo pródigo en cataclismos naturales y sociales, hemos de perseverar, atentos y dóciles, en la escucha de la Palabra de Dios.

Hay un testigo y maestro fiel de esa Palabra, a quien nuestra familia chilena profesa particular gratitud y estima: *el Papa Juan Pablo Segundo*. Acoger sus sabias directrices de paz, como lo ha hecho el Gobierno de Chile en el caso del diferendo limítrofe austral, abre un camino seguro para edificar la patria sobre el fundamento de roca de la Palabra divina. Con igual actitud creyente quisiéramos poder enfrentar todos los demás problemas de la vida nacional.

3.1. *Vida y persona humana*

La primera Encíclica del Santo Padre quiso enfatizar *el valor sagrado de la vida y persona humana*.

Desde el primer instante de su concepción hasta el último de su existencia natural en el tiempo, la vida humana es sagrada: queda excluida de todo arbitrario poder supresivo, investida de dignidad inviolable, merecedora de todo respeto y cuidado, de todo debido sacrificio.

Creado por Dios, asumido y redimido por Cristo, habitado por su Espíritu, dotado de naturaleza espiritual y de esa libertad que es huella y semejanza divina, *todo hombre es persona. En esa calidad tiene derechos y deberes que le son consustanciales, inviolables, irrenunciables.* El hombre —nos dice el Papa— es siempre un sujeto, nunca un objeto; siempre un fin, nunca un medio; siempre una meta, jamás una etapa.

Todos los caminos de la Iglesia —afirma el Papa— todos los caminos de la patria —nos atrevemos a afirmar nosotros— conducen desde Cristo al hombre. El hombre es nuestro camino primero y fundamental; el respeto de su vida, de su dignidad, de sus derechos y deberes fundamentales ha de ser el esquema esencial de nuestro examen de conciencia, y constituye la materia decisiva en la escena del juicio final de Cristo a los hombres.

Ese profundo estupor, ese religioso respeto ante el valor divino de lo humano se llama Evangelio, se llama cristianismo.

Por eso la guerra es, en palabras del Papa, un fenómeno absurdo y siempre injusto; un camino peligroso, regresivo, antihumano. Con mayor razón lo es el terrorismo.

Por eso todo *atentado contra la vida* —homicidio de cualquier clase, *aborto, eutanasia*— toda violación de la integridad de la persona humana —como *la tortura moral o física*— toda *ofensa de la dignidad humana*, toda *carencia de respecto a la libertad y responsabilidad de la persona* son —en palabras del Concilio— prácticas infamantes, que degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador (Gaudium et Spes, 27).

La paz —había dicho Paulo VI— es el otro nombre de la vida. Los grandes enemigos de la vida son los grandes obstáculos a la paz.

3.2. Justicia

Pero la paz es, también, fruto de la justicia. Vista desde el Evangelio, la justicia no es sólo el hábito de dar a cada uno lo suyo. La justicia va más allá de lo meramente legal. Es la urgencia de amar y hacer respetar el derecho del prójimo, tal como ama y exige un respeto a sus propios derechos.

La injusticia es enemiga de la paz, porque el hombre violentado en sus derechos siente germinar en sí el resentimiento y la contraviolencia. ¡Cuánto cuidado debemos tener de no empujar a los justos y no violentos al camino de la destrucción y el exterminio del orden social: la senda de la violencia!

Es de justicia que todo hombre tenga acceso a los bienes indispensables para la vida, y que el Creador destinó al uso común. Una vía concreta de acceso a esos bienes es el trabajo, debidamente remunerado.

Trabajar es un deber y derecho natural. La imposibilidad de cumplirlo deteriora gravemente la condición del hombre, altera negativamente la convivencia familiar y genera peligrosas potencialidades de conflicto social.

Es de justicia que todos nos empeñemos, sin distraer tiempo ni energías en recíprocas acusaciones ni estériles polémicas, por afrontar con soluciones constructivas, con políticas globales y con iniciativas privadas, este mal del desempleo que a todos nos duele, y que más allá de cierto límite reviste —en palabras del Papa— *carácter de calamidad social.*

Otras metas o etapas pueden postergarse, otros medios utilizarse, otros objetos u objetivos sacrificarse: el *hombre, nunca.*

Es también de justicia reconocer *la hipoteca social* que grava la propiedad de nuestros bienes, y ayudar, no sólo con lo superfluo, a satisfacer la necesidad y derechos de quienes viven en extrema pobreza.

Un estilo de vida sobrio y solidario: la disposición pronta a comunicar lo que se tiene con los que nada tienen; preferir el trabajo productivo a la inversión espe-

culativa y a la riqueza fácil; dar trabajo antes que limosna; abstenerse de lujos y ostentaciones que ofenden al pobre; en una palabra, redescubrir la espiritualidad del compartir, característica de la fe evangélica, nos parece un imperativo de conciencia nacional.

3.3. *Familia*

El Papa nos propone un tercer camino y fundamento de la paz: DEFENDER LA FAMILIA.

¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia!
La patria, nuestra patria, será lo que sean sus familias.

Que el Santo Padre haya escogido a un obispo chileno como Secretario Ejecutivo del Pontificio Consejo para la Familia, merece interpretarse como un claro designio divino: Chile debe distinguirse, en el concierto de las naciones, por su amor, defensa y promoción de los valores morales y culturales propios de la familia.

Pocas personas, pocas actividades construyen tan sólidamente la patria, como aquéllas que se consagran a robustecer la comunidad familiar, asegurándole vivienda digna, trabajo, salud, educación y sobre todo fe.

Una sociedad sana, una civilización del amor sólo pueden edificarse sobre una familia vigorosa, basada en el matrimonio fiel e indisoluble.

El flagelo nacional del alcoholismo, la drogadicción y la pornografía destruyen la familia y con ella la sociedad. Aquí no caben la pasividad, la tolerancia ni el permisivismo moral o legal. La mayor riqueza de la nación, su patrimonio ético está en la familia. Todo el que sienta responsabilidad por la patria tiene, como primera tarea, defender el santuario de la familia.

4. *Pedir*

Concluyamos ya esta reflexión de fe sobre la patria. Concluyámosla con una plegaria encendida de esperanza.

La esperanza cristiana que nos orienta hacia la libertad, único destino para quienes somos hijos de Dios. Libertad de nuestros pecados, de nuestras esclavitudes y de todo cuanto oprime al hombre.

Nuestra esperanza no es pasividad, sino que ella engendra la decisión de trabajar eficazmente por darle presencia anticipada a lo que se espera. Nos eleva de una confianza en nosotros, a la confianza en la Gracia de Dios.

Tenemos mucho que pedirle a Dios. En rigor, todo. Sabemos que en Él existimos, por Él nos movemos y somos. Sin Él, no podemos hacer nada.

Queremos pedirle, como lo manda la Escritura, por todos los depositarios de la autoridad —tanto civil como religiosa—: que el Espíritu de Dios los colme de sabiduría, prudencia, justicia y misericordia, en su indispensable misión de construir la unidad y la paz.

Queremos elevar nuestra oración al cielo, pidiendo el don de la reconciliación fraterna, del perdón recíproco, de la apertura confiada de unos a otros. Que este encuentro común en la casa de Dios sea signo de nuestra voluntad de encontrarnos y reconocernos como hermanos, más allá de nuestras discrepancias, en la fuerza de nuestra fe en el Dios que es Padre de todos!

Queremos pedir lo mismo que nos atrevemos a prometer: *"Construir en Chile la civilización del amor"*. Porque sólo el amor construye una civilización. Queremos profesar que creemos en el amor como la fuerza más poderosa en el universo. Más poderosa, por cierto, que el odio, que el miedo, que la violencia. Porque creemos en Dios Padre Todopoderoso. Y Dios es Amor.

Quiero terminar estas palabras citando al Papa Juan Pablo II cuando se despedía de su Pueblo en su visita apostólica de 1979.

"Os ruego: —que no perdáis jamás la confianza, que no os dejéis abatir, que no os desaniméis;

—Que no cortéis por vuestra cuenta las raíces de nuestros orígenes.

Os ruego: —que tengáis confianza, a pesar de vuestra debilidad; que busquéis siempre la fuerza espiritual de Aquel en quien tantas generaciones de nuestros padres y de nuestras madres la han encontrado.

No os separéis jamás de El.

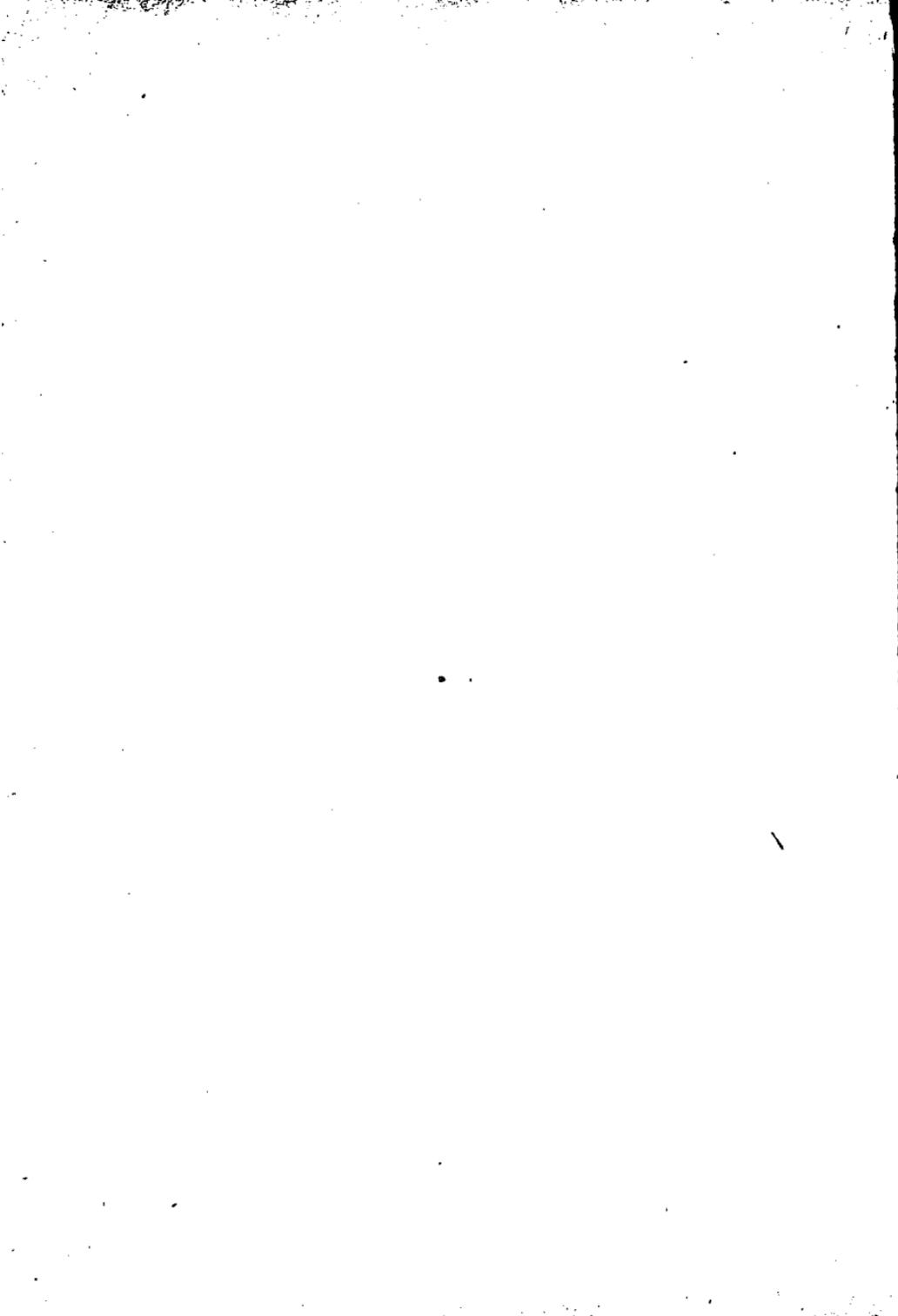
No perdáis jamás la libertad de espíritu, con la que El hace libre al hombre.

No despreciéis jamás la caridad, que es la cosa más grande que se ha manifestado a través de la cruz, y sin la cual la vida humana no tiene raíz ni sentido.

Os pido todo esto: —en recuerdo y por la poderosa intercesión de la Madre de Dios”.

En esta hora de gratitud, imploramos a María Santísima, la Virgen del Carmen, la madre y reina de todo el pueblo chileno, su especial intercesión para poder hacer de Chile una gran nación de hermanos.

ASI SEA



INDICE

<i>Presentación</i>	5
<i>Prólogo</i>	7
Homilía, 1973	11
Homilía, 1974	19
Homilía, 1975	39
Homilía, 1976	53
Homilía, 1977	69
Homilía, 1978	87
Homilía, 1979	105
Homilía, 1980	119
Homilía, 1981	129
Homilía, 1982	141

